

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR
FUE

*Confiar
en ti*



3

Parte 2

Click
EDICIONES

Índice

Dedicatoria

MI ERROR FUE CONFIAR EN TI PARTE II

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Próximamente

Créditos

Click

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Dedico esta serie a mis lectores.
Gracias por estar conmigo en cada libro
y por vuestro cariño y apoyo constante.
¡Un escritor no es nada sin vosotros!*

**MI ERROR
FUE CONFIAR EN TI
PARTE II**

CAPÍTULO 10



BIANCA

Termino de arreglarme para bajar a desayunar. He dormido muy poco, apenas un par de horas. En realidad, no he pegado ojo en toda la noche tratando de escuchar la puerta del cuarto de Albert. Soy patética.

Me levanto del tocador y, cuando me giro para coger mi chaqueta, veo a Albert en medio de mi habitación. Lo contemplo impasible, hasta que me acuerdo de con quién ha pasado la noche y pongo mala cara.

—Vaya, no esperaba este recibimiento después de lo que ocurrió en el jardín.

—¿Te refieres a nuestro insignificante beso?

Albert se tensa y luego sonrío.

—Insignificante..., bueno, defínelo como quieras, sé que te gustó.

—No deberías preocuparte de si me gustó o no —Me pongo la chaqueta y voy hacia la puerta—. Solo de si le gustan a tu amante. Al fin y al cabo, nunca tendrás eso de mí.

Abro la puerta, pero Albert la cierra de un golpe.

—¿Qué amante?

—Oh, no te hagas el tonto. Sé muy bien que has pasado la noche con ella.

—¿Con Analisa? —No digo nada, pero mi silencio responde por mí. Él se ríe—. Tú sueñas. No he dormido con esa víbora.

—Me da igual con quién estuviste, pero podrías no mentirme a la cara.

Intento abrir la puerta de nuevo y Albert la vuelve a cerrar.

—Cierto, ni a ti debería importarte ni yo tengo por qué darte explicaciones, pero no me he acostado con nadie desde que nos casamos, y te aseguro que eso me pone de muy mal humor. ¿Acaso no se me nota?

—¿Y cuándo no estás de mal humor?

Lo miro y no puedo evitar sonreír, pues la noticia me ha agradado y por su forma de decirlo sé que es verdad; como si a él mismo le costara creerse que no me haya sido infiel.

—A veces —me contesta con el ceño fruncido.

Albert se aparta y me abre la puerta.

—Las marquesas primero.

Salgo y él lo hace detrás de mí; luego cierra la puerta y posa mi mano sobre su brazo.

—Estás muy bonita esta mañana —me susurra al oído antes de iniciar la marcha, haciendo que me sonroje.

Sonrío para mis adentros, pues he sentido que lo decía de verdad, y también porque, como me dijo ayer el padre de Jenna, podría haber sido peor. De acuerdo, estoy en riesgo de perder mi corazón porque sé que, haga lo que haga, es una batalla perdida. Pero a pesar de ello, prefiero mil veces estar casada con Albert que haber acabado en manos del conde. Mi vida hubiera sido un infierno.

Con ese pensamiento positivo sigo a Albert, mientras siento que parte de la tensión que tengo siempre a su lado se disipa. Aun así, no debo dejar de ser prudente. Todo esto, las galanterías, los piropos, es fingido, no es más que pose para él. Espero no sufrir demasiado.

ALBERT

Observo a Bianca hablar con la marquesa de Greanplace.

Hemos terminado de desayunar y ahora estamos en un balcón acristalado. Yo estoy un poco alejado de esa panda de cotillas, junto a la mesa de bebidas. No suelo beber, pero desde el beso de anoche con Bianca, parece que el alcohol es lo único que me calma. Me gustó. A decir verdad, me gustó mucho... ¡Maldita sea, nunca he sentido eso con un beso! Me desconcierta y me hace sentir incómodo, pues no paro de pensar en cuándo podré volver a besarla, y eso no entraba en mis planes. Sabía, desde que me enrollé con ella, que sus labios creaban adicción, pero anoche sentí que Bianca se entregaba a mí sin reservas, que ponía todo su corazón en ese beso. Hubo una conexión única entre nosotros.

Me paso la mano por el pelo, molesto por mis pensamientos, y tomo una de las copas que hay en la mesa.

—No deberías beber tan temprano. Además, ¿no tenías reunión con tu padre?

Me giro al oír la voz del marqués de Greanplace.

—Han preferido que no fuera.

—Ellos se lo pierden. Yo nunca dejaría que estuvieras fuera. Tienes una mente excelente para los negocios.

Sonrío en silencio. Siempre me he sentido halagado con los comentarios de George. Cuando era más joven, mi padre me hizo trabajar con el marqués para que aprendiera a llevar una empresa. Nunca entendí por qué no me quiso enseñar él mismo, pero lo cierto es que se lo agradezco. Con George me encontraba a gusto, me hacía sentir que yo podía llegar a ser tan buen empresario como él.

—Supongo que ellos tienen una opinión distinta de mí.

George se ríe.

—Es una lástima que no quieras asociarte conmigo. Haríamos un buen equipo. —Me sonrío con calidez. No es la primera vez que me lo propone, pero no dejaría a mi padre por nada del mundo. Me gusta creer que él me necesita a su lado, aunque nunca lo demuestre, por lo que desecho la idea en cuanto llega y sigo concentrado en la conversación con George.

—Bianca es una buena chica. La conozco desde que era casi un bebé. Ella y mi hija Jenna eran muy amigas, al menos hasta que cumplieron los doce años. Desde entonces, los padres de Bianca ya no dejaron que se relacionara con nadie. Esa niña ha vivido en una cárcel.

Lo miro sorprendido. No sabía que también le hubieran prohibido a Bianca tener amigos.

—Su padre quería que se concentrara únicamente en Liam. Decía que las amistades no aportaban nada bueno, y menos la de mi hija. Jenna siempre ha sido una muchacha muy fantasiosa y alegre, y el duque siempre temió que le metiera a Bianca ideas románticas en la cabeza.

—Qué desgraciado.

—Y no lo niego, pero mejor guárdate esa opinión para cuando no estés rodeado de tanta gente. Ahora es tu suegro y sé que tu padre está haciendo negocios con él.

Miro a mi alrededor. Afortunadamente, nadie nos ha escuchado, pero George tiene razón. Siempre ha sido muy prudente.

—Intuyo que no estáis tan enamorados como queréis hacer creer a todo el mundo —continúa—, pero sé que, si te lo propusieras, podrías llegar a quererla.

—No es mi intención —le respondo, confirmando sus suposiciones.

—Ni lo pretendo. Pero ya estáis casados. ¿Qué hay de malo en amar a tu esposa?

Pienso en sus palabras pero enseguida niego con la cabeza.

—El amor no entra en mis planes.

—Me apena oír eso. Bianca es una de esas personas que, cuando quieren, lo hacen para toda la vida. Hace años que no ve a mi hija Jenna y, sin embargo, cada vez que me pregunta por ella todavía veo en sus ojos lo mucho que la echa de menos.

—Ahora pueden volver a ser amigas.

—Eso espero. Jenna es muy dulce, pero no tiene muchos amigos. No es como los demás...

—¿Sigue siendo esa niña pecosa con esos grandes ojos verdes?

—Sí, y sigue llevando sus trenzas. —Su padre sonrío con cariño. George siempre ha sentido debilidad por sus hijas—. Ahora quiere trabajar; dice que así tendrá dinero para sus caprichos. Como si yo no pudiera dárselo, pero así es ella.

—Y tú vas a dejar que lo haga.

—Por supuesto. Quiere cuidar niños. Eso no hará mal a nadie y, aunque lo hiciera, no me importa. Lo único que deseo es que ella sea feliz.

Como siempre que hablo con George de sus hijas, me pregunto por qué mi padre nunca ha mostrado ese cariño por mí.

—Voy a ir a dar un paseo —comento incómodo por lo que se ha removido dentro de mí.

—Antes de que te vayas. —George mira a un lado y a otro—. Ten cuidado con el conde. —No hace falta que diga a qué conde se refiere—. Anoche vi salir a Bianca al jardín, y luego a ti..., aunque regresaste enseguida con Analisa. A saber qué quería esa...

—¿Y qué crees que quería?

—Muchacho, deberías dejarte de líos de faldas.

—Le dije que se podía ir al infierno.

George asiente en señal de aprobación.

—Bien. Pues a lo que iba. Al poco de salir tú, vi al conde ir detrás de Bianca. —Me tenso—. Yo dudé un momento, pero finalmente fui tras él; no me fío de ese hombre. Caminé por el jardín llamando a Bianca y al poco ella vino hacia mí. Tenía la cara descompuesta y estaba pálida. No creo que llegase a pasar nada, pero ese perverso va rumoreando por ahí que acabará por meterse en las faldas de Bianca. Que se quedó sin probarla por tu culpa...

Lleno de rabia, aprieto los puños y echo a andar, pero George me detiene:

—No hagas ninguna locura. Si te lo he contado es para que no la dejes sola. A tu padre y a tu suegro les interesa esa alianza con el conde...

—¡Al infierno con la alianza!

Lo digo más alto de lo debido y siento la mirada de varias personas sobre mí.

—Albert, cálmate, estás llamando la atención...

—Es hora de que entre en esa reunión. Se me está haciendo tarde.

Salgo de aquí dominado por la furia. Debería controlarme, pero no puedo. No puedo pasar por alto el que ese desgraciado molestara a Bianca, y menos aún que vaya diciendo eso de ella por ahí. Ni siquiera me paro a pensar si mi cólera se debe a mi posición de marido ofendido o a algo más. Ahora mismo solo tengo en mente decirle cuatro cosas a ese cretino. Y me importan bien poco las consecuencias.

BIANCA

Veo a Albert salir enfurecido tras su grito y, disculpándome con la marquesa de Greanplace, voy tras él. Pese a que camino lo más rápido que puedo no consigo alcanzarle, pero lo veo entrar en la biblioteca y cerrar la puerta, o esa era su intención,

porque se queda entornada. Dudo si entrar o no y al final decido escuchar tras la puerta mirando por el resquicio de esta.

—Albert, has interrumpido la reunión. Te ruego que vuelvas luego —le dice su padre claramente molesto.

—No pienso volver luego. Tengo un asunto que aclarar con el conde.

Me tenso al oír eso y veo que el conde Cypres lo mira con una sonrisa sarcástica. No es posible que Albert sepa lo de anoche..., ¿o sí? Enseguida caigo en la cuenta de que estaba hablando con George. ¿Qué le habrá dicho?

—No creo que haya que aclarar nada. Además, estamos en una reunión importante. —El conde recalca lo de «importante», pero Albert va hacia él y lo coge de la camisa.

—Es más importante lo que vengo a decirte.

—¡Albert! ¿Te has vuelto loco? ¿Qué clase de desaire es este? —exclama mi padre levantándose para separarlos.

—Este desgraciado ha molestado a Bianca.

Me llevo la mano al corazón y noto como golpea con fuerza en el pecho. No puedo creer que Albert esté haciendo esto por mí.

—Bueno, ella ya sabe cuidarse. No será para tanto. —Oigo decir a mi padre y agacho la mirada, triste. Es como si le diera igual lo que me pase.

—Pues a mí me parece que sí —Noto la furia de Albert, que no suelta al conde, el cual tiene la cara cada vez más roja—. No tienes ningún derecho a hablar de ella, y menos a tocarla. Ni se te ocurra acercarte a ella, ¿me oyes?

—¡Albert, detén esto de una vez! —interviene el padre de Albert—. ¿Es que no te das cuenta de que estamos negociando? Bianca es solo una mujer. —Albert lo mira con odio—. ¡No me mires así! Por una mujer no merece la pena echar a perder un buen negocio. Recuerda a tu madre... —le dice para hacerle entrar en razón, pero solo consigue enfurecer aún más a Albert.

—Bianca no es solo una mujer. ¡Es mi esposa! —Albert ignora a su padre y mira al conde, que ya está poniéndose morado—. Si vuelves a molestarla o escucho que vas comentando algo de ella por ahí, acabaré con lo que he empezado hoy. Estás avisado.

Solo entonces retira las manos del cuello de la camisa del conde y se aleja.

—¡Albert!, ¿a dónde crees que vas?

—¡Esto no quedará así! —dice el conde Cypres tosiendo e intentando recuperar el aliento—. No pienso firmar un acuerdo con un socio que tiene un hijo perturbado.

—¡Tu hijo ha perdido totalmente la cabeza! Bianca está bien, ¿no? —comenta mi padre. Yo me aparto de la puerta, pues no puedo soportar oír tanta indiferencia en sus palabras—. Conde Cypres, aclaremos esto. Si es necesario, Albert queda fuera.

—Sí, es lo mejor —escucho decir al conde.

—Te prometo que mi hijo Albert solo se ocupará de lo básico en la empresa. No os veréis las caras.

Escucho la risa amarga de Albert cuando se dispone a salir de sala. Al abrir la puerta y antes que me descubra, me da tiempo a ver la furia aún en sus ojos y algo más. La desilusión.

—Albert —le llamo. Él se gira hacia mí sin perder su mirada furiosa—. No debías haber hecho esto por mí —continúo—, pero gracias. Es la primera vez que alguien me defiende.

Albert asiente con el ceño fruncido y empieza a andar en dirección contraria a la que estoy yo.

—¿Albert?

—Necesito estar solo..., luego te busco. Ve con George y su esposa. No te quedes sola.

Sé por qué lo dice y asiento, aunque ya le he perdido de vista. Me siento mal por lo que ha pasado, pues soy la causante de todo, pero con el corazón henchido de alegría al mismo tiempo. Nunca imaginé que Albert me defendería, y menos a riesgo de perderlo todo.

* * *

—Nos encantará que vengas un día a visitarnos. Seguro que mi hija se alegra de verte.

Sonrío a la madre de Jenna.

—Prometo que iré. Tengo muchas ganas de verla.

Pienso en mi amiga de la infancia y en las cosas que hacíamos cuando éramos pequeñas, hasta que mi padre me prohibió ir a su casa y me cambió de colegio. Lo acepté, pero la eché mucho de menos. Ella era mi única amiga, junto con Matt. He pensado mucho en ella en estos años, pero es ahora cuando me he dado cuenta de que soy libre y que no hay nada que me impida retomar mi amistad con ella.

—Sigue igual que siempre —comenta su hermana Ainara—. En más de un sentido, parece una niña.

—No te metas con tu hermana —la reprende su madre.

—¡No lo hago! Solo digo que ya tiene diecinueve años, ¿no debería salir de fiesta? ¿Vivir un poco? Si hasta Bianca está ya casada y todo...

—Tu hermana es feliz con sus pinturas y sus viajes con Matt. —Sonrío, pues me alegra saber que Jenna y Matt siguen siendo amigos después de tanto tiempo—. No la juzgues porque no hace lo que tú hacías a su edad.

Ainara se encoge de hombros y se despide de nosotras para ir hablar con unas amigas, entre las que está la odiosa Roberta.

Me quedo hablando un poco más con la madre de Jenna hasta que veo entrar a mi padre en el salón, buscándome. Con cara seria, me indica con la cabeza que vaya con él.

—Discúlpeme, enseguida vuelvo —le digo a la marquesa y sigo a mi padre fuera de la habitación.

Cuando paso a la sala contigua, me quedo quieta al ver que en ella no solo está mi padre, sino también el padre de Albert y el conde Cypres.

—Entra.

Doy un paso adelante, pero me quedo cerca de la puerta.

—¿Es cierto que te molesté de alguna manera? —pregunta el conde a bocajarro, como instándome a que diga la verdad—. Antes de contestar, ten en cuenta que de tu respuesta depende que firme o no el acuerdo con tu padre y el que ahora es tu suegro.

Me vuelvo hacia mi padre, que me reta a que lo desafíe. El padre de Albert, por su parte, me observa muy serio.

—Hija, estoy seguro de que malinterpretaste al conde Cypres. Tenemos un gran negocio entre manos y no vamos a tirarlo por tierra por un estúpido malentendido. Venga, di que no te molestó y sal de aquí.

—Espero que sepas que, si dijeras lo contrario, estarías perjudicando gravemente a la empresa de tu marido —añade el padre de Albert.

Miro a ambos enfurecida por su chantaje. Saben que no quiero fastidiar a Albert. Además, él ya se ha enfrentado al conde, no creo que este trate de acercarse a mí, así que contesto:

—No, no me molestó.

Pero en cuanto digo esas palabras siento que me he vendido, y la sonrisa de mi padre y la del padre de Albert lo corroboran.

—Bien, puedes irte. Ya no te necesitamos.

Salgo de la sala y me apoyo en la pared. Me siento mal por mentir, pero al ver a mi padre mirarme de esa manera, me he sentido otra vez esa niña que hacía lo que fuera con tal de no enfadarlo. Me incorporo y miro hacia el salón donde será la comida. Ahora mismo tengo el estómago revuelto y no podría tomar nada, así que subo a mi habitación y, después de cerrar la puerta con llave, me dejo caer en la cama y me echo a llorar.

ALBERT

Llego a la sala. George está hablando con su esposa, pero no veo a Bianca por ningún sitio.

—Hola, Albert —me saludan.

—¿Sabéis dónde está Bianca?

—Se fue con su padre hace ya un rato y no ha vuelto. Su padre, sí. —La marquesa me señala al padre de Bianca con la cabeza.

Al girarme, me doy cuenta de que está junto al mío y al conde, charlando con aire distendido. ¿Acaso no le importa lo que el conde vaya diciendo de su hija? Siento rabia por él y por todos los desaires que le ha debido de hacer a Bianca desde niña.

—Gracias.

Me marchó de la sala y subo a la habitación de Bianca con la esperanza de que esté allí; al menos sé que el conde no está con ella. Entro en mi dormitorio y voy hacia la puerta que separa mi cuarto del de Bianca. Al abrirla, encuentro a Bianca acurrucada en la cama. Se incorpora sobresaltada por mi presencia y trata de limpiarse disimuladamente las lágrimas.

—¿Ha pasado algo más? —pregunto tenso sentándome en la cama.

—No... Bueno..., nada de importancia.

—Habla —le exijo sintiendo la furia crecer dentro de mí.

Bianca posa una de sus pequeñas manos sobre las mías y dice:

—Tranquilo, el conde no me ha hecho nada. —Parte de mi tensión se disipa—. Mi padre me ha obligado a decir que no me molestó, que solo fue un malentendido.

Me levanto furioso.

—¡Por favor, Albert! Déjalo estar..., es mejor así. Ellos querían esa alianza...

Me paso la mano por el pelo, agobiado y contrariado por todo. Debería alegrarme de que hayan firmado el acuerdo, pero ahora mismo no quiero formar parte de su empresa, no quiero tener nada que ver con ellos, y eso que nunca he ido en contra de los deseos de mi padre.

—Por favor, Albert, no quiero más problemas...

—Recoge tus cosas, nos vamos de aquí. Ya me he cansado de fingir. —Bianca asiente y se levanta para hacer su maleta—. Llama a alguien del servicio para que te ayude.

—No, prefiero hacerlo sola. No tardaré.

Su voz ya no es cálida y su cara ya no muestra tristeza, sino frialdad. Lo de fingir no lo he dicho por ella, pero es a lo que ha sonado, y sé que le ha dolido y que se muestra distante para esconder lo que siente. Pienso en rectificar y decirle que me gusta estar con ella, pero no sé si quiero que lo sepa. Y no hago nada por aclararlo.

BIANCA

—Pues sí que te pasaron cosas este fin de semana.

Miro a Laia y asiento.

Esta mañana han venido ella y Dulce a mi casa para ver qué tal había ido la fiesta, y estamos las tres sentadas en mi salita tomando el desayuno que han traído.

—Yo creo que a Albert le importas, aunque sea un poquito. Si no, no hubiera reaccionado así.

—Ya no sé qué pensar —respondo a Dulce.

—La verdad es que da un poco de miedo. ¿Es siempre tan serio? —pregunta Laia.

—Sí, casi siempre, menos cuando adula a alguien.

—Es muy guapo. Aunque no tanto como Adair —Laia se ríe.

Dulce la mira y pone los ojos en blanco, y luego dice:

—Siento lo de tu padre.

—Estoy acostumbrada. Ha sido siempre así.

Ambas me miran sin decir nada y siento su apoyo en ese silencio. Agradezco que me escuchen, sobre todo porque no suelo hablar con nadie de lo que me pasa. Me gusta tenerlas como amigas.

—Deberías ir arreglándote, vas a llegar tarde al trabajo —me advierte Dulce.

Me levanto y empiezo a vestirme mientras ellas recogen el desayuno.

—¿No se te hace raro vivir en dos mundos tan diferentes? —pregunta Laia cuando se despiden y se disponen a irse. Yo sonrío y respondo:

—Un poco, pero este me gusta más.

* * *

Cuando salgo de trabajar, Dulce me está esperando en la puerta para ir a casa de Robert. Hoy le han llevado a su hermana pequeña a casa y hemos quedado para darle nuestro apoyo y ver a la niña.

—Nos vemos mañana.

Me despido de Blanca y Jorge y monto en el coche de Dulce, que me saluda con una cálida sonrisa.

—Lo que está haciendo Robert me parece admirable —comento cuando Dulce lleva un rato conduciendo—. A fin de cuentas, es la hija de su padre, no tenía por qué hacerse cargo de ella.

—Sí, Robert es un gran tipo. Su padre se había desentendido de la pequeña por completo, mientras que él no ha dejado de velar por ella desde que supo de su existencia.

Es una lástima que el proceso de adopción haya durado tanto. La niña ya tiene un año y a saber lo que ha vivido con su madre, pero por fin Nora está donde debe estar.

Poco después, Dulce aparca frente a la casa de Robert y bajamos del coche. Se trata de una pequeña vivienda en las afueras, de dos plantas, rodeada de casas adosadas del mismo color azul claro. Tiene un pequeño porche delantero con un balancín blanco que parece muy acogedor.

—Es una casa preciosa —comento. Dulce asiente y toca al timbre.

Es Ángel quien nos abre la puerta. Mira a Dulce con recelo, luego a mí con una sonrisa, y nos sostiene la puerta mientras pasamos. Dulce, que no puede evitar comentar el gesto, dice con ironía:

—Qué amable.

—Lo hago por Bianca —responde cerrando la puerta tras nosotras.

—No lo dudo.

Mientras discuten, observo a mi alrededor. Hemos entrado directamente al salón. Es bastante amplio y en el centro tiene una pequeña chimenea cuya repisa está llena de fotografías familiares. A la derecha hay una escalera que debe de conducir a los dormitorios. Laia y Adair ya han venido y están sentados en el sofá; a quien no veo por ningún lado es a Robert.

—Hola, chicos —saluda Dulce, y yo hago lo mismo.

—¿Dónde está Robert?

—Está cambiando a Nora; se ha tirado la comida encima —explica Laia—. Me ofrecí a ayudarlo, pero me ha dicho que no, que es algo que tiene que aprender a hacer él. Es un cabezón.

—Pero lo he conseguido.

Me vuelvo al escuchar la voz de Robert. Lleva en brazos a una preciosa niña que me observa con unos grandes ojos dorados. Su pelo rubio rizado le cae por la carita, dándole el aspecto de un ángel. Al verlos a los dos juntos, no se puede negar que es su hermana; casi podría decirse que es su hija por lo parecidos que son.

—Nora, estas son Bianca y Dulce.

—Es una monada —comenta Dulce cogiéndola de los brazos de Robert, mientras yo me acerco y le tomo la manita.

—Sí, pero no para quieta un momento.

Robert sonrío con cariño y va hacia la cocina a sacar unas bebidas. Cuando las trae, nos sentamos en el sofá y en las sillas que han puesto alrededor de la mesa de centro, y nos vamos pasando a la pequeña para tenerla cada uno un ratito. Cuando me llega mi turno, la niña me sonrío y me tira del pelo. Huele muy bien, a bebé. Siempre he querido tener una hermana pequeña, alguien con quien compartir mi infancia y mis confidencias,

pero mis padres no pudieron tener más niños. Nora me sonrío y le devuelvo la sonrisa. Al mirarla y tenerla en mis brazos, me pregunto si al casarme con Albert no habré renunciado a la posibilidad de tener hijos.

—¿Estás bien? Si quieres, la cojo yo —me comenta Ángel.

—Sí, estoy bien.

Acaricio a la pequeña y esta se empieza a restregar los ojos; la mezo por instinto y poco a poco se va quedando dormida en mis brazos.

—Le has caído bien. Voy a ponerla en su cuna. Está rendida.

Robert me coge a Nora y se la lleva con mucho mimo a su cuarto. Cuando regresa, se sienta y toma uno de los refrescos que hay en la mesa.

—¿Qué te preocupa? —le pregunta Adair mirándolo con sus penetrantes ojos plateados.

—La asistente social no está muy convencida de que Nora esté bien aquí. Mi abuelo ha empeorado últimamente, y al faltar mi abuela... —La abuela de Robert murió hace poco y se le nota que la echa mucho en falta; eso complicó más lo de la adopción—. Pese a eso, no voy a dejar de luchar por Nora. Es mi hermana y con quien mejor estará es conmigo. Además, con la edad que tiene, todavía no hace por andar, ni siquiera gatea. Es una niña alegre, pero solo quiere brazos y se nota que está necesitada de cariño..., no quiero ni imaginar lo que ha tenido que padecer.

—Solo tiene un año. Dale tiempo —le intenta animar Laia.

—Lo sé. Haré lo que sea por ella. O al menos, espero que me dejen hacerlo.

Todos estamos de acuerdo en lo que dice.

—¿Y por qué creen que no puedes cuidar de ella? Tú la quieres —le pregunto.

—Sí, pero hasta que no he terminado la carrera no me han ascendido a un puesto serio, y dicen que como mi sueldo es el único ingreso que entra en casa y tengo que pagar todos los gastos... Todo por culpa del maldito dinero. Les importa más lo que gano que el hecho de que yo pueda quererla...

—El dinero no puede remplazar el amor. A mí nunca me ha faltado de nada y, sin embargo, nunca he tenido el amor de mis padres —comento con tristeza.

—Lo siento —me dice Robert.

—No pasa nada.

Nos quedamos en silencio y yo sigo dándole vueltas en la cabeza al tema del dinero.

—¿Y si tuviera un padrino que sí tuviera dinero?

Todos me miran.

—¿Un padrino?

—Bueno..., no sé, es solo una idea. Pero yo soy hija de un duque y ahora también marquesa. —Robert y Ángel me miran asombrados—. ¿No sabíais nada? —Niegan con la cabeza, por lo que les cuento la historia.

—Vaya, ha debido de ser duro —dice Robert cuando termino.

—Podría haber sido peor. Bueno, a lo que voy es a que si yo la apadrinara usando mi título de marquesa, y alego que en caso de que tú no tuvieras dinero para mantenerla, yo te lo daría..., tal vez dejarían de ponerte pegajos para quedarte con Nora y ya no tendrías miedo a que te la quiten... —Pero al ver la expresión seria de Robert, aclaro—: Bueno, no quería decir... Creo que eres perfectamente capaz de cuidar a la niña. Siento si te he ofendido...

—No, no, no me has ofendido. Es solo que me ha sorprendido tu ofrecimiento y no te negaré que esa sería una buena solución, pero ¿estás segura?

—Me encantaría ser la madrina de la niña.

—Gracias.

Sonrío por la calidez de Robert y, sonrojada, le digo que no hay de qué.

Cuando llega la hora de irnos, quedo con Robert en que pase mañana a por mí, para ir a rellenar los papeles del apadrinamiento sin esperar más tiempo.

Dulce me lleva de vuelta a mi casa. Poco antes de llegar, me sorprende al ver el coche de Albert en la puerta.

—¿Qué hará aquí?

Dulce sigue mi mirada y pregunta:

—¿Quieres que me quede?

—No, tranquila. Albert es de fiar.

Me bajo del coche tras despedirme de ella y veo que Albert también sale del suyo y me saluda. Mientras me acerco a él, saca una maleta y unos trajes del maletero y cierra el coche.

—¿Y eso?

—Me vengo a vivir contigo.

—¿¡Cómo!? ¡Yo no quiero que vivas conmigo! —le grito, aunque mi corazón piensa otra cosa.

—Vamos arriba y te lo explico sin tantos espectadores.

Miro a mi alrededor. Algunos de mis vecinos nos miran con interés.

—Está bien —digo a regañadientes sacando las llaves de mi bolso.

Subimos en el ascensor guardando un silencio incómodo. Cuando entro en mi apartamento, Albert me sigue, cierra la puerta tras de mí, y después deja sus trajes sobre la cama y la maleta cerca.

—No te quiero aquí.

—Lo imaginaba, y podría haberme ido a un hotel, pero no lo he hecho...

—¿Por qué?

—Porque no.

No dice más y lo miro seria.

—¿Por qué no estás en tu casa?

—No es mi casa, es la de mi padre. Aunque yo sea el marqués, mi abuelo dejó escrito en su testamento que todo es suyo si lo predispone, y lo ha predispuesto. Me deja seguir trabajando en su empresa, usar su dinero e incluso continuar viviendo en esa casa... pero con él, y te aseguro que no tengo ninguna gana de vivir otra vez con mi padre.

—¿Y por qué lo hace? —Albert se limita a mirarme como única respuesta, y sé por qué—. Lo siento...

—No fue tu culpa. No me arrepiento de haber salido en tu defensa, y en cuanto a por qué lo hace, Dios sabrá por qué. —Albert echa un vistazo a su alrededor—. No es muy grande, pero...

—En un hotel... —comienzo a decir, pero me corta enseguida.

—Prefiero estar aquí. Tranquila, te dejaré tu libertad.

Lo miro y de pronto me acuerdo de la pequeña Nora y del humilde sueldo que gano en el restaurante. Si necesitara dinero, dependería de él...

—De acuerdo. Te dejo que te quedes, pero con una condición.

Albert alza las cejas, expectante, por lo que le cuento toda la historia de la adopción.

—No quiero que Robert pierda a la niña, así que me he ofrecido a ser su madrina usando mi título de marquesa. Mi condición es que si alguna vez necesita dinero para la niña, pueda contar con que me lo darás. Sé que Robert tiene ahora un buen empleo..., pero por si acaso.

—De modo que no me pides dinero para ti, sino para la niña —concluye. Parece sorprendido. Luego de reflexionar, me dice—: No te negaría ese dinero aunque no me quedara aquí. No soy tan malo como me pintan, o como crees que soy.

—No creo que seas malo..., simplemente no quiero que la pequeña se quede desprotegida y para eso te necesito a ti. Mañana iremos a firmar los papeles que hagan falta.

—Iré contigo.

—No tienes por qué acompañarme, he quedado con Robert.

—Pues llámale y que te diga dónde es. Yo te llevo.

Suspiro resignada. No tengo ganas de discutir con él, así que simplemente asiento.

—¿Tienes algo para cenar? —pregunta.

—¿Tampoco has cenado?

Albert sonríe y luego se dirige a la cocina.

—Mmm... solo tienes unas pocas magdalenas. Bueno, para esta noche, bastará. Mañana iremos a comprar...

—Puedo ir a comprar yo solita... —Albert me mira con la bolsa de magdalenas en la mano—. Todo esto es una locura.

—Te aseguro que para mí también lo es.

—Sí, pero tú podrías irte a otro sitio.

—Pues sí.

No dice más y se pone a preparar leche con magdalenas. Yo lo ignoro y, cogiendo mi pijama, me meto en el cuarto de baño a cambiarme. Cuando entro, me apoyo en puerta y me llevo las manos a la frente. Tomo aire y me cambio intentando no dejarme llevar por el p nico. Esto no va a salir bien, esto es un error... Pero, como me dijo George, podría haber sido peor. Me recorre un escalofrío cuando pienso que ahora estaría casada con el conde y me usaría a su antojo.

Salgo del aseo una vez cambiada y me sorprendo al ver que Albert ha puesto en la mesa dos vasos de leche y unas magdalenas.

—Gracias.

—De nada.

Cenamos en silencio y, al acabar, me quedo mirando a Albert y él hace lo mismo.

— Tan malo es vivir con tu padre? —pregunto.

— Y con el tuyo?

Asiento.

—No son padres normales.

—No. Por eso yo no tendr  hijos, para que no pasen por lo que yo he pasado. —Desvío la mirada y él repara en ello—.  Qu  pasa?

— Das por sentado que los tratar as como tu padre te ha tratado a ti?

—No me apetece arriesgarme a que sea así.

— Y qué pasaría si yo quisiera tener un hijo?

—Para eso queda mucho todavía —responde levantándose para recoger la mesa.

— Y si no quedara tanto?  Y si lo quisiera ya...?

— Ya?  Solo tienes diecinueve años!

—Vale, ahora mismo no. Pero, Albert, el tiempo pasa muy deprisa, y un día estaré preparada para tener hijos. Además, en febrero cumpla veinte. Y tú...

—¿Acaso quieres que me acueste contigo? Esa parte no me desagrada tanto —dice con una sonrisa de suficiencia.

—¡No seas tonto! —le digo colorada—. Lo que quiero decir es que si tú no quieres hijos..., ¿tendré que irme con otro para tenerlos?

Albert se pone serio.

—Ya te he dicho que para eso queda mucho.

—Pero...

—¡Cuando llegue el momento lo discutiremos!

—Está bien, pero no me grites. No sé por qué te pones así.

—Porque no voy a dejar que seas de otro.

—No entiendo...

—¡Yo tampoco, así que no me toques las narices más por hoy!

Arqueo las cejas y sonrío cuando él no se da cuenta. ¿Acaso le estoy empezando a importar? Temo estar ilusionándome por nada, pero no puedo evitarlo.

Me levanto y me siento en el sofá para ver la tele y olvidarme del tema, pero aunque trato de no sonreír, no puedo dejar de hacerlo.

—¿A qué viene esa sonrisa? —pregunta cuando regresa de la cocina.

—Me hace gracia lo que hacen en la tele.

Albert se vuelve hacia la pantalla. En ella se ve a un cocinero preparando un bacalao al pil pil.

—Qué rara eres.

Albert va hacia sus cosas y trata de poner orden en la casa y hacer hueco para guardar su ropa.

—Tenemos que buscar algo mejor. Esto es demasiado pequeño y ahora somos dos para pagar el alquiler.

Pienso en oponerme, pero finalmente asiento, tonta de mí, esperanzada con esa pequeña posibilidad de tener un futuro en común.

CAPÍTULO 11



ALBERT

Doy una vuelta más en este incómodo sofá y, cansado de tratar de encajar mi metro noventa en él, me levanto y voy hacia la cama de Bianca. Está dormida y acurrucada en uno de los lados. Me meto por el lado contrario al que está ella y me arropo con las mantas hasta la nariz —en esta casa no hay calefacción y hace un frío que pela—.

—¿Se puede saber qué haces?

—Creo que es bastante evidente. Buenas noches —digo dándole la espalda.

—¡Sal ahora mismo de mi cama!

—No puedo dormir en el sofá, y además, no es la primera vez que dormimos juntos, así que no hagas un escándalo de esto. Míralo por el lado bueno: conmigo al lado dándote calorcito, pasarás menos frío.

—Eres...

La escucho golpear la almohada.

—Buenas noches —le digo.

—Buenas lo serán para ti —rezonga.

Sonrío por su genio y, sintiéndola a mi espalda, intento dormir. Sin embargo, cuando siento que Bianca vuelve a tener la respiración pausada del sueño, me doy la vuelta y la observo mientras duerme, gracias a la luz que entra de la calle.

Está girada hacia mí y duerme confiada. Nunca he dormido con nadie. He estado con mujeres, sí, pero después de estar íntimamente con ellas, tenía ganas de irme, de salir de allí. Ni siquiera con Clara tuve nunca esta intimidad. Me dejé llevar por lo impresionante que era físicamente. Yo solo tenía dieciocho años y creía que la quería... A mi mente viene otra vez el recuerdo de aquella noche. Esa en la que, tras aceptar mi oferta de matrimonio, la descubrí con uno de mis amigos y mientras se liaba con él le comentaba lo inmensamente rica que sería a mi lado. En ese instante no la vi a ella, sino a mi madre. Rompí el compromiso al día siguiente. Aquello me sirvió para confirmar mis sospechas: todas son como mi madre. Pero en Bianca veo algo distinto y que me remueve por dentro, no sé qué pasa con ella, no lo entiendo. O, mejor dicho, no lo quiero entender. Ni reconocer que me gusta estar aquí con ella.

Me despierto sintiendo a Bianca abrazada a mí y le acaricio tímidamente la espalda. Bianca se acerca más a mí y eso me hace sentir bien. Me gusta mirarla..., ¿qué demonios estoy haciendo?

La aparto sin despertarla y me levanto antes de seguir preso de esta locura. Pongo la cafetera mientras me preparo para irnos. Un rato después, Bianca se levanta y va hacia el aseo tras darme los buenos días. Sale de él ya cambiada y peinada, aunque con cara de sueño, y se sienta en la mesa para tomar el café con leche que le he puesto.

—Te desenvuelves muy bien. Eso me hace pensar que no siempre te lo han dado todo hecho.

—Piensas mucho.

—¿Tanto te cuesta hablarme un poco de ti? Ahora que vamos a convivir juntos...

—Sí, me desenvuelvo bien. ¿Contenta? —le digo molesto.

—Más o menos.

—Pues tendrá que valerte, no pienso decirte más.

Bianca me mira pero no hace más comentarios. Termino de desayunar y me pongo la chaqueta del traje. La corbata me la guardo en el bolsillo.

—Vamos.

Bianca asiente, se levanta tras apurar el último trago de café, coge su chaqueta y salimos de esta minicasa.

Conduzco mi coche hasta el bufete de abogados y, al llegar, vemos a Robert esperándonos en la puerta con un cochecito. Observo a Bianca saludarlos emocionada y, nada más bajar del coche, va hacia ellos y coge a la pequeña. Al acercarme, veo a la niña sonreír y a Bianca, feliz. En este instante me imagino que en vez de una niña de rizos rubios, Bianca sostiene a otra con el pelo cobrizo, como el de ella, y me gusta la imagen... Pero enseguida la borro de mi mente. ¿Qué me está pasando? ¡Nunca me ha atraído tener hijos! Claro que antes no estaba con Bianca. «Dichosa Bianca...», pienso irritado.

—Buenos días —saludo a Robert y este me da la mano—. ¿Vamos? Tengo mucho trabajo.

—Nadie te pidió que vinieras —me recuerda Bianca, pero yo ignoro su comentario.

Cuando entramos en el despacho, ya está allí la asistente social. Mientras Bianca deja a la pequeña en el carro, yo saludo a los abogados, pues los conozco de haber trabajado alguna vez para la empresa de mi padre.

—¿Puedo ver los papeles que hay que firmar?

Me los tienden, también a Robert, y los leo con detenimiento. Están en orden. Por el rabillo del ojo, me doy cuenta de que la asistente social me mira con recelo, hasta que por fin dice en voz alta lo que se le pasa por la cabeza:

—¿Y tú darás dinero a tu esposa en caso de necesitarlo? Ella no es solvente, solo tiene un título.

La miro serio y luego sonrío.

—No me opondría, pero haré algo mejor: yo la apadrinaré. ¿Le vale así para dejar en paz a la pequeña?

La mujer me mira seria.

—Solo me limito a hacer bien mi trabajo —se justifica.

—No lo discuto, pero es evidente que la niña no va a estar con nadie mejor que con su hermano. Él le dará amor y no puede garantizar que los padres que la adopten puedan darle eso. Si es el dinero lo que le preocupa, yo la apadrino con mi nombre y mi esposa también.

—Entonces no hay más que hablar.

—No tienes por qué hacer esto —me dice Robert serio—. Yo cuidaré de ella.

—No lo dudo, pero a Bianca le hace feliz, y cuando se hace algo es mejor hacerlo bien.

No quiero mirar a Bianca, pues siento que me está mirando de una forma que no sé cómo interpretar. Los abogados terminan de redactar los papeles y, tras releerlos, firmo y se los doy a Bianca para que lo haga también.

—Ya está. Si no se me requiere más... Tengo mucha prisa.

Empiezo a salir sin pensar en esperar a Bianca, pero esta me sigue.

—¿Albert?

—Vete con Robert. Nos vemos luego.

Pero, para variar, no hace lo que le digo y viene tras de mí, deteniéndome.

—Gracias.

Se alza y me da un beso en los labios; es ligero, pero lo necesario para descolocarme aún más.

—No tienes por qué darlas. —Se lo digo serio, pero al ver cómo brillan sus ojos de felicidad por lo que acabo de hacer, me siento noqueado y salgo sin perder tiempo, sabiendo que solo lo he hecho por una razón. Una razón que no tengo ganas de reconocer y menos aún de sentir.

BIANCA

Salgo del restaurante después de mi jornada y voy a casa de Robert. Ahora que la niña es de alguna forma parte nuestra, no me puedo desentender sin más. Aún no me puedo creer que Albert firmara también los documentos de apadrinamiento. No esperaba este detalle de él, y menos que lo hiciera porque sí, porque sé que no hay nada oculto tras

ello, que no espera nada a cambio. Y eso me alegra... y me inquieta al mismo tiempo, pues son esos detalles los que me hacen quererlo cada día más.

Llamo al timbre. Robert me abre con Nora en los brazos y, en cuanto me hace pasar, se dirige a la cocina.

—Le estaba dando de cenar.

«O intentándolo», pienso yo, por cómo tiene todo perdido de papilla.

—Tranquilo, con la práctica se te irá dando mejor.

—Eso espero.

Me siento al lado de Nora y pruebo a darle yo de comer. Nunca he dado de comer a un bebé, pero enseguida le voy pillando el truco y la niña, entre risas, acaba comiendo un poco más.

—Gracias.

Robert la coge de la trona y se la lleva arriba para cambiarla.

—¡Coge lo que quieras de la cocina! —me dice desde arriba.

—Vale.

Voy a abrir la nevera, pero corro al salón cuando escucho sonar mi móvil. Lo saco del bolso sabiendo que será Albert y descuelgo.

—Hola.

—¿Dónde estás?

—En casa de Robert. Iba a ir ahora para casa. —Se me hace raro decir *nuestra* casa.

—Voy a por ti.

—No hace falta.

—Lo sé, pero nos hemos trasladado.

—¿Y por qué?

—Porque me agobia vivir en esa caja de cerillas.

—Nadie te pidió que te vinieras a vivir conmigo...

—Ya, pero ahora somos dos y podemos permitirnos algo mejor.

—¿Como qué? ¿Una mansión?

—No, algo que paguemos entre los dos por un módico precio. De hecho, seguirás pagando lo mismo que pagas ahora. Sabía que no aceptarías otra cosa.

Aprieto los dientes enfadada y cuando me pregunta la dirección de Robert, se la digo y cuelgo sin despedirme siquiera. Cinco minutos después me vuelve a llamar al móvil para decirme que está abajo en la puerta, por lo que me despido de Robert y salgo a la calle.

—No tenías por qué hacerlo —le espeto a Albert cuando monto en el coche.

—Era necesario.

No abro la boca en lo que dura el trayecto, que por suerte es corto. Al poco rato, veo que entra en un garaje de un edificio de tres plantas, cerca de donde vivíamos antes.

—No te pilla lejos del trabajo —observa cuando aparca y apaga el motor, como buscando mi aprobación.

—Gracias.

Salimos del coche y caminamos hacia los ascensores. Albert pulsa el botón del último piso y, cuando se abren las puertas, veo que solo hay una vivienda por planta.

—Haz los honores —dice tendiéndome un juego de llaves.

Abro la puerta y enciendo las luces. Es un apartamento pequeño, pero mucho más grande que el anterior y también más acogedor. Desde el vestíbulo puedo ver que tiene una cocina muy agradable y un salón amplio. Sigo paseándome por la casa. Tiene dos habitaciones, cosa que me tranquiliza, aunque una parte de mí siente desilusión, pero es mejor así. Entro en la que parece más pequeña y me sorprendo al descubrir que la habitación se usa como vestidor.

—¿No tendría que haber aquí una cama?

—No. Es tontería ocupar dos habitaciones para dormir pudiendo usar una para la ropa.

Lo miro interrogadoramente mientras abre la puerta de la otra habitación y, con un gesto para invitarme a pasar, añade:

—Además, la cama es grande.

Entro y decido no discutir más con él. Total, empiezo a darme cuenta de que siempre acaba haciendo lo que le da la gana.

—¿Y mis cosas?

—En el armario. Yo usaré el otro cuarto para las mías.

Asiento.

—Ven, aún no has visto lo mejor.

Lo sigo hasta el salón y veo que abre unas puertas correderas que dan a una amplia terraza llena de plantas con flores. Salgo y la observo admirada; las vistas también son maravillosas.

—Albert, esto es precioso.

—Me alegra que te guste. ¿Has cenado?

—No. ¿Has traído la comida que tenía en la otra casa?

—Sí, pero he comprado algo más. ¿Te apetece pasta?

—¿Sabes cocinar?

—Sí.

Y sin más, se va a la habitación donde tiene sus cosas para cambiarse. Al poco sale con un chándal. Parece más joven, menos serio; me gusta verlo así, de informal. Me hace darme cuenta de la intimidad que vamos a compartir al vivir juntos. Una intimidad que nunca esperé tener con mi marido, puesto que, entre la gente de nuestro estatus, la mujer suele vivir en sus dependencias y el hombre, en las suyas.

Sigo a Albert hasta la cocina y me siento en una de las sillas para verlo cocinar.

—Si quieres que te ayude...

—Ve a mi mochila y saca un paquete que hay en ella.

Salgo y busco la mochila, hasta que la encuentro en el sofá y la abro. Dentro hay un paquete bastante grande. Lo cojo y se lo llevo a la cocina.

—Toma.

—Ábrelo. Es para ti.

Lo miro sorprendida y lo abro sin esperar más. Bajo el papel rasgado aparece un libro de cocina con varios CD.

—Te has acordado —digo recordando que una vez le dije que me gustaría aprender a cocinar.

—Pensé que te gustaría aprender.

—Gracias. —Lo abro emocionada y leo por encima algunas recetas—. No parecen difíciles.

—No lo son. Además, tiene vídeos explicativos para que puedas saber cómo hacerlas paso a paso. Te he traído uno de mis ordenadores portátiles que ya no uso, por si quieres verlas.

—Yo...

—No te lo estoy regalando. Te lo presto si así te sientes mejor.

Miro a Albert, que está friendo cebolla y beicon.

—Gracias.

—De nada.

Mientras Albert cocina, yo hojeo el libro, en busca de las recetas que empezaré a hacer primero.

—Vamos, la cena ya está.

Nos trasladamos al salón y termino de poner la mesa con Albert. Yo me siento y cojo mi tenedor, ansiosa por atacar mi plato de espaguetis, pues huelen deliciosos.

—¡Humm! Están muy buenos —le comento cuando lo pruebo.

—Gracias —me contesta incómodo sin mirarme a la cara.

—¿Dónde aprendiste a hacer esto?

—¿El qué? ¿A cocinar?

—No..., bueno, sí, también. A cocinar, a buscar piso...

—¿A valerme por mí mismo?

Asiento.

—No quería ser un inútil... —Desvió la mirada—. Me refiero a que...

—Te he entendido. A mí también me hubiera gustado aprender este tipo de cosas básicas. Por desgracia, mi padre no quería y regañaba a todo aquel que no cumplía con su trabajo por dejar que lo hiciera yo, así que, para evitar eso, me dejaba hacer. —Albert asiente muy serio—. ¿Tú también querías hacer las cosas por ti mismo?

—¿Tratando de saber más de mí? —Me sonrío de forma pícaro.

—Sí. Me gustaría.

Albert me mira en silencio y finalmente comienza:

—Cuando tenía once años, mi padre lo perdió todo..., el motivo es lo de menos. El caso es que pasamos de tener todo tipo de lujos a vivir en una pequeña habitación de alquiler él y yo, pues era lo único que nos podíamos costear. Tuvimos que cerrar todas nuestras mansiones, a la espera de saber si nos las embargaban o no, mientras que a todos les dijimos que habíamos comprado una nueva casa a la que nos habíamos ido a vivir y que por eso habíamos cerrado esas. A los ojos de todos, mi padre siguió aparentando que todo iba bien, pero fue una época dura y yo me sentí inútil muchas veces... y, cuando volvió a recuperar todo su dinero al cabo del tiempo, decidí no sentirme más un inútil, por lo que pudiera pasar. Desde entonces, yo vivo en mis dependencias y no requiero de ayudante para vestirme ni para nada.

—No lo sabía.

—Poca gente lo sabe, pero hay algunos que sí.

—Lo siento.

—Ya es pasado. Además, aquello me hizo mejorar de alguna forma y saber qué puedo esperar de las personas.

Frunzo el ceño, pues no comprendo este último comentario.

—¿Vas a querer más? —comenta levantándose, dando por zanjado el tema.

Yo acepto que por hoy me ha contado bastante, y le tiendo mi plato vacío.

* * *

Salgo de comprar del súper de camino a casa.

En estos cinco días que llevamos Albert y yo viviendo juntos lo he visto poco, porque llega siempre muy tarde y sin muchas ganas de hablar. Se le nota tenso y sé que, aunque no me lo quiere contar, es por algo referente a su padre, pues empiezo a conocerlo poco a poco. Por las noches dormimos en la misma cama, separados..., al menos al principio, porque todas las mañanas me levanto en los brazos de Albert. Ninguno de los dos comenta nada; sin embargo, la evidencia está presente: nos deseamos. Para bien o para mal, nuestro subconsciente nos traiciona y me hace ir a Albert, o él a mí, nunca sé quién de los dos realiza el primer acercamiento.

Hoy he comprado los ingredientes para preparar mi primera incursión en la cocina. Estos días he llevado la cena del restaurante, pero hoy le he dicho a Blanca que quería tratar de hacerla yo. Me dio algunos consejos y voy a ver si me sale bien.

Cuando llego a casa Albert no está. Tal vez hoy tampoco venga a cenar, pero por si acaso, voy a la cocina a hacer el menú que tenía pensado: una ensalada y unos filetes de pechuga salteados con verduras.

Empiezo a preparar las verduras siguiendo las instrucciones del libro de cocina que me regaló y a cortar el pollo. Cuando las verduras se empiezan a tostar de más, las retiro, bajo el fuego y las dejo apartadas en un recipiente para luego, como he visto hacer a Albert. Pongo entonces las pechugas al fuego en la misma sartén pero, al ver que el aceite empieza a saltar, me pongo nerviosa y trato de concentrarme en eso. ¿Le habré puesto demasiado aceite? En el vídeo parecía muy fácil. Me desespero y le doy varias vueltas para que no se pegue. Veo que poco a poco va cogiendo color sin quemarse y me tranquilizo. Cuando ya creo que está, lo dejo a un lado y me pongo a preparar lo más sencillo de todo, la ensalada. Estoy cortando la lechuga cuando siento que el cuchillo se desliza por mi dedo y lo suelto dando un grito.

Me miro temerosa el dedo, en el que ha aparecido un hilillo de sangre. Me empiezo a marear, nunca me ha gustado la sangre. Intento no dejarme llevar por el miedo y meto la mano bajo el grifo para que se corte la hemorragia. ¿Me habré hecho algo grave? Examino la herida y me doy cuenta, ahora más calmada, de que no es muy profunda, así que me voy tranquilizando poco a poco. Voy al aseo y me curo la herida usando el botiquín que preparó Albert, cosa que yo antes no había previsto. Con la tirita convenientemente puesta en el dedo, vuelvo a la cocina y sigo preparando la cena, eso sí, con más cuidado de no cortarme y sintiendo la molestia de la herida.

Cuando tengo todo listo, pongo la mesa y espero a que Albert venga, pero cuando son casi las once, me canso de esperar y caliento la comida para cenar sola. Me siento frente a mi plato pensando que, para ser mi primera vez en la cocina, tiene bastante buena pinta, y la pruebo. Enseguida noto que le falta sal y la verdura me ha quedado algo dura. «Soy un desastre», me digo desanimada, y casi doy gracias por que Albert no haya llegado a tiempo. Cuando termino, guardo lo que ha sobrado en la nevera y me pongo a recogerlo todo.

No pensé que cocinar fuera tan difícil. Pero no me rendiré.

ALBERT

Abro la puerta de mi nueva casa. Estoy agotado. No me fío de lo que pueda estar haciendo mi padre a mis espaldas y he tenido que trabajar el doble estos días, investigando disimuladamente todos los movimientos de la empresa. Desgraciadamente, lo de no confiar en mi padre es algo que me pasa desde que era niño.

Al entrar oigo ruidos de cacharros y miro la hora que es. Son casi las doce; es tarde para que Bianca esté cenando. Me dirijo a la cocina: parece que haya pasado un tornado, y Bianca está fregando. Lleva el pelo recogido en una coleta y una camiseta ancha llena de salpicaduras. Con ese aspecto, nadie diría que es una marquesa, pero me quedo mirándola sin más. Viéndola a ella, como suelo hacer últimamente. Solo después, al mirar mejor a mi alrededor, me doy cuenta de a qué se debe este desastre.

—Bianca.

Ella se vuelve y da un salto.

—No te he escuchado entrar.

—Sí, eso parece. ¿Has hecho la cena?

—Sí... pero no estaba muy buena, eso que te has ahorrado. —Sonríe con tristeza y sigue restregando la sartén.

Saco la cena del frigorífico y abro el *tupper*.

—No tiene mala pinta.

—Las verduras están duras.

—Es tu primera vez, no esperes perfección a la primera.

—Lo sé.

—¿Era para los dos?

Bianca asiente sin mirarme. Me conmueve el hecho de que haya cocinado para mí y, pese a que no tengo hambre, porque ya he cenado, me sirvo un buen plato y lo meto en el microondas a calentar.

—No hace falta que lo pruebes...

—Tiene muy buena pinta y tengo mucha hambre.

—¿Sí? ¿En serio?

Bianca me mira con una sonrisa inocente y deja lo que está haciendo para escuchar mi veredicto sobre su cena. En cuanto la pruebo noto que, efectivamente, las verduras están un poco quemadas y algunas duras, pero pese a eso se pueden comer. Ella me mira expectante.

—No está mal para ser la primera vez.

—¿De verdad?

—Sí. —Sus ojos azules relucen por la emoción.

—La próxima vez me saldrá mejor.

—No lo dudo.

Bianca sigue recogiendo y yo la miro mientras cenó. Cuando termina y se sienta a mi lado, me percató de que trata de ocultar una mano y que tiene una herida en ella.

—No es nada —dice cuando le tomo la mano para quitarle la tirita. Al hacerlo, veo un corte en el dedo, no muy profundo pero molesto.

—Debes tener más cuidado —le digo entre dientes, pues aunque sé que es normal que te cortes cuando estás aprendiendo a cocinar, no he podido evitar pensar que podría haber sido peor.

—Lo sé. No era mi intención cortarme.

La miro sin decir nada. Luego, sorprendiéndome a mí y a ella, beso su dedo lastimado. Nos quedamos en silencio y, sin poder remediarlo, mis ojos van a sus labios, esos que llevo deseando besar desde hace días. Por su culpa no duermo por las noches, y menos cuando se acurruca en mi pecho; ahí ya sí que no pego ojo. No hay noche que no me arrepienta de mi estúpida idea de no poner dos habitaciones, porque la deseo, la deseo demasiado para no caer en la locura de tenerla, y cada día más.

Extiendo mi mano y meto tras su oreja unos mechones pelirrojos que se le han escapado de la coleta. La suavidad de su piel me atrapa y, sin poder contenerme más, me acerco a ella y atrapo sus labios con los míos. Apenas pruebo de nuevo su sabor siento que no puedo parar. Bianca me besa sin reservas, con ternura y aprendiendo de mi pasión. Su inocencia y su entrega me conmueven y me pierdo en ella, por todos los besos que he deseado darle y me he negado. La cojo en brazos y la siento en mis piernas dejándome arrastrar por el momento, aunque sé que debo ir despacio con ella. Noto las manos tímidas de Bianca en mi nuca y cómo me acaricia con inseguridad, y me pierdo en lo que me hace sentir. Nunca he estado con una chica así, alguien que lo dé todo en un beso sin pensar en nada, sin reservarse nada y sin esperar nada de mí, más que mis besos.

Mis manos se meten bajo su camiseta y acaricio la suave piel de su espalda, y Bianca se acerca más a mí. Siento que estoy perdiendo el control, por lo que me fuerzo a poner fin al beso y jadeante apoyo mi cabeza en la suya.

—Esto es una locura —admito.

—¿Te arrepientes?

Siento la desilusión en la voz de Bianca.

—No, pero eso no hace que me guste más.

—No entiendo...

—Me gustaría no sentir, Bianca, pero es inevitable... No sé qué me pasa contigo.

—Y eso no te gusta —deduce.

—No.

Bianca se empieza a levantar y, aunque sé que lo mejor es dejarla ir, la vuelvo a atraer hacia mí.

—No me gusta, pero estoy cansado de evitarte... No sé a dónde nos llevará esto.

Bianca me mira con una amplia sonrisa.

—Siempre podemos descubrirlo.

—Soy un cabrón, nunca he sido bueno...

—No lo creo así.

Río con amargura.

—Ves demasiado bueno en mí.

—Veo lo que eres. —Bianca alza la mano y acaricia mi mejilla—. Y me gusta. Y sé que no debería confiar en ti..., pero lo hago. ¿Me estoy equivocando?

Pienso en decirle que sí, en contarle todo, pero no quiero perderla y por esa absoluta verdad, callo.

—Tú misma.

Bianca se pone seria y, finalmente, se inclina sobre mí y me besa tiernamente.

—Quien no arriesga, no gana. Espero no estar arriesgando demasiado. —Y sonrío.

Yo también me pregunto si no estaremos los dos arriesgando demasiado, y sin querer, mi mente evoca a mi madre.

CAPÍTULO 12



BIANCA

Me despierto nuevamente sobre el pecho de Albert, pero esta vez no hago por apartarme enseguida, ya que anoche nos acostamos así tras darnos un largo beso de buenas noches. ¿De verdad no fue un sueño? Levanto la cabeza para ver a Albert dormir, y lo encuentro observándome con las manos bajo su cabeza.

—Buenos días, dormilona.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las diez.

Me levanto de golpe.

—¡Tengo que ir a comprar!

—¿Comprar el qué?

—Hemos quedado en casa de Robert para celebrar que ya han aprobado la adopción y quería llevar algo de postre.

—Es pronto todavía...

—Sí, pero las chicas van a ir antes para ayudarlo con la comida y, aunque no sé cocinar, yo también querría echar una mano...

—Ya aprenderás, no te metas prisa.

Le sonrío. Albert se levanta y de pronto me sorprende posando sus labios sobre los míos. Así, sin más.

—Buenos días.

—No me acostumbro a esto. Es tan raro... —comento sonrojada.

—Ya somos dos.

Se mete en el aseo y mientras yo empiezo a prepararme. Cuando Albert sale sin camisa, me quedo mirando su pecho musculoso con la boca abierta. No sabía que estuviera tan marcado.

—Te van a entrar moscas.

La cierro de golpe, roja como un tomate porque me haya pillado observándolo, e intento disimular con un

—No estás mal.

Albert se ríe abiertamente. Me gusta verlo despreocupado; hasta parece casi feliz.

—¿Tienes algo que hacer? —le pregunto.

—Ir a trabajar. ¿Por?

—No, por si querías venir... Pero bueno, comprendo que tengas que trabajar.

Entro en el aseo antes de que perciba la desilusión en mi rostro, pues me hubiera gustado ir con él, como si fuéramos una pareja normal... ¿Y cuándo hemos sido normales? ¿Me estará utilizando para algún fin? Siento una gran presión en el pecho al pensar en esa posibilidad. No podría soportarlo. Estoy cada día más enamorada de él.

* * *

Albert me ha dejado en el supermercado de camino al trabajo y ahora estoy buscando algo para el postre. Compro una tarta con muy buena pinta y a buen precio y voy a la casa de Robert. Al llegar, Dulce y Laia ya están en la cocina preparando una ensaladilla rusa.

—Están destrozándome la cocina —bromea Robert.

—Te hemos oído —dice Laia.

Entro a saludarlas y algo en mi cara debe de delatar mi felicidad, porque Laia deja inmediatamente lo que está haciendo y me dice sonriente:

—¿A qué viene esa sonrisa tonta en la cara? ¿Ha pasado algo?

Me llevo la mano a la cara.

—¿Tanto se me nota?

—Otros tal vez no, pero nosotras sí —responde Dulce.

—Vaya. Albert pensará que soy una tonta...

—¿Por?

Les cuento el beso de anoche y de esta mañana, y Laia me mira radiante. Dulce, en cambio, parece más precavida y dice:

—Ten cuidado. —Asiento dándole la razón—. ¿Le has preguntado por qué se casó contigo? Quiero decir, no me creo que lo hiciera porque sí, y menos con un padre como el que me has contado que tiene..., algo no me cuadra.

—Sí, a mí tampoco —admito con tristeza.

—Bueno, ¿y qué? Vale, supongamos que se casó por un fin y que no tenía previsto enamorarse de ella, pero si ese fin ha hecho que ahora esto sea posible, en parte no fue del todo malo...

Robert se ríe desde la puerta de la cocina y le dice:

—Ya te salió la vena romántica. Me alegra de que vuelvas a ser la misma de siempre.

Laia le sonríe.

—Al final he sido más fuerte que él. No me ha vencido. —Y sigue preparando la comida.

No entiendo nada de la conversación y miro a Dulce desconcertada.

—Laia...,  no crees que Bianca se merece saber tu historia?

—Es posible —contesta sin darse la vuelta; aun así, noto que se ha puesto tensa de repente—. Cu ntasela si quieres..., yo voy a ver si se ha despertado la niña.

Y sin decir más, sale de la cocina. Me sorprende que Laia, que disfruta siempre con las conversaciones, de pronto se vaya, y eso me pone alerta. Lo que voy a escuchar no va a ser bueno y así es. Sin entrar en muchos detalles, Dulce me cuenta toda la historia de Carlos, el ex de Laia, y cómo estuvo a punto de violarla.

—Yo... no me imaginaba algo así.

—Este junio pasado hizo un año de aquello, pero reconozco que la recuperación de Laia ha sido asombrosa. Se ha esforzado mucho por seguir con su vida y que ese acontecimiento no rigiera sus acciones. Empez  en septiembre en la universidad de aquí y, aunque todos sabemos que le costó, no dej  de ir. Admiro su entereza.

—S , es muy fuerte.

Pienso en mi caso, en cómo yo iba a ser violada de alguna forma cas ndome con el conde Cypres.  C mo mi padre podía permitir algo así?  Me habría sentido usada y sucia?  O lo habría justificado y asumido por ser mi esposo? No lo s , pero sí sí que me habría producido mucho asco acostarme con él y que, por mucho que él fuera mi marido, no habría dejado de ser una violación consentida, pues de haber podido elegir yo me habría negado.

— Bianca? —pregunta Dulce, sac ndome de mis pensamientos.

—Estoy bien.  Te ayudo con la comida? Tengo ganas de aprender.

Dulce asiente y seguimos preparando platos. Al poco vuelve Laia con la pequeña en el cochecito; aunque al principio parece estar a gusto en él, no tarda en pedir a gritos nuestros brazos.

—Ya la cojo yo —dice Robert—. Al menos hasta que me ponga a preparar las ascuas de la barbacoa.

Seguimos preparando cosas y al rato cojo yo a la peque y me voy a la parte de fuera con Robert. Nos sentamos en unas hamacas bajo el porche trasero y charlamos del día a d a con el bebé, hasta que llega  ngel y me coge a la niña para hacerle caranto as.

— Vamos poniendo la mesa? —pregunta Laia asomándose por la puerta.

—Lo que quer is —contesta Robert.

Me levanto para ayudarlas y, mientras Robert va encendiendo la barbacoa,  ngel deja a Nora en el cochecito y saca sillas para todos. Nosotras vamos poniendo los platos y

los cubiertos. Adair no tarda en llegar. Nos saluda a todos, no sin antes dar un beso a Laia. Los miro con envidia sana y pienso en mis besos con Albert: él solo tendría esas muestras de cariño en público si consiguiera algo con ello.

Robert enciende un par de estufas de gas especiales para el patio que ayudan a caldear el ambiente. Es una suerte que para ser diciembre no haga mucho frío.

—Esto huele de maravilla —comenta Ángel mirando las salchichas que se están haciendo en la barbacoa—. Ya estamos todos, ¿no? ¿Por qué no empezamos?

Robert mira su reloj y niega con la cabeza.

—Espero a alguien más.

Justo en ese momento suena el timbre. Robert va a abrir y, para nuestra sorpresa, regresa acompañado de Ainara. Ella me saluda con un simple hola y yo hago lo mismo; seguro que nadie nota que nos conocemos de algo más que de la universidad.

Ainara se sienta y Robert vuelve a la barbacoa y trae una bandeja de salchichas recién salidas de la parrilla que deja en la mesa.

Me fijo en que Ainara trata de evitar el humo, hasta que al final se levanta y se va lejos a unas hamacas. Robert la mira sin entender y ella le sonrío desde allí y explica:

—He quedado más tarde y no quiero llegar oliendo a humo. Robert trae otra fuente de carne.

—Venga, empezad a comer antes de que se enfríen —nos dice, y así lo hacemos.

—¡Ahí va, la ensaladilla! —exclama Laia.

—Yo voy a por ella.

Me levanto y voy a la cocina. Cuando estoy abriendo la nevera, escucho el timbre de la puerta, así que dejo la ensaladilla en la encimera para ir a abrir.

Me quedo petrificada al descubrir quién hay tras la puerta.

—¡Albert!

—Espero que esa sorpresa en tu voz sea porque te alegras de verme.

—Claro que sí —le digo feliz haciéndome a un lado para que entre, pero Albert me detiene y me levanta del suelo para darme un beso que me deja sonriente.

—Ahora sí puedes dejarme pasar. ¿Dónde están? No creo que les agrade mi visita.

—Seguro que sí, eres el rey de la diversión —ironizo sonriente y Albert me devuelve la sonrisa—. Vamos, aún no hemos empezado a comer y yo he ayudado un poco con la ensaladilla.

—Me alegro.

—Yo me alegro de que estés aquí —tras decirlo me sonrojo, por lo que le adelanto de camino a la cocina para que no se dé cuenta—. Ayúdame con esto. —Le doy la fuente mientras yo tomo unos platos y pan tostado.

Cuando salimos, se hace el silencio en el patio.

—Yo también me alegro de veros..., a unos más que a otras.

—Es mutuo —le contesta Ainara a Albert.

—Me alegra que hayas podido venir —comenta Robert serio.

—Lo dudo, pero gracias por tus palabras. Si he venido ha sido porque a Bianca le hacía ilusión.

—Albert... —le recrimino.

—Tan amable como siempre —comenta Ainara.

—Siento no poder decir lo mismo de ti. Nunca me has parecido amable.

—¡Albert! ¿Puedes sentarte y comer en silencio?

Albert me mira serio pero finalmente asiente. Mientras va a su sitio mira de reojo a Ainara y puedo sentir la tensión. ¿Qué pasó entre ellos dos? El otro día en la mansión de los condes se evitaron sin más, tal vez porque aquel no era el mejor lugar para verse.

Me siento al lado de Albert y comemos en silencio, un silencio incómodo que solo se ve roto por los comentarios básicos de la comida: me pasas esto o aquello.

—Qué animados sois.

—Albert, por favor... —le digo por lo bajo.

—Déjalo, había un ambiente agradable hasta que él llegó. Es hombre de pocas palabras... —dice Ainara.

—... Pero de muchas acciones, ¿verdad? —contraataca Albert, provocando que Robert le mire con atención.

—Sí, pero es evidente que no eres tan bueno como crees, puesto que fui yo la que te dejó —dice Ainara con malicia. Albert la mira muy serio y Ainara sonrío—. Vamos, Albert, ya es agua pasada. Y además, cuanto antes sepa Bianca que estuvimos juntos, mejor.

Miro a Albert y luego a Ainara. Sabía que había estado con mujeres, pero tener una aquí delante me ha quitado el apetito. Casi hubiera preferido que siguieran ignorándose.

—Tú y yo sabemos que no fue así —dice Albert entre dientes.

—¿Estás seguro? Es cierto que fue hace años, pero tal y como yo lo recuerdo, tú no le tuviste ningún respeto a tu mujer hace años, ni ahora tampoco. No sé a quién quieres engañar con la farsa de vuestra boda, tú solo la quieres para conseguir algo. Igual que entonces...

Albert la escruta serio y se levanta.

—Bueno, me voy, tengo mejores cosas que hacer. Que os aproveche.

Yo salgo detrás de él, pero Albert sigue caminando sin hacerme caso y se marcha cerrando la puerta de un portazo. Cuando la abro, ya se ha metido en su coche y se va.

Me quedo mirando hacia donde se ha perdido de vista el coche sin muchas ganas de entrar, pensando en lo que acaba de ocurrir. Ainara sabe algo sobre lo que pasó cuando Albert me besó aquella noche en el bosque y afirma que Albert lo hizo para conseguir algo, ¿pero qué?

Estoy dándome la vuelta para entrar cuando escucho el ruido de un motor acercarse, y al girarme veo que es Albert que sale del coche con cara de pocos amigos y se dirige a la casa.

—¡Albert, espera!

Lo sigo adentro y cuando llega al porche todos se le quedan mirando, sobre todo Ainara, que parece haber perdido el color.

—Para empezar, tú no me dejaste —comienza a decir señalándola con el dedo—. Yo no quise más que un rollo contigo, cosa que no parecía importarte, hasta que te diste cuenta de que no conseguirías atraparme y que me casara contigo. Y segundo, sí, sé que hace años engañé a Bianca, y tú sabías por qué, al igual que Roberta, pues en su día no tuviste escrúpulos en chantajearme con ello para que apartara a Bianca del lado de Liam y poder tú atraerle hacia ti. ¿O me vas a negar que esa era tu meta? —Albert habla de corrido, sin darle tiempo a Ainara a intervenir, pero la cara lívida de esta lo dice todo por ella—. Reconozco que soy un cabrón, que he hecho cosas en la vida de las que no me enorgullezco, pero tú a mí tampoco me engañas. No me creo que hayas pasado de aspirar ser reina a querer estar con Robert, que no ostenta título alguno. Y ahora, si quieres, sigue criticándome, a mí me trae sin cuidado. Pero deja ya de hablar y de remover la mierda, porque lo único que consigues es hacer daño a Bianca, y ella no tiene la culpa de lo que pasó. Si quisieras hacerme daño a mí, ya lo hubieras comentado hace años.

Y dicho esto, se da media vuelta y se va una vez más.

—Espera, Albert, voy contigo.—¡No! Déjame, quiero estar solo.

Me mira con el ceño fruncido, conteniendo la furia, y sé que lo dice de verdad, que no quiere estar ahora mismo conmigo, de modo que regreso al patio para que él no vea la desilusión en mi cara.

Cuando salgo al porche, Ainara está llorando, Robert la abraza intentando consolarla y los demás no saben a dónde mirar.

—Vaya espectáculo —comenta Ángel cuando me siento a la mesa—. ¿Siempre suceden estas cosas en tus fiestas?

—Peores.

Ángel se ríe y yo agradezco su actitud relajada.

—Chicos, cuidado de Nora. Ainara necesita refrescarse —nos pide Robert.

—La gente a veces no entiende que puedo haber cambiado. —Escucho decir a Ainara entre lágrimas mientras entran en la casa, y yo le contesto mentalmente: «No, no me lo creo». Albert ha vuelto únicamente para que Ainara me deje en paz, ya que, como ha dicho él, si le ha dado por mencionar esto ahora ha sido solamente para hacerme daño; si no, no encuentro otra explicación. Ainara siempre fue muy calculadora y además, yo tampoco me creo que haya pasado de hacer lo imposible por casarse con el príncipe Liam a estar con Robert, cuando se ve a la legua que no lo ama.

Lo que no entiendo es por qué, con lo mal que se llevaba por aquel entonces con Roberta, fueron las dos a chantajear a Albert para que Liam se alejara de mí. ¿Qué chantaje sería? Seguramente nunca lo sepa, pero lo que tengo claro es que Albert accedió a seducirme no porque estuviera encaprichado de mí, sino para ocultar algo que no quería que se supiera.

—Come un poco, Bianca —oigo decir a Dulce, y levanto la vista de mi plato. Hemos continuado comiendo en silencio, pero yo llevo un rato mareando la comida, absorta en mis pensamientos—. Si te sirve de consuelo, pese a que tengo mis reservas con Albert, creo que tenía razón: Ainara solo ha sacado el tema para hacerte daño a ti, no a él. Hay algo en Ainara que no me gusta, y por desgracia Robert se está empezando a enamorar de ella.

Miro a Dulce; Laia asiente con la cabeza.

—A veces Albert dice esas sandeces para protegerse —le justifico—. Es como... como si temiera que los demás lo conocieran tal como es...

—En ese caso, yo también creo que Ainara no quería provocarlo a él, sino a ti —interviene Adair.

—¿Pero por qué? —le pregunto interesada, pues al no conocernos a ninguno de antes y verlo desde fuera, pueden tener una perspectiva distinta de todo esto.

—Porque si ellos estuvieron juntos y ella no consiguió pescarle, y tú sí... —responde Laia por él—. Cuanto más lo pienso, menos entiendo qué puede querer de Robert. Vale que ahora tenga un buen puesto en la empresa de su padre...

—¿Está trabajado en la empresa de George? —exclamo alucinada, pues es la primera noticia que tengo.

—¿Se llama así el padre de Ainara? —Asiento a Laia—. Pues sí, allí trabaja, y por eso se conocieron, en una cena de empresa. El padre de Ainara está entusiasmado con él.

—No tenía ni idea.

Me giro hacia la puerta y veo entrar a Ainara con Robert. Él parece sentir verdadero cariño por ella, pero dudo mucho de que sea recíproco. Me pregunto si estará con él por interés, con algún fin oculto, y enseguida pienso si Albert no estará haciendo lo mismo conmigo. Es posible, así que yo no soy quién para juzgar a Robert.

Seguimos comiendo y charlando de temas triviales y, sobre todo, hacemos caso a Nora, que no tarda en pasar a nuestros brazos. Es increíble lo simpática que es a pesar de

lo que ha vivido. La pobre no es consciente de que sus padres no la han querido. ¿Qué sentirá ante eso cuando sea mayor? Observo a Robert jugar con ella, cómo la pequeña le pone las manos en la boca y este hace como que se las muerde, y sé que Nora dará gracias por tener un hermano que hizo lo imposible para cuidarla, aunque él no fuera el responsable de ella.

* * *

Llego a casa después de estar un rato más en casa de Robert. Ainara nos ha contado que antes era muy diferente a como es ahora y que si chantajeó a Albert fue por miedo a que él la atacara a ella. Lo ha dicho entre pucheros y, aunque todos hemos asentido por el bien de Robert, ninguno nos hemos creído su explicación. Ninguno excepto Robert, que parece no darse cuenta de nada.

Cierro la puerta. Todo está en orden, no parece que Albert haya pasado por aquí en todo el día. Cuando llega la noche, harta de esperarlo, me preparo un sándwich frío y me siento a comérmelo en el salón mientras veo una peli.

No sé el tiempo que ha pasado cuando siento que alguien me lleva en brazos a la cama. Tras cenar, me recosté en el sofá para esperar a Albert, pero eran más de las doce la última vez que miré el reloj y aún no había vuelto.

—¿Albert? —Abro los ojos y me abrazo a él.

—Chist. Sigue durmiendo.

—Quiero hablar contigo.

—No lo dudo, pero ahora es tarde...

—¿Por qué me engañaste?

Siento que Albert se tensa y, cuando me deja en la cama, va hacia la ventana y contempla a través de ella la calle iluminada por las farolas, dándome la espalda.

—Llevo toda la tarde pensando si contarte la verdad o no.

—¿Por qué no me la quieres contar?

—Es una parte de mi vida que me puede arruinar.

—Y entonces, ¿por qué estás conmigo?

—Porque me importas. Aunque todavía no sé por qué.

—Quedaba mejor sin eso último. —Le sonrío. Albert no me devuelve la sonrisa.

—Está bien, te lo contaré, pero no quiero que esto salga de aquí. —Asiento. Él suspira y se pasa la mano por el pelo—. Mi padre siempre ha tenido problemas con el juego, pero es lo bastante listo para saber cuándo parar. Su hijo, no.

Me mira en silencio y yo lo observo extrañada. Él es hijo único. ¿Se refiere a él?

—No estoy hablando de mí —comenta adivinando mis pensamientos—. Tengo un hermanastro mayor.

—No lo sabía.

—Muy pocos lo saben. Mi padre, cuando era muy joven, tuvo un lío con una prostituta; ella tuvo al niño y lo extorsiona desde entonces. Mi hermanastro está trabajando en mi empresa, para que no se vaya de la lengua.

—No sé qué decir.

—Lo sé. Es una historia muy extraña. Yo no supe de mi hermanastro... hasta que nos arruinó. —Me quedo callada a la espera de que continúe el relato—. Yo era muy pequeño, no tenía más de once años. Mi padre es un jugador empedernido, pero con suerte, y gracias a eso ha aumentado su fortuna; mi hermanastro, en cambio, apostó prácticamente todo el dinero que teníamos y lo perdió. Mi padre se enteró cuando ya era demasiado tarde. De la noche a la mañana nos vimos en la calle porque no podíamos costear las mansiones, de modo que las cerramos, y las empresas también, pero fue solo durante un tiempo. Mi padre vendió las pocas cosas que nos quedaban, apostó el dinero que le dieron por ellas y ganó. Poco a poco fue recuperando su fortuna. Y a los pocos que sabían lo que había pasado, les pagó para que callaran. Volvió a contratar a los empleados del hogar que teníamos antes de arruinarnos, y estos, por miedo a perder su empleo de nuevo, no comentaron nada. Incluso readmitió a mi hermanastro en la empresa, aunque desde entonces no ha vuelto a tener acceso a las cuentas. Todo ocurrió en menos de un año, pero pasaron muchas cosas en ese tiempo...

Espero que Albert diga algo más, pero se calla y mira por la ventana.

—Cuando me enteré de que tenía un hermanastro y que trabajaba en la empresa de mi padre, me acerqué a él, pero pronto descubrí que lo único que quería de mí era mi título.

—Vaya, lo siento.

—Yo, no. No se puede añorar lo que nunca se ha tenido y yo nunca he tenido un hermano.

—Yo sí lo añoro. Me hubiera gustado mucho tener un hermano o una hermana.

Albert me mira con calidez.

—¿Y exponerlo a lo que tú has pasado?

—Tal vez...

—No hubiera sido diferente, créeme —dice adivinando mis pensamientos—. Si hubiera sido un chico, habría estado destinado a ser el futuro duque y habría sido educado para eso desde el día que naciera; y si hubiera sido una niña, tu padre se habría encargado de educarla para que fuera una buena esposa para algún duque igual que a ti, nada más.

—Dicho así, suena muy triste.

—Pero es nuestra realidad.

Nos quedamos en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

—¿Y cómo averiguó Roberta todo esto? Porque era esto con lo que te chantajearon, ¿no?

—Sí. Mi padre hizo correr el rumor entre la alta sociedad de que se había tomado un año sabático en una nueva mansión que había comprado lejos de allí. El problema era que entre los que sabían la verdad estaba el padre de Roberta. Se ve que no se calló como debería y llegó así a los oídos de su hija, que no dudó en utilizar esa información para su beneficio. Me amenazó con sacarlo a la luz si no participaba en su trampa para separarte de Liam y así tener el camino libre. No pude negarme. Si dejaba que lo contara, los asociados de mi padre podían retirar sus favores y la empresa irse a la quiebra por segunda vez... No quiero excusarme, pero de no haber sido por eso, no me hubiera acercado a ti ese día.

Aparto la mirada, pues, aunque no tuvo otro remedio que acceder al chantaje por el bien de su padre, me duele saber que esa fue la única razón y que nunca se hubiera fijado en mí. Creía que un poco sí que le había atraído para hacer algo así, pero está claro que su único objetivo era que Roberta no hablara. Bueno, ¿y qué me esperaba?

—La idea era besarte sin más, o al menos es lo que yo acepté. Roberta estaba empeñada en que me acostara contigo, pero no quise llegar tan lejos. —Me mira serio—. Solo tenía que conseguir que Roberta hiciera la foto en el momento del beso y todo terminaría. Pero tú no eras como yo esperaba, no dabas tus besos sin más, y eso me hizo tener que ganármelo.

Siento que Albert me coge la cara y me hace mirarlo. Lo veo sonreír y eso me descoloca.

—Eso me gustó de ti: no eras como las demás. Por eso, cuando todo acabó, me sentí aún peor por todo lo sucedido, y cuando te pedí perdón, lo hice de corazón. Si no hubieras sido como eres, no me habría arrepentido tanto por haberte engañado, porque en ningún momento quise hacerte daño.

—No me hiciste tanto daño —digo entre dientes, para que no se crea que estaba perdidamente enamorada de él.

Albert se ríe.

—Mejor. Es mejor no sentir nada por mí. Soy como mi padre, acabaría lastimándote. —Albert me acaricia la mejilla y se aparta—. Voy a darme una ducha.

Coge sus cosas y se va a ducharse. Me meto en la cama y trato de esperarlo despierta, pero tarda mucho y finalmente el sueño me atrapa.

* * *

Termino mi jornada de trabajo y me voy al almacén para cambiarme de ropa. Esta mañana cuando me desperté me he inquietado al ver que, pese a lo temprano que era,

Albert ya no estaba en casa, porque es domingo y pensaba que no tenía que trabajar, aunque yo sí he tenido que venir al restaurante.

—Hay alguien fuera preguntando por ti —me dice Blanca cuando entro de nuevo a la cocina.

—¿Quién?

—Dice que se llama Albert.

Sonrió al escuchar su nombre.

—Es muy guapo. Lástima que tenga ese semblante tan serio.

—No siempre. Nos vemos mañana.

Salgo al comedor y me encuentro a Albert apoyado en la barra mirándome tan serio como siempre, pero, aunque poca gente pueda darse cuenta, yo puedo apreciar cómo me sonrían sus ojos cuando me acerco. ¿O tal vez estoy queriendo ver cosas donde no las hay?

—¿Ya has terminado? —Asiento—. Bien, no me gusta mucho esperar.

Me toma de la mano y me lleva fuera del local. Yo lo sigo con un sinfín de mariposas revoloteando en mi estómago simplemente por el hecho de que me haya cogido la mano porque sí.

—¿A dónde vamos? —le pregunto cuando entro en su coche y me abrocho el cinturón.

—A hacer todas esas cosas que te han prohibido desde que naciste. O al menos, parte de ellas.

—¿Como cuáles?

—Como ir a cenar comida basura, hincharte a palomitas en el cine o ir de fiesta hasta altas horas de la noche... o hasta las dos, más o menos.

Me río abiertamente ante la perspectiva de hacer todas esas cosas con él, porque aunque algunas ya las he probado con Laia y Dulce, hacerlas con Albert como si fuéramos una pareja más suena aún más apetecible.

—Algunas ya las he probado —le confieso.

—Vaya, qué pena. Quería ser yo el primero en mostrártelas. —Me sonrío y me acuerdo de las palabras de Blanca y se las digo.

—Deberías sonreír más. Así la gente no pensaría que te la han extirpado del rostro... la sonrisa, digo.

—Lo he cogido, y no tengo por costumbre sonreír a menos que quiera conseguir algo de esa persona.

—¿Y qué quieres de mí? —le pregunto alarmada.

—Tranquila, de ti solo quiero, y aunque parezca raro viniendo de mí, que seas feliz.

—Pues lo estás consiguiendo.

Me relajo en el asiento y disfruto del paisaje mientras nos alejamos de la ciudad. Llegamos a una hamburguesería de barrio modesto, que huele a cebolla frita. ¡Mmm! Se me hace la boca agua solo de pensar que vamos a cenar aquí.

Entramos y nos sentamos en una de las mesas más alejadas.

—Confía en mí. Te pediré la mejor hamburguesa que hayas probado en tu vida.

Asiento y, cuando viene la camarera —la cual parece conocer a Albert desde hace tiempo por el cariño con el que le saluda—, este pide la cena para los dos.—Conozco a Pepa desde que mi padre quebró. Vivíamos en este barrio y Pepa me veía muchas veces solo en la puerta de de mi casa esperando a mi padre y me metía aquí para darme de comer. Nunca le agradeceré suficientemente lo que hizo por mí. Mi padre solía llegar tarde y se olvidaba de si un niño de once años necesitaba entrar en casa o comer —comenta amargamente—. No sé por qué diablos acabo siempre contándote este tipo de cosas. Olvídalo todo —concluye enfadado consigo mismo.

—No, y gracias por confiar en mí.

Albert me mira serio y añade:

—No me hace gracia confiar en ti.

—Lo dices como si temieras que eso te fuera a hacer daño —comento sonriendo, pero al darme cuenta de que Albert de verdad piensa eso, se me borra la sonrisa—. Nunca te haría daño intencionadamente.

—Sí, lo que tú digas —replica mordaz.

Nos quedamos en silencio y cuando Pepa nos trae los platos comemos sin decir nada, pero no tardo en romper el silencio cuando la sabrosa hamburguesa entra en mi boca.

—¡Está buenísima!

—Cualquiera diría que nunca te han enseñado educación.

Le tiro una patata.

—No seas tonto, es solo que...

—Bianca, no quiero que seas la *lady*, quiero que seas solo tú, así que olvídate de todo lo que has aprendido y haz lo que te plazca. Por mí como si quieres comer con la boca abierta.

—¡Ugh! Eso es asqueroso.

Albert se ríe y yo me tranquilizo al sentir que la tensión del momento ha pasado. Es mejor dejarlo estar, al menos de momento.

—¿Qué hiciste por ella? —digo señalando a la mujer de casi cincuenta años que sonrío tras la barra a un nuevo cliente.

—¿Por qué supones que hice algo por ella?

—Porque empiezo a conocerte.

—¿Sí? Lo dudo.

—Claro, porque no me dejas. Cobarde.

—No tienes tanto tu suerte, ya te he contado mucho de mí. No quieras saber más.

Nos estudiamos con la mirada unos segundos y finalmente asiento y termino mi cena.

—Ahora iremos a tomar un helado.

Albert se levanta para ir a pagar. Tras hacerlo, mete un billete de los gordos en el bote de las propinas. Pepa lo mira seria, pero no dice nada, y entonces sé cómo Albert le devuelve el favor. Si le pagara más por la cena, ofendería a Pepa, y si le diera dinero sin más, también. En cambio, al dárselo como propina por el servicio y la atención, está correspondiendo al cariño que le brindó hace años, sin ofenderla.

Salgo del local y entro en el coche tras Albert.

—Así que en el bote de las propinas. Eres muy listo.

—No quieras ver más de lo que hay. ¡Al final me harás un maldito santo!

—Dios me libre. ¿Tú un santo?

Albert pone el coche en marcha y conduce hasta una heladería cercana. Detiene el coche enfrente y abre la puerta diciendo:

—Quédate en el coche, los voy a pedir para llevar. Se dirige al local y al poco regresa con una bolsa con dos tarrinas. Me las tiende y pone el coche en marcha. No tardamos mucho en llegar a un parque, que por lo que parece no es muy grande.

Ahora sí, nos bajamos los dos del coche y Albert me coge la bolsa. Entramos en el parque y paseamos por el sendero principal.

—Cuando era pequeño miraba a los demás niños con superioridad..., al menos al principio —dice Albert sonriendo cuando pasamos frente a una zona de juegos y me da mi tarrina—. Helado casero.

—Y seguro que no habré probado otro igual...

—Quién sabe, tu padre es conocido por sus extravagancias. Lo mismo tienes en la cocina un maestro heladero.

—Casi... No han tratado de saber de mí, ¿verdad?

Mi pregunta le pilla desprevenido y me mira serio, dudando si contestar o no.

—No, pero saben que estás bien. Lo veo a menudo en mi empresa.

—¿Y eso?

Albert desvía la mirada y se concentra en su helado.

—Tu padre ha invertido parte de su dinero en la empresa del mío. Ahora que somos familia...

—¿Y qué más?

Se ríe.

—¿Por qué crees que hay algo más? Anda, tómate el helado antes de que se derrita.

—Con este frío, lo dudo.

Albert se sienta en un banco y yo a su lado.

—Si tienes frío, no te lo tomes.

—Ni hablar. Está delicioso.

Y es cierto. A veces las mejores comidas no se evalúan por el dinero que te hayan costado.

—Golosa. —Comemos en silencio y yo me acerco más a Albert—. Ya te he contado mucho de mí...

—No te creas.

—Sí lo creo, y ahora te toca a ti.

—Mi vida se resume rápidamente: estudiar a Liam y ser la esposa perfecta para él, dejando mis sueños por el camino. Esa siempre ha sido mi meta. Cuando Liam me rechazó, pasé a centrarme en ser una buena esposa para el marido con mejor título que pudiera pescar y dejar de ser un estorbo en casa.

—¿Te decía eso tu padre?

—No hacía falta. Simplemente le faltó tiempo para buscarme un nuevo prometido. Alguien que además sabía que yo detestaba, y lo acepté. No me rebelé. ¿Es que acaso no tenía personalidad?

—No tenías opción. —Hace una breve pausa—. Sé que intentaste escapar hace años.

—¿Cómo lo sabes? —exclamo girándome hacia él asombrada.

—Tu padre se lo contó al mío. Te encontraron, ¿no?

—Sí.

—¿Y te dieron una lección? —Asiento—. A ver, déjame adivinar. ¿Dejarte sola bajo la lluvia?

—Sí, pero ya no lloraba como cuando era niña. Y mi padre no podía ver mi miedo. Conforme fui creciendo, aprendí a tragarme el miedo a las tormentas; pensaba que así mi padre dejaría de castigarme con eso.

—¿Y lo hizo?

—Sí, pero empezó a encerrarme en una de las casas vacías de los trabajadores. Sin luz...

—Tu padre es...

—Según él, solo quería que aprendiera la lección.

—¿Y surtió efecto?

—Sí. ¿Qué podía hacer si no?

Sonríó al reparar en que Albert me mira serio.

—Y a pesar de todo, no has perdido tu sonrisa. Te admiro.

La pierdo en ese instante impactada por su confesión, pues sé que para Albert no es fácil admirar a alguien, aparte de a sí mismo, y que me admire a mí me hace sentir... especial.

Albert me sorprende entonces una vez más: se acerca a mí y me besa, haciendo que saboree su helado de chocolate en sus cálidos labios. Enseguida me pierdo en ellos y me dejo llevar. Sus labios son más dulces que el helado y hacen que no me canse de ellos, sino más bien al contrario, con cada beso crece mi ansiedad de saber cuándo saborearé el siguiente. Me niego a pensar que tras este beso puede que no vengan más, pero saber que existe esa posibilidad me hace sentir desesperación porque termine, y a la vez deseos de que este derroche de pasión solo sea el preludio de lo que tendré junto a él el resto de mi vida.

ALBERT

Me separo de Bianca con el corazón acelerado y sabiendo que, por mucho que intente engañarme, sus besos no son unos besos cualesquiera. Sigo sin entender de dónde nace esta atracción que siento por ella. Cuando no estoy cerca de Bianca me pregunto tonterías, como qué estará haciendo o si le gustará algo que yo he visto. En serio, tengo hasta ganas de hablar con ella. Nunca me ha pasado esto con ninguna chica, y la verdad, estaba muy tranquilo hasta que Bianca apareció otra vez en mi vida. Pero pese a haber acabado con mi tranquilidad, ahora, teniéndola entre mis brazos, me siento... completo, y esto me asusta más que la perspectiva de quedarme en la ruina otra vez. Porque no puedo evitar pensar en mi madre, y en lo que me dijo mi padre cuando ella nos dejó: «Las mujeres de hombres como nosotros solo quieren nuestro dinero. Cuanto antes lo aprendas, mejor para ti». Sin embargo, al conocer más a Bianca y ver de lo que es capaz por ser libre, me pregunto si mi padre no estará equivocado.

Y, sobre todo, me da miedo estar bajando la guardia. En mi vida no hay tiempo para estas tonterías románticas.

—Esta tarde Robert trajo de paseo a Nora al bar. Esa niña robará el corazón a más de uno.

—Y ya ha robado el tuyo.

Bianca sonríe y se alza para darme un beso en la mejilla. Me pilla desprevenido y debo de mirarla muy serio, porque deja de sonreír y se levanta del banco como si acabara de cometer un delito. ¡Maldita sea! Me paso la mano por el pelo y me levanto tras ella.

Al llegar a su altura, le doy un beso fugaz en los labios y le cojo la mano, y aunque aparto rápidamente la mirada, no se me escapa la sonrisa que ilumina su cara por mi gesto. Se me hace raro aceptar el hecho de que alguien solo pueda querer de mí un simple gesto cariñoso, y no sé cómo interpretar la sensación de amplitud que siento en el pecho porque a ella le guste.

* * *

No he pegado ojo en toda la noche. Bianca se la ha pasado abrazada a mí y no he dejado de desearla. No debería estar aquí, debería irme.

Al amanecer, Bianca se despierta y atrapa con sus somnolientos ojos azules mi mirada. Me mira feliz, sonriente, y me olvido de las razones por las que debería salir corriendo. Me acerco a sus labios y la beso y mientras lo hago, pienso que se pueden hacer muchas cosas sin llegar a acostarnos. El problema es si podré resistirme a ella.

CAPÍTULO 13



BIANCA

Sin dejar de besarme, Albert se mueve, de forma que quedo de espaldas a la cama y él sobre mí de cintura para arriba. Me besa con más intensidad y me pierdo en este placer mañanero. Cuando le di el beso de buenos días no esperaba acabar así, pero ahora no tengo quejas. Su lengua se abre paso en mi boca y me devora haciendo que tiemble ante esta intensidad de emociones. Una de sus morenas manos sube por mi costado arrastrando consigo la camiseta de mi pijama. Siento mucho calor, que aumenta cuando noto que su mano busca mis pechos libres de sujetador. Tiemblo cuando me acaricia uno de los costados y sus dedos tocan levemente mis cimas. Duda y, cuando creo que retirará la mano, acoge mi seno en su palma y la aprieta levemente. Me retuerzo. Albert me besa de forma acompañada con sus caricias. Noto mis pechos hinchados, deseosos de sus mimos. Llevo mis manos a su espalda y lo acaricio sobre la camiseta blanca de tirantes que lleva. Está muy caliente, como siempre. Su amplia espalda recibe mis caricias. Se mueve un poco, lo justo para coger cobijo entre mis piernas que se han abierto por inercia y ahora lo rodean. No sé de dónde ha salido este lado atrevido mío, solo sé que parece que estamos bailado una danza muy bien sincronizada. Siento su dureza justo donde ardo y me muevo para intensificar lo que me hace sentir tenerlo así, buscando su calor, sin saber siquiera lo que me pide el cuerpo y me impulsa a hacerlo, y ahogo un gemido de placer.

Albert se separa y tira de mi camiseta. Siento un instante de timidez cuando me quedo desnuda de cintura para arriba, que concluye exactamente cuando me contempla como si fuera realmente hermosa. Sus ojos parecen más oscuros que nunca. Su gesto me conmueve y no me escondo ante él, pues me siento deseada. Albert baja sus labios y aunque creo que atrapará los míos, no es ahí donde los lleva, sino al hueco de mi cuello, dejando allí un reguero de besos que me excitan más de lo que ya estaba. Lo veo acercarse hacia mis senos. Antes de tocarlos, me mira. Asiento, por si es eso lo que necesita, y parece que sí, pues sus labios cogen mi pezón entre ellos y me besa ahí donde deseaba que lo hiciera y nadie me había tocado jamás. Pego un bote por la impresión. Me retuerzo, lo que crea más fricción entre los dos. Trato de buscar algo que no encuentro. No sé qué tengo que hacer para dejar salir este placer que ha convertido mis venas en lava líquida mientras Albert ejerce su magia con mis pechos. Cierro los ojos y siento que una de sus manos busca la goma de mi pantalón y se adentra bajo mi ropa interior. Abro los ojos y me quedo rígida, y Albert se separa y me acaricia sin avanzar más.

—Confía en mí.

—Por esta vez.

Me besa al tiempo que su mano se pierde bajo mi ropa interior.

Cuando me toca en mi ardiente núcleo me cuesta recordar hasta mi nombre. No estoy preparada para el placer que siento y Albert parece saberlo porque sonrío de medio lado.

—No te rías de mí.

—Nunca. Solo sonrío porque me encanta ser el primero en enseñarte cosas. El primero en descubrir cómo se ilumina tu mirada ante algo que has experimentado. Ya te lo dije, quería enseñarte cosas nuevas y esta, mi pequeña Bianca, es una de ellas.

Y dicho esto, introduce sus dedos dentro de mí. No deja de besarme mientras me hace el amor con sus dedos.

—Solo déjate ir —me pide cuando siento que estoy a punto de explotar.

Albert se separa y me atrapa el orgasmo mientras él me observa sin perder detalle de nada. Cuando regreso a la tierra, abro los ojos y lo descubro mirándome de una manera que no me había mirado nunca. Después me acaricia la mejilla con una ternura que me desarma, y en sus ojos veo una vulnerabilidad que pocas veces muestra.

—Gracias por confiar en mí.

Me alzo y cojo su cara entre mis manos para besarlo con la misma ternura con la que él me ha tratado y luego apoyo mi frente en la suya. Albert me abraza. Nos quedamos así, quietos, sintiéndonos y escuchando los latidos del corazón del otro. Lo abrazo con fuerza, deseando que este momento no sea algo aislado, pues me he sentido más unida a él que nunca.

* * *

Salgo del restaurante después de trabajar y nada más pisar la calle, oigo que alguien me llama. Me giro y veo a Albert apoyado en su coche. Me sonrojo al recordar lo que compartimos esta mañana. Tras lo sucedido, me di una ducha y cuando salí del baño ya se había ido. Sin embargo, me había dejado el desayuno preparado y una nota en la que decía que se había tenido que ir a trabajar. Agradecí tener unos instantes para mí, para asimilar lo sucedido.

Albert viene hacia mí sonriendo de medio lado, seguramente adivinando por mi sonrojo en qué estoy pensando.

—Me encanta que pienses en mí.

—No te lo creas tanto.

Albert me roba un beso que me deja con ganas de más.

—Vamos, te quiero llevar a un sitio.

—¿Dónde? —le pregunto ilusionada.

Pero en vez de contestarme, coge mi mano y tira de mí en dirección contraria a la de su coche.

—¿No vamos en tu coche?

—No, no queda lejos de aquí.

Asiento y espero. Me fijo en que no viene con traje, sino que lleva unos vaqueros y un jersey gris bajo su chaqueta de cuero marrón. Está impresionante, como siempre, pero hoy me parece más guapo que nunca, como si el haber intimado y sentirme más unida a él me hiciera verlo con una luz diferente. Entrelazo mis dedos con los suyos y Albert me mira alzando una ceja, yo le saco la lengua y niega con la cabeza divertido.

Albert se detiene frente a la fachada del cine del pueblo. Lo miro intrigada.

—Te dejo que elijas película, pero por favor, que no sea la romántica.

Miro ilusionada el cartel. Nunca he ido al cine, y me emocionada aún más por ir con Albert y porque se nota que es un cine antiguo y mantiene esa belleza clásica. Miro las películas y cojo un panfleto donde explica de qué va cada una. No sé por cuál decidirme, porque la que más me apetece ver es la romántica, y lo miro indecisa. Albert pone los ojos en blanco y resignado va hacia la taquilla a sacar dos entradas para esa. Me fascina la facilidad que tiene para leer mis gestos.

Entramos en el cine y compramos palomitas que me voy comiendo de camino a nuestros asientos. Nos ponemos en la última fila, alejados de la gente.

—¿No estamos un poco lejos? —le pregunto mientras se quita la chaqueta.

—Si yo tengo que soportar este bodrio, tú vas a permitir que te meta mano con la luz apagada. —Se sienta—. Otro de los placeres del cine.

—No sé si quiero.

Albert tira de mí y me siento a su lado.

—Déjate llevar.

—Me das miedo cuando dices eso —digo mirando a mi alrededor y sonrojándome.

Cuando me giro hacia él, veo que se está aguantando la risa. Se me acerca y me aparta el pelo de la oreja antes de hablarme en un susurro:

—Cuando me refiero a meterte mano, no me refiero a hacer lo de esta mañana, tontita.

—Tonto lo serás tú. —Me aparto enfadada porque se ría de mí—. Pues no pienso dejar que me toques.

Me levanto para alejarme de Albert, pero este tira de mí y acabamos yo sobre sus piernas y las palomitas en el suelo, y cuando trato de apartarme de nuevo, coge mi cara entre sus manos y me besa. Mi resistencia dura lo que Albert tarda en acariciarme con su lengua y me olvido de todo salvo de aprender el placer de meterse mano en el cine. Cuando se separa, la peli ha empezado y regreso a mi sitio, colocándome en una postura superincómoda con tal de apoyarme en su pecho. Albert me acaricia la espalda y me cuesta centrarme en lo que vemos. Más cuando aprovecha cualquier ocasión para besarme.

Salimos del cine sin saber muy bien de qué iba la película, pero no me importa lo más mínimo pues soy tremendamente feliz. Y aún lo sería más si no notara que algo inquieta a Albert.

Llegamos a casa y, tras picar algo de cena, Albert me dice que tiene mucho trabajo, por lo que me voy a la cama sola. Intento esperarlo despierta sin conseguirlo y, cuando me despierto por la mañana, ya se ha ido. Inquieta, me visto y me voy a trabajar temiendo que Albert haya decidido distanciarse de mí.

* * *

Llego a casa y busco en el libro de cocina que Albert me regaló qué puedo hacer de cena con los ingredientes que tenemos en casa. Leo una receta de filetes empanados con queso y jamón york en el interior que me parece bastante fácil de hacer, así que saco lo necesario, me cambio de ropa y me pongo a prepararlos con la esperanza de que Albert venga a cenar.

Golpeo los filetes como dicen, les pongo una loncha de jamón y otra de queso y pongo otro encima. Luego los paso primero por harina, luego por huevo y por último, por pan rallado. Se parecen bastante al dibujo del libro. Pongo el aceite y los meto en la sartén, pero no se hacen. Algún paso me he saltado. El aceite se va calentando y miro nerviosa cómo se sale el queso. Trato de pararlo con la espátula, pero se sale del todo, y también el jamón. Es un desastre total. Triste por ser tan torpe, los aparto del fuego y contemplo impotente en lo que ha quedado convertida la cena y la foto de los perfectos filetes del libro. Escucho la puerta abrirse y cerrarse y por un instante pienso en tirarlo todo a la basura antes de que Albert vea este estropicio. Demasiado tarde, pues acaba de entrar por la puerta de la cocina y viene hacia mí.

—¿Pusiste el aceite muy caliente? —pregunta al ver el horrible espectáculo.

—No.

Albert coge el libro y anota que los debo echar cuando el aceite está caliente.

—No deberían suponer que la gente lo sabe —dice molesto con el libro porque yo haya destrozado la cena—. Aún se puede comer.

—Está horrible —le digo haciendo pucheros.

Albert me besa y luego acaricia mi ceño fruncido.

—Sí, estás horrible.

—Idiota.

—Pon la mesa mientras me pego una ducha.

—Puedo preparar otra cosa...

—No, lo que has hecho huele muy bien.

Algo más relajada, asiento y comienzo a poner la mesa frente a la tele. Voy al cuarto para avisar a Albert que la cena está lista y me quedo con la palabra en la boca cuando lo veo sin camiseta; solo lleva el pantalón de pijama oscuro. Me quedo absorta mirando su torso. Albert no dice nada cuando me acerco. Lo miro a los ojos antes de alzar mis manos hacia él.

—Soy todo tuyo.

—No lo eres. —Lo acaricio con levedad—. Pero me encantaría que lo fueras.

Albert no lo niega, solo calla, pues ambos sabemos que esconde una parte de su alma para que no pueda llegar a ella.

Deslizo mis manos por su pecho y me deleito con su firmeza y su calor. La respiración de Albert se agita. Alzo la mirada y sus ojos marrones se entrelazan con los míos. Me acerco hacia el hueco de su cuello y le doy un beso, luego un pequeño mordisco que lo hace estremecer y le doy otro, y entonces... Albert detiene mi exploración y me coge en brazos para que mis piernas lo rodeen. Mi espalda golpea la pared mientras la boca hambrienta de Albert me devora. Nunca me ha besado así, con tanta intensidad, como si me necesitara para seguir viviendo. Me encanta y le respondo de la misma forma, aprendiendo y mejorando sus técnicas. Albert gime entre mis labios cuando lo acaricio con mi lengua y me besa con voracidad. Mis dedos se enredan en su cabello. Lo necesito más cerca. Lo deseo como nunca he deseado a nadie.

—Albert...

Él parece entender mi ruego, pero en vez de dar un paso más en nuestra relación, se aparta y apoya su frente sobre la mía.

—La cena se enfría.

Asiento y me deja en el suelo, aunque ambos sabemos que no es más que una excusa.

Camino hacia el salón mortificada y cenamos en silencio con el ruido de fondo de la televisión. Cuando terminamos y me dice que tiene mucho trabajo, no me sorprende, pues está claro que quiere alejarse de mí. Lo que no entiendo es por qué.

ALBERT

Observo a Bianca dormir y, aunque parezca imposible, su cara aún refleja el dolor por haberla rechazado. La deseo más que a nada en el mundo, pero acostarme con ella significa que el matrimonio es válido en todos los sentidos. ¿Y no era ese el fin? No. Desde el principio la idea fue llevar vidas separadas, igual que mis padres, y si doy ese paso con ella... estaría perdido. Sería admitir que la quiero en mi vida. Me educaron para odiar el matrimonio y, sin embargo, cada día tengo menos claro por qué hay que odiarlo. ¡Incluso he empezado a pensar en pequeños niños mocosos y llorosos correteando a mi alrededor, como piensa Bianca! Tengo que salir de aquí. Me siento asfixiado. Esto de venirme a vivir con ella no fue una buena idea.

CAPÍTULO 14



BIANCA

Entro en mi casa esperando encontrar a Albert, pero, como los días anteriores, no hay nadie. Cierro la puerta y me siento en el sofá. Es viernes y desde el martes Albert no ha aparecido por casa. Me llamó para decirme que estaría muy liado con cosas de la empresa. Sé que se ha pasado por aquí para coger algo de ropa porque he notado que faltaba en el armario, pero lo ha hecho a horas en las que yo no estaba. Tal vez sea verdad que tiene mucho trabajo y no puede venir ni a dormir..., pero empiezo a pensar que me está evitando o que se ha cansado de esta farsa. Y tras su rechazo la otra noche, siento que estoy en lo cierto.

Me levanto y voy a darme una ducha con la idea de no hacer nada en toda la noche salvo ver la tele y, sobre todo, no pensar en Albert, por difícil que sea. No me lo saco de la cabeza y me he enamorado perdidamente de él, lo sé desde hace tiempo, pero reconocerlo no me hace sentir mejor. He vuelto a caer y antes apenas sabía de él. Ahora sí, y lo que he descubierto de él... me ha gustado.

Estoy saliendo de la ducha cuando escucho el móvil. Me envuelvo en una toalla y salgo corriendo a por él pensando que será Albert. Lo saco de mi bolso y me quedo un poco desilusionada al ver que es Laia.

—Hola, Bianca. ¿Estás en tu casa?

—Sí. ¿Por?

—Porque Dulce va a venir a mi casa para ver pelis...

—... E hincharos a comer, como si lo viera. —Laia se ríe—. No sé...

En ese momento se me cae la toalla. Sin soltar el móvil me agacho para cogerla, y entonces siento una mano en mi espalda y pego un chillido. Pero al girarme y ver quién está detrás de mí, me quedo ensimismada mirando los ojos de deseo de Albert y la forma en que sus manos acarician mi espalda desnuda, haciendo que allí por donde pasan sus dedos mi piel cobre vida.

—¿Pasa algo? —Escucho la voz de Laia en mi oído.

—No... Estoy bien... —Albert se coloca de nuevo a mi espalda y cierro los ojos mientras me besa en el cuello—. Era una araña.

Noto la risa de Albert sofocada por mi piel.

—Grande y peluda.

Albert me muerde en el hombro sin hacerme daño y casi se me cae el móvil.

—Yo... no puedo ir, he recordado que tengo que... Albert... ¡No puedo! —exclamo cuando siento una mano muy cerca de mi trasero, y cuelgo—. ¡¿Se puede saber qué haces?! —le grito, pero Albert no me deja darme la vuelta.

—Dejar de hacer el imbécil —responde—. Tal vez esto estaba destinado a pasar desde el principio.

—¿De qué hablas?

—De nada importante... Pero no quiero alejarte más de mí. Es inútil.

Me gira la cabeza lo justo para atraparme con sus labios.

Me dejo llevar por sus besos y me sonrojo cuando sus manos me acarician. Mi respiración se empieza a agitar y me siento como mantequilla en sus manos.

—Te deseo —me dice alzándome en sus brazos con suma facilidad. Lo abrazo temiendo que esta vez también me rechace. Si volviera a pasar, no lo soportaría, y digo:

—No es lo que parecía el otro día.

Me deja a los pies de la cama y con el dorso de su mano me acaricia los pechos, que se erizan bajo su contacto.

—Si nos acostamos, serás mi esposa en todos los sentidos —dice.

Eso explica por qué siempre se aleja de mí, y contesto dolida:

—Y tú no quieres.

Con suma suavidad, me aparta un mechón de la cara.

—Creía que no, pero ahora mismo no deseo otra cosa que yacer contigo.

—Ya, pero...

—¿No quieres ser mi esposa en todos los sentidos? —La dureza de su mirada contrasta con sus caricias y mi deseo.

—Sí, pero ¿y tú?

—No puedo huir de ti. Tienes algo que me hace regresar siempre a tu lado.

Lo dice como si fuera malo. Abro la boca para protestar, pero sus labios ahogan mis palabras. Albert me coge en brazos y me deja sobre la cama. Se separa para quitarse la camisa ante mi atenta mirada. Siento un poco de vergüenza así tendida y desnuda y trato de taparme, pero Albert me lo impide cogiéndome las manos y uniéndolas por encima de mi cabeza antes de besarme.

—No te cubras, eres preciosa.

Su voz aterciopelada me traspasa. Se separa para quitarse la camisa, permitiéndome admirar su piel morena y sus fuertes músculos. No pierdo detalle de cómo se quita la ropa hasta quedarse solo con un bóxer negro. Su cuerpo es espléndido. Él es hermoso. Coge mi

mano y me da un beso en la palma para después dejarme un reguero de besos por el brazo. Me acaricia y me besa venerando mi cuerpo y haciéndome sentir bella. Cierro los ojos embriagada por sus caricias y los abro cuando sus labios atrapan mis pezones, que los aceptan gustosos. Me separa las piernas y toca el interior de mis muslos, acariciándolos, tentándome sin llegar a tocarme ahí donde se anida mi humedad. Baja un reguero de besos hasta mi ombligo y lo besa antes de seguir hacia abajo. Cuando llega a mi feminidad, me tenso. Albert lo nota y me acaricia donde me muero por recibir sus atenciones y, cuando sabe que estoy perdida en este mar de pasión, me besa justo ahí donde ardo de placer. Me retuerzo mientras su experta boca me hace el amor de una manera que nunca llegué a imaginar que fuera posible. Siento calor. Me agito. Me muerdo los labios. Llevo mi mano a su negra cabellera y tiro de su pelo. Y justo cuando estoy a punto de irme, se separa y, con la mirada enturbiada por el placer, veo cómo se quita la ropa interior y busca un preservativo. Se acerca a mí, se sitúa entre mis piernas y me besa al tiempo que lo acaricio. Ha llegado el momento pero no tengo miedo. Solo pienso en fundirme con su cuerpo y hacerlo mío en todos los sentidos. Solo pienso en ser suya como sé que nunca hubiera podido ser de otra persona.

ALBERT

Me pierdo en los besos de Bianca y no puedo dejar de acariciarla. Sus manos inexpertas me tienen cautivo y no recuerdo la última vez que un momento tan íntimo fue tan especial y único. Hasta ahora creía que todos eran iguales, pero ahora me siento diferente y no solo quiero sentir, quiero hacerle sentir, y que sea mía en todos los sentidos. Estar evitándola no ha servido de nada. Cuando entré en casa y vi la luz de la habitación encendida, me fui a cambiar para marcharme antes de que saliera del baño, pero no fui lo bastante rápido y tampoco contaba con encontrármela en medio del salón solo con una toalla. Y cuando esta se deslizó hasta el suelo y vi su cuerpo desnudo, supe que estaba perdido, que no podía irme y que, aunque no me guste, estoy atrapado por ella. Porque no dejo de pensar en ella a cada instante y de preguntarme qué estará haciendo. Porque la deseo como nunca creí poder desear a nadie. Y no importa el tiempo que haya tardado en darme cuenta de que no puedo huir de lo evidente, ella es mía, mi pequeña Bianca.

—No tengas miedo —le digo cuando empiezo a introducirme en su interior.

—De ti, nunca.

Bianca me sonrío con esa sonrisa pura y dulce. La beso mientras me adentro poco a poco en su estrecho cuerpo. Cuando siento su barrera, intensifico el beso para que el dolor pase y me adentro de una vez, quedándome quieto para que se amolde a mí. Algo que me cuesta mucho, pues ahora mismo el placer es tan intenso que me siento morir, no creo que pueda aguantar mucho.

—Estoy perdido. Ya no puedo escapar de ti. Ni tú de mí —le digo antes de moverme.

Bianca se ríe y me acaricia la mejilla.

—No quiero escapar de ti.

Sus palabras me traspasan. La miro a los ojos sin perder detalle de su expresión cuando la hago mía, cuando la hago mi esposa. Nos movemos juntos y siento cómo su pequeño cuerpo se amolda al mío y cómo encajamos como dos piezas de puzle perfectas. Me pierdo en ella, cuando siento que está a punto de irse, e intensifico las embestidas. La sigo cuando un potente orgasmo la atraviesa y la abrazo con fuerza, rezando sin darme cuenta para que nada ni nadie la aparte nunca de mi lado, y mucho menos yo. Tengo miedo de que un día se dé cuenta de que no valgo la pena y me abandone...

BIANCA

Me despierto abrazada a Albert y me sonrojo al recordar lo vivido esta noche, pero no me aparto de su lado. Tengo miedo de que todo esto solo haya sido por una vez. No sé a qué atenerme con Albert y cada día espero más de él. Es lo malo que tiene estar enamorada, que aunque no quieras, siempre esperas que la persona amada te corresponda.

—¿Ya estás despierta?

Alzo la cabeza y lo observo mirándome con una mano bajo la cabeza.

—Es evidente —le sonrío.

Agacho la cabeza y paso mi mano por su pecho abstraída.

—¿Qué piensas? —me pregunta.

—En... que no hubiera podido hacer esto con otra persona. Me hubiera sentido violada. ¿Era eso lo que mi padre quería para mí?

Albert me levanta la cabeza para que le mire.

—Pienso que mi padre no me ha querido nunca —continúo—. Estamos en el siglo XXI, las cosas han cambiado, ¿no?

—Algunas no, por desgracia. Tal vez tu padre te quiera, pero es difícil saberlo.

Siento la amargura en la voz de Albert.

—¿Tú piensas lo mismo del tuyo?

—No quieras ver más de lo que hay.

Albert me da un beso y se levanta para ir a la ducha.

—Por cierto..., ¿has visto la hora que es? —me dice cuando sale de la ducha.

Miro el reloj y me levanto de un salto.

—¡Llego tarde!

—No deberías trabajar más, eres mi esposa. ¿No es hora de dejar esto?

Me siento en la cama molesta por sus palabras.

—No, no es hora, y si no te gusta, es mejor que el que deje esta farsa seas tú.

Cojo mis cosas y voy al otro aseo para arreglarme, enfadada porque Albert crea que ahora que hemos consumado el matrimonio tiene más autoridad sobre mí, o que yo voy a cambiar y aprovecharme de su dinero. ¿Acaso es eso lo que pensaba que pasaría? Es como si estuviera esperando que un día le diga que ya me he cansado de ser libre e independiente y prefiero ser una esposa mantenida. Pues si piensa eso de mí, es que no me conoce en absoluto.

Salgo de la ducha y me arreglo para ir a trabajar. Mañana domingo lo tengo libre. Blanca me ha dicho que a partir de ahora quiere que todos los domingos me los coja de descanso y, si alguna vez lo quiero cambiar por otro día de la semana, que se lo diga antes, pero que necesito descansar.

Salgo del aseo y voy directa a la puerta sin despedirme de Albert, pero cuando la abro, una mano morena me la cierra de golpe.

—¿Enfadada?

—Sí, y ahora deja que me vaya, llego tarde por tu culpa.

Albert se ríe y me gira hacia él.

—Desayuna algo. —Me coge de la mano y me lleva al salón. Ha puesto la mesa y hay varios dulces y café recién hecho.

—Qué rapidez, pero no tengo hambre —digo todavía picada.

—Lo que tú digas. —Albert me obliga a sentarme en la silla y él hace lo mismo—. Siento si te ha molestado mi comentario, pero de verdad es lo que pienso. La vida que llevas... no es para ti.

—¿Y se puede saber por qué? —le digo cruzándome de brazos. Se me ha hecho un nudo en el estómago por sus palabras y no pienso probar bocado.

—No me parece mal que trabajes, lo veo bien, pero creo que, de poder elegir, no hubieras elegido fregar platos. ¿O sí?

Aún enfadada niego con la cabeza.

—¿No te gustaría ir a la universidad y acabar tus estudios?

—Lo que estudiaba era solo para contentar a mi padre. No era lo que me gustaba.

—¿Y qué te habría gustado estudiar?

Miro los bollos y me quedo pensando en su pregunta.

—Me gusta dar clases a niños..., me hubiera gustado ser maestra.

—Puedes serlo. Solo tienes que matricarte para el año que viene e ir a la universidad.

—Pero...

—¿Pero qué?

—No quiero ir a la universidad a la que iba antes...

—Hay otra pública no muy lejos del pueblo.

—Donde va Laia —recuerdo—. Yo... tendré que trabajar para ahorrar el dinero de la matrícula.

Albert me mira serio y asiente.

—Si es lo que quieres...

—¿Por qué te molesta tanto que quiera trabajar?

—No me molesta..., es solo que no me creo que la hija de un duque, que lo ha tenido todo en su vida, quiera perder su tiempo fregando platos. Creía que solo era un entretenimiento...

—Un entretenimiento de niña rica y mimada, ¿no?

—Bianca...

Me levanto, ahora sí enfadada del todo.

—No me conoces —sentencio—. He sido una estúpida por pensar que al menos tú me conocías un poco. Por entregarme a ti por completo.

Me doy la vuelta para irme y evitar así que vea cuánto me ha afectado esta conversación.

—Sí te conozco. Simplemente me cuesta creer que haya alguien como tú.

Me detengo por sus palabras.

—¿Alguien o una mujer? —No sé por qué he dicho eso, pero al mirar a Albert y ver la tensión de su rostro, sé que he dado en el clavo, que Albert está pensando en su madre—. Si dejaras tus prejuicios a un lado, te darías cuenta de que lo único que yo quiero es ser feliz, y soy feliz así. Y sí, me gustaría ir a la universidad, pero lo conseguiré sin que nadie me regale nada. Soy capaz de hacerlo.

—Sé que eres capaz.

Lo dice seguro de sus palabras y le sonrío algo más calmada.

—Gracias, aunque sé que en el fondo te cuesta confiar en mí.

—No me cuesta... —Albert desvía la mirada—. Mi pasado me ha hecho ser así. Siento pagarlo contigo. Dame tiempo para creerte y para cambiar.

Asiento y salgo hacia el trabajo, pensando si el tiempo conseguirá de verdad que él me crea.

* * *

—Bianca, tu móvil está sonando y me ha parecido oírlo antes también —me dice Blanca.

Me seco las manos y voy a mi bolso, que está en el almacén, pero cuando llego ya han colgado. Al desbloquearlo, veo varias llamadas de Albert, me preocupo y lo llamo con el corazón latándome con fuerza, temiendo que haya pasado algo.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien? —le digo cuando me dice hola.

—Sí. ¿Preocupada por mí?

—¡Qué tontería! Pues claro que sí.

—No es algo tan claro.

—Puede que no para ti.

—Bueno, así no llegaremos a ningún sitio. Tú y yo tenemos puntos de vista diferentes. Será mejor que lo dejemos.

—Sí, mejor. ¿Qué quieres?

—Esta mañana se me olvidó comentarte que no dormiré en casa este fin de semana..., tengo cosas que hacer.

Enseguida mi mente piensa que lo que tiene que hacer en realidad es irse de fiesta y estar con otras. Seremos marido y mujer con todas las de la ley, pero no me ha prometido fidelidad. ¿Por qué habría de pensar que lo vivido estos días es igual de importante para él que para mí?

—Bien, haz lo que te plazca.

Le cuelgo y apago el móvil para así evitar la tentación de llamarlo y rectificar mis palabras.

—¿Todo bien? —me pregunta Blanca cuando regreso la cocina.

—Genial —miento y sigo a lo mío.

Continúo fregando platos hasta que llega mi hora de salir. Salgo tras cambiarme de ropa y veo a Laia y Adair en la barra.

—Te estábamos esperando —me dice Laia—. ¿Tienes algo que hacer?

—No, nada en absoluto.

—Bien, porque Robert nos ha invitado a su casa y veníamos a preguntarte si podías venir.

—Claro. Me encantaría.

Siento la mirada penetrante de Adair y no lo miro por miedo a que lea en mis ojos mi desazón.

Nos montamos en el coche de Adair y no tardamos en llegar a casa de Robert. Cuando sale a abrirnos la puerta, nos dice que la pequeña se ha dormido hace poco.

—¿Puedo subir a verla?

—Por supuesto, pero ten cuidado de no despertarla.

Subo las escaleras seguida de Robert, que enciende la luz del pasillo y abre la puerta de su cuarto despacio. Pasamos los dos de puntillas y la veo dormir en su cuna.

—Así parece un angelito, pero cuando está despierta... —me dice Robert entre susurros—. Espero que esta noche no tenga pesadillas.

—No sabía que sufría de ellas.

—Sí, y me inquieta no saber qué se las provoca.

Nos vamos de la habitación y Robert cierra la puerta.

—No esperaba verte aquí.

Su comentario me deja helada.

—Si quieres que me vaya...

—¡No digas tonterías! No es eso. Ainara me dijo que tenía un baile esta noche y pensé que irías con Albert. Por lo de vuestro acuerdo.

—Yo...

Me quedo en blanco. Ahora sé dónde está Albert y qué es lo que lo va a mantener tan ocupado todo el fin de semana, pero ¿por qué me lo ha ocultado? ¿No era ese el trato, que lo acompañara?

—No sabías nada —deduce Robert por mi reacción.

—No, pero mejor, prefiero estar aquí.

Robert asiente, pero me mira tratando de descubrir cómo me siento.

—No te preocupes, estoy bien.

—Si necesitas hablar...

—No, pero gracias de todas formas.

—Quiero preguntarte algo de Ainara.

Entramos en su cuarto y lo miro a la espera de que me diga qué es lo que le inquieta sobre ella.

—Sé que no os lleváis muy bien y me ha contado lo que pasó con Albert, pero no el motivo por el cual lo chantajearon.

—Me alegro.

—Ha cambiado. Me dijo que solo lo hizo para que su padre estuviera orgullosa de ella, ya que pensaba que ser amiga de alguien tan influyente como Roberta le haría feliz y se dejó llevar por ella. Que desde niña ha intentado siempre llamar su atención. ¿Es esto cierto?

Pienso en sus palabras y en lo que me decía Jenna cuando era pequeña: que su hermana no se contentaba con un solo te quiero, sino que necesitaba muchos más. Que siempre quería ser mejor que ella en todo y que, cada vez ella hacía algo bien, Ainara

trataba de hacerlo mejor. Y casarse con un futuro rey hubiera sido superar con creces lo que pudiera haber hecho Jenna.

—Sí, eso es cierto.

—Y que se debe a que George no es su verdadero padre. Ainara me lo confesó un día y eso me hizo comprender mejor algunas cosas.

—Sí, eso creo yo también.

—Ainara está convencida de que George no puede quererla de la misma forma que a su hija verdadera, Jenna. Pero George la ha criado desde niña, mientras que su verdadero padre nunca ha querido hacerse cargo de ella. George es su padre, diga lo que diga la prueba de paternidad.

—Yo pienso como tú. A mí me han criado mis padres biológicos y, sin embargo, nunca he sentido su cariño. Ainara tiene a un padre que la quiere; sea su padre biológico o no, es su padre. No sé por qué siempre ha tratado de ser mejor que su hermana.

—Yo tampoco lo entiendo. Ahora tengo a Nora y si un día tengo mis propios hijos, no quiero que ella piense que no la quiero de la misma forma. Pero ¿y si eso me pasa? No quiero hacer daño a Nora y la situación de Ainara me hace pensar.

—No te ha mentado en eso y puede que haya cambiado desde que yo la vi hace años.

—Sí, yo creo que es buena muchacha...

Robert me mira con sus bonitos ojos dorados.

—Solo espero que no te haga daño.

—No lo hará. —Robert me sonrío—. Por ahora solo me siento atraído por ella, el tiempo dirá si puedo llegar a amarla. Con Nora se lleva... bien.

—No trates de forzar una madre para Nora. Si tiene que tener una, pronto la tendrá.

—Gracias. Y ahora vamos a cenar, que Ángel tiene un pozo sin fondo por estómago.

Cuando bajamos al salón, ya está todo preparado y están sentados en la mesa esperándonos. Pese a que intento cenar y seguir las conversaciones, mi mente está en otro lugar, exactamente en la fiesta donde está Albert y a la que no ha querido que fuera. No paro de darle vueltas a eso y a si hizo que creyera que era diferente para acostarse conmigo. ¿Me ha vuelto a engañar? Me inquieta que ese fuera su único objetivo y que la atracción que había entre los dos se apague por su parte una vez conseguido.

—¿No tienes hambre? —me pregunta Dulce.

—No, la verdad es que no mucha.

Robert me mira y tengo la impresión de que sabe por qué estoy así. Me levanto de la mesa y voy hacia los sofás para sentarme.

—¿Quieres que te lleve a casa? —me pregunta Ángel.

—No, estoy bien.

Trato de sonreír, sin éxito. Antes me resultaba más fácil fingir, porque no me importaba nadie de los que me rodeaban, pero ahora me cuesta ser fría y ocultar mis sentimientos con mis amigos, pues ellos solo me han dado cariño. Me gustaría poder mantener con ellos parte de ese autocontrol que tenía; el problema es que antes no estaba enamorada y no me sentía tan engañada. ¿Estará con su amante? El estómago se me retuerce aún más por los nervios y los ojos me escuecen por las ganas que tengo de llorar. Siento que alguien me toma la mano y, al levantar la cabeza, veo a Laia sentarse a mi lado y al otro lado a Dulce.

—¿Te apetece que freguemos los platos las tres solas en la cocina?

—Venga, que tenéis que hablar de cosas de chicas —comenta risueño Ángel.

—Sí, porque vosotros no sabéis entender la mente femenina ni lo intentáis; o, mejor dicho, tú solo —le reprocha Dulce.

Dicho esto, nos vamos las tres a la cocina, pero Laia y Dulce no me dejan hacer nada, por lo que finalmente me siento y les cuento todo; al menos hasta donde les puedo contar, ya que de lo que le pasó a la familia de Albert hace años no menciono nada.

—¿Y se ha ido sin decirte nada? —pregunta Dulce seria—. No me fío de los hombres, aunque tengo la esperanza de que no todos sean igual de cabrones.

—A lo mejor tiene un motivo para que no haya querido que fueras —opina Laia, tan romántica como siempre—. Habla con él. Yo aprendí que a veces todo se lía por no preguntar. Que a veces todo es más sencillo de lo que parece y el ser humano se empeña en retorcerlo todo. Así que, hasta que no sepas por qué él no te ha dicho nada, no te preocupes; y si cuando le preguntes no te dice algo coherente, entonces preocúpate.

—Hazle caso. En consejos de amor, es mejor que yo —añade Dulce.

Asiento menos molesta y, tras tomar el postre, Adair y Laia me llevan a casa. Cuando entro Albert no está y me acuesto pensando en esa posible explicación y esperando que de verdad se muestre convincente.

* * *

Es entrada la tarde del domingo cuando escucho abrirse la puerta. Me pongo más recta en el sofá y miro la tele como si lo que están poniendo me interesara mucho, tratando de parecer desinteresada por la presencia de Albert, aunque lo cierto es que mi corazón no deja de latir acelerado y me cuesta mucho resistirme a la tentación de volverme.

—Después de que me colgaras y que apagaras el móvil, sabía que podía esperarme un recibimiento así. Yo también me alegro de verte —comenta con ironía.

Se sienta a mi lado, cogiéndome un mechón de pelo, y me acaricia el cuello produciéndome un placentero escalofrío.

—¿Te lo has pasado bien en la fiesta? Espero que sí, ya que has decidido romper una vez más nuestro trato.

—¿Te lo ha contado Robert?

—Qué más da cómo me haya enterado.

Me levanto para ir a la cocina, pero Albert me coge de la mano.

—No quería que vinieras.

—Eso es evidente —digo rezando por que no note la tristeza en mi voz.

—El conde Cypres iba a asistir y no quería que te lo encontraras.

—¿Por qué?

—Porque aunque me gusta pensar que puedo protegerte, no siempre puedo estar vigilante y pendiente de que nada te suceda. ¿Por qué creías tú que no quería que vinieras?

Me da la vuelta y me hace mirarlo.

—Porque estarías con tu amante.

Albert abre los ojos como platos y se ríe.

—Qué tontería. No hay nadie más que tú. Y eso, viniendo de mí...

—... Es mucho —le digo con una sonrisa, terminando la frase por él.

—Sí, nunca he tenido motivos para ser fiel a nadie, porque nunca he estado con alguien que me importara tanto como para pedirle lo mismo. Pero a ti te lo pido.

—¿Fidelidad?

—Sí.

Siento una caricia de Albert en mi brazo y sonrío.

—Nunca he pensado en serte infiel.

—Eso espero, no me apetece pelearme con nadie.

Me río y Albert atrapa mi sonrisa en sus labios.

—¡Qué haces! —chillo cuando me coge en brazos y me hace rodearlo con las piernas.

—Me he cansado de hablar, tengo en mente cosas más interesantes.

—¡Serás...! —Pero antes de que pueda decir nada, me hace callar una vez más con un beso y me olvido hasta de respirar.

Me coge en brazos y, con suma facilidad, recorre la casa conmigo hasta nuestro cuarto. Me apoya contra la pared y lleva sus manos a mi espalda para quitarme la camiseta. Le dejo hacer y tiro de su camisa para que haga lo mismo. Frunzo el ceño cuando los botones se me resisten y Albert me lo besa antes de llevar sus morenas manos a ellos y desabrocharlos, dejando a la vista su pecho. Meto mis manos bajo la camisa y lo acaricio mientras Albert devora mis labios con urgencia, como si llevara todo el fin de semana ansiando estar así conmigo, y me alegra mucho saber que me desea hasta ese punto.

Me deja sobre la cama tras quitarme el sujetador y me observa con deleite, haciendo que mi piel se erice ante la intensidad de su mirada y el enorme deseo que hay en ella. Luego me desnuda y me acaricia antes de apartarse y quedarse sin nada. Se pone sobre mí exigiendo mis labios y besándome con un hambre voraz. Lo beso de la misma forma perdida en este mar de pasiones. Me remuevo entre sus brazos y Albert se mueve para entrar poco a poco en mí. Espero el dolor del otro día, esa molestia que fue pasando lentamente, pero esta vez solo lo siento a él y el placer de ser uno otra vez. De estar unidos de esta forma primitiva y tan placentera. Me coge la cara entre sus manos y se mueve dentro de mí. Gimo y lo sigo para intensificar el placer. Albert no deja de mirarme. Yo entrelazo mi mirada con la suya y nos movemos sin perder detalle de los ojos del otro. El momento es tan intenso que cuando nos perdemos en un fuerte orgasmo, mis labios dicen su nombre en un susurro. Y solo entonces me besa mientras volvemos a la normalidad, con una ternura que me llena los ojos de lágrimas, sobre todo cuando rueda sobre la cama quedando él debajo de mí y me abraza con fuerza, como si temiera que lo fuera a abandonar en cualquier momento. Veo tanta vulnerabilidad en su gesto que lo abrazo igual de fuerte para decirle sin palabras que nunca me iré de su lado.

CAPÍTULO 15



BIANCA

Llego a casa de Robert, que no tarda en abrirme con Nora en los brazos. He salido un poco antes de trabajar, pues Blanca sabía que mis amigos habían quedado para ir a patinar sobre hielo y que me gustaría ir. Aunque yo nunca he patinado, me hace mucha ilusión aprender. He llamado a Albert pero no me lo ha cogido —supongo que está liado con el trabajo—, de modo que le he mandado un mensaje diciéndole dónde vamos. Aunque sé que no vendrá, la esperanza de que lo haga está latente en mí desde entonces y no he dejado de mirar el móvil por si había una respuesta suya.

Ayudo a Robert a preparar a Nora. Hemos quedado en que yo me iría con Robert y la pequeña en su coche a la pista de hielo, que está en un pueblo vecino.

—¿Qué tal con Ainara?

—Como siempre.

Lo miro intentando descubrir si ese «como siempre» es bueno o malo, pero no puedo averiguarlo por la expresión de su cara.

Le pongo a Nora el abrigo, la bufanda a juego con los guantes y el gorro. Mientras, la pequeña me observa sonriente y trata de tirar de mi pelo todo el rato.

—Tiene pasión por el pelo.

—Ya lo veo —le comento quitando un mechón de mi pelo de su manita; por suerte al llevar los guantes no me cuesta mucho.

Montamos a la peque en su sillita y yo me siento detrás con ella por si necesita algo. Durante el corto trayecto no puedo dejar de mirar a Nora. Está feliz por ir en el coche. Lo mira todo con curiosidad y luego me mira como diciéndome sin hablar si yo también he visto lo maravilloso que es todo. Es increíble cómo se ve la vida a través de los ojos de un niño: es como si lo redescubrieras todo otra vez.

Sin poder evitarlo, pienso en Albert y en su determinación de no tener hijos. Ojalá un día cambie de idea, pues me encantaría tener un hijo suyo. Tal vez las chicas de mi edad no piensan así, pero yo he sido educada para tener hijos joven. De hecho, cuando creía que me casaría por conveniencia y nunca amaría a mi marido, la idea de ser madre era lo único que me consolaba, pues pensaba que al menos mi hijo sí me amaría y yo él.

La pista de hielo está muy concurrida y, como ya ha anochecido, se pueden apreciar los árboles decorados a su alrededor con pequeñas luces, dándole al ambiente más calidez. Robert no tarda en ver a los demás y Laia me coge de la mano para ir a alquilar mis patines. Nerviosa porque va a ser la primera vez que voy a patinar, le digo mi número al chico del mostrador y, mientras espero que me den mis patines, miro a mi alrededor buscando a Albert. Como ya esperaba, no lo veo, por lo que saco el móvil y lo miro una vez más. Nada.

—Pensé que vendría Albert...

Laia deja la frase inacabada cuando yo niego con la cabeza.

—Tiene mucho trabajo. No podía venir.

—¿Sabes patinar? —me pregunta Dulce cuando me dan mis patines.

—No. —La verdad es que me da miedo caerme y hacerme daño, pero eso no se lo digo.

—Tranquila. Nosotras te enseñaremos —comenta Laia visiblemente feliz—. El ambiente es superromántico —añade cuando nos sentamos para ponernos los patines sin perder de vista a Adair, que está no muy lejos.

—¿Ya estás pensando en una de esas películas que ves? Te advierto que esta vez no pienso mojarme.

Laia se ríe por el comentario de Adair. Solo ella sabe qué le ha querido decir y, por la mirada de ambos, debe de tratarse de un momento especial para ellos. Los envidio y me pregunto si alguna vez tendré esa clase de complicidad con Albert.

Me termino de poner los patines y Ángel me tiende la mano para ayudarme a ir a la pista de patinaje.

—Da un poco de miedo, estoy muy alta.

—No dejaré que te caigas.

—Qué caballeroso —dice Dulce con ironía—. Que no te engañe, Bianca. Cuando menos te lo esperes, te dejará caer.

—Esa eres tú. Yo nunca dejo caer a las personas que me importan.

Dulce lo mira seria y Ángel también, pero enseguida desvía la mirada y me toma de la mano para ayudarme con los patines. Cada vez siento más curiosidad por saber qué ocurrió en el pasado entre estos dos; tanto resentimiento no nace de la nada, tiene que haber algo que lo explique.

Con las indicaciones de Ángel, no tardo mucho en cogerle el tranquillo, aunque al principio no me separo de la valla. Lo malo es cuando hay gente parada y tengo que atreverme a patinar sola, sin agarrarme a nada. Mis amigos no están muy lejos y sé que, de necesitarlo, me puedo sujetar a ellos. Conforme pasa el tiempo me voy soltando y disfruto más de lo que estoy haciendo. Además, el ambiente es muy cálido a pesar del frío del hielo. He visto a más de uno caerse entre risas y muchas parejas patinando juntos, como

Laia y Adair. Robert acaba de entrar en la pista y Ángel se ha salido para quedarse con Nora, que lo mira todo sonriente y feliz. Le han comprado una bolsa de gusanitos y se está poniendo perdida.

Sigo patinando despacio aunque cada vez sintiéndome más segura.

—Siento no haber podido venir antes.

Me sobresalto tanto al escuchar la voz de Albert cerca de mi oído que me resbalo de la impresión, pero Albert me toma en sus brazos a tiempo para que no me caiga al suelo. Se ríe y yo lo miro seria, pero enseguida me contagia su sonrisa.

—Eres una patosa.

—Ha sido tu culpa. No deberías haberme asustado.

—¿Y perderme el placer de que cayeras en mis brazos? —bromea Albert y yo le sonrío, pues me gusta verlo despreocupado.

Albert me da un beso y me endereza. Saluda a mis amigos con su característica expresión seria y se queda a mi lado cuando empiezo a patinar de nuevo.

—¿Es la primera vez que patinas? —Asiento con la cabeza y Albert se pone detrás de mí—. Te sujetaré para que no te caigas.

—Ángel ya me ha enseñado un poco... pero así es mejor.

Empiezo a patinar sintiendo las manos de Albert en mi cintura y no puedo evitar sonreír de felicidad. Lo miro por encima del hombro en una de las ocasiones y Albert me acerca a él.

—Deja de mirarme —dice sonriente—, te vas a chocar.

Le saco la lengua y miro hacia delante, donde hay una pareja de niños que antes casi colisionan conmigo.

Seguimos patinando y Albert me deja sola cuando considera que puedo patinar sin agarrarme a nada. Durante unos metros voy bien, pero en uno de los movimientos me enredo con los patines y me resbalo. Cierro los ojos pensando en la que me voy a pegar cuando siento que caigo sobre algo blando en vez de en el duro suelo de hielo. Al abrirlos de nuevo me veo sobre Albert: me ha cogido mientras me caía y hemos acabado los dos en el suelo.

—Eres un pato, Bianca. —Albert me aparta el pelo húmedo de la cara y luego pone su cálida mano en mi nuca acercándose para darme un beso. Me pierdo en la suavidad de sus labios. Tanto es así, que no me percató de la gente que nos rodea ni tampoco del hombre que nos está diciendo cada vez más alto que si estamos bien, hasta que Albert abre la boca y le habla...

—Piérdete.

Me sobresalto y levanto la cabeza hacia el hombre. Es el encargado de la pista. Me levanto torpemente con la ayuda de Albert, y a continuación se levanta él.

—Aguafiestas —rumia Albert.

Albert toma mi mano ignorándolo y patinamos hasta la salida. Cuando estamos fuera, Albert se quita la chaqueta, húmeda por el hielo, y la tira al banco que ocupan Ángel y la pequeña.

—Menudo espectáculo —opina Ángel sonriente, pero Albert le mira serio, se sienta y se quita los patines para ponerse sus deportivas.

—¿Dónde tenéis pensado ir luego? —pregunta.

—A la pizzería de Alberto.

—Pues allí nos vemos. Voy a cambiarme de ropa.

Albert empieza a irse, como si el momento de bajar la guardia ya hubiera acabado, y, cuando intento seguirlo con los patines, me dice que me quede aquí, que enseguida viene.

—¿Tú no te has mojado? —Niego con la cabeza tras la pregunta de Ángel y le digo que entre él, que me quedo yo con la niña. Asiente y, cuando me giro hacia Nora para acariciarla, me doy cuenta de que tiene un pequeño osito.

—Es un regalo del gruñón. Aunque él dice que es una tontería que vio y la compró.

—Típico de Albert —le digo acariciando el peluche, emocionada porque le haya comprado algo a la niña.

Seguimos aquí un rato más, hasta que la peque se empieza a inquietar y nos vamos. Me voy con Robert en el coche y, antes de ir a la pizzería, pasamos por su casa para coger la cena de la pequeña. Mientras Robert prepara todo, yo tengo a Nora en brazos.

—Serás una buena madre... —Robert se calla al ver que mi mirada se torna triste—. ¿He dicho algo malo?

—Albert no quiere tener hijos. No sé si algún día cambiará de opinión.

—Vaya, lo siento, pero dale tiempo. Se nota que le importas.

—¿De verdad?

—Sí. Eso parece.

Sonrío agradecida a Robert y pienso en sus palabras. ¿Importaré de verdad a Albert? Espero que sí. No sé cómo podría soportar perderlo una vez más. Ahora que cada día lo quiero más.

ALBERT

Entro en la pizzería y veo a los amigos de Bianca sentados al fondo, pero ella no está. Cuando llego junto a ellos, Laia me explica que se fue con Robert a por la comida de la niña y que ahora venían. Me siento a su lado y noto como Laia me mira sonriente. No sé qué decirles y, aunque esto debería hacerme sentir incómodo, no tardo en sentirme a gusto simplemente escuchando su conversación. Ángel está contando su nuevo reportaje. Lo he

leído y me gustó mucho su forma de redactar, pero hasta ahora no sabía que fuera suyo y, la verdad, eso me ha sorprendido. Esto me recuerda lo que siempre me dice Bianca: no me conoces y, como a ella, no conozco a la mayoría de la gente que me rodea.

El camarero nos trae las bebidas que hemos pedido y al poco llegan Bianca y Robert con la pequeña. Me fijo en que la niña lleva agarrado con fuerza el peluche que le he regalado y, aunque me cueste reconocerlo, me agrada saber que le ha gustado. Nos pedimos unas pizzas. Ya había venido alguna vez con mis compañeros de universidad, pues es la mejor pizzería del pueblo. No solo por su decoración, pues no le falta detalle de cosas típicas reaccionadas con las pizzas y su historia, sino también porque es un lugar acogedor, con los manteles de cuadros rojos y blancos y sus sofás y sillas de madera con mullidos asientos rojos. Como digo, esta no es la primera vez que vengo, pero sí la primera en la que de verdad el entorno me resulta reconfortante.

—He oído hablar de tus proezas en la empresa de tu padre. George te admira mucho —me comenta Robert.

—No sabía que hablara de mí.

—Tal vez no a todo el mundo, pero en el año que estuve trabajando con él como becario me gané su confianza y, tras acabar la carrera, me ascendió. Trabajamos en muchos proyectos juntos y me ha hablado de ti en alguna ocasión.

—Curioso.

No añado nada más, pero me ha emocionado saber que George me admira de esa manera.

—Albert es muy bueno en su trabajo —dice Bianca.

—Nunca me has visto trabajar.

—En casa, sí —alega sin más.

—Bien, ¿y si cambiamos de tema? No me gusta ser el tema de conversación.

—Albert —me recrimina Bianca.

—Tengo hambre. ¿Van a tardar mucho en traer la cena?

Busco al camarero, pero siento la molesta mirada de Adair sobre mí; como si supiera que me muestro tan arisco porque me incomoda que se hable bien de mí, pues yo no me creo mejor que nadie. Por suerte él no dice nada y Laia cambia de tema y habla de nuestra caída de esta tarde.

—La culpa fue de Albert. No me enseñó bien —bromea Bianca.

—Yo no soy responsable de que seas tan patosa con patines. Por tu culpa tuve que ir a casa a cambiarme —digo con el ceño fruncido, pero Bianca se ríe y me da un beso en la mejilla.

—En el fondo no es tan gruñón.

En ese momento llega el camarero con la cena. Comparto mi pizza con Bianca y ella hace lo mismo. La pequeña Nora no tarda en quedarse dormida en su cochecito después de tomarse su potito. Cuando terminamos de cenar nos traen los postres. Laia degusta con deleite su helado de chocolate y acaba cogiendo del de Adair, que se ríe pero no se queja. Dulce se toma el suyo mientras cuenta el robo del otro día, donde tuvo que perseguir al ladrón y casi se le escapa, pero al final consiguió reducirlo y ponerle las esposas. Me sorprende mucho al oír eso; con lo menuda que es, debe de tener mucha fuerza. Curiosamente, cuando habla de que el ladrón casi la golpea, Ángel la mira de reojo, serio. Bianca está escuchando tomando mi postre y el suyo, pues yo no tenía mucha hambre y ella parece no tener fondo en su estómago.

—Eres una golosa.

—Sí, pero he decidido no mezclar ya más dulces con patatas con sabor a queso. Laia la mira y se ríe.

—No todos los estómagos son a prueba de bombas como el de mi hermana —apunta Ángel, también sonriendo.

—Esa suerte que tengo —responde la aludida.

Me levanto para ir al servicio o eso quiero que crean, pues en realidad me acerco a la barra a pagar la factura. No sé por qué lo hago; solo que, cuando regreso a la mesa, me siento incómodo por lo que puedan decirme y le digo a Bianca que nos vamos.

—¿Y la cuenta?

—Ya he pagado —le susurro, sin especificar que he pagado lo de todos, no solo lo de nosotros dos.

Bianca se despide deprisa de los demás, pues yo ya voy hacia la puerta. Antes de salir de la pizzería, veo a Adair pedir la cuenta al camarero.

—¿Por qué tanta prisa de repente?

—Porque sí.

Andamos hacia nuestra casa y, a mitad de camino, a Bianca le suena un mensaje de móvil. Lo saca y, cuando lo lee, levanta la cabeza y me mira sonriente. Enseguida sé que le han escrito y acelero el paso.

—Albert, dice Laia que gracias por pagar la cena.

—Es una tontería. Me sobra el dinero.

Bianca se me acerca y me besa.

—Yo sé la verdad.

Me besa otra vez y no la contradigo.

Cuando llegamos a casa, Bianca se va a cambiar y yo me siento en el escritorio para repasar el proyecto que quiero enviar a mi padre. Llevo varios meses trabajando en él y estoy muy orgulloso con cómo ha quedado. Sé que a mi padre le gustará, no puede no

hacerlo, pues sería algo muy beneficioso para la empresa. Bianca se sienta en la cama al lado de mi silla tras darme un beso y mira sobre mi hombro la pantalla del ordenador.

—Seguro que le gustará. —Sabe de lo que se trata, pues se lo he comentado alguna vez.

—Eso espero.

Sigo trabajando, o trato de hacerlo, pues Bianca se ha levantado y está leyendo lo que escribo apoyada en mi espalda.

—Bianca, me estás distraendo.

—Lo siento —dice empezando a alejarse, pero me doy la vuelta en la silla giratoria y la siento en mis piernas, impidiéndoselo.

—No pasa nada.

La beso divertido y me pregunto cuándo fue la última vez que hice algo así, que fui tan espontáneo. Nunca, eso lo tengo claro. La muerdo en el cuello y Bianca se ríe feliz. Su felicidad me inunda. Me aterra estar bajando todas mis defensas ante ella y que luego, cuando esté expuesto, me hiera mortalmente.

Bianca me besa y se acurruca en mi pecho.

—Sigue trabajando. No quiero que luego digas que te distraigo.

No comento nada y continúo trabajando con Bianca entre mis brazos; me cuesta un poco, pero no quiero que se vaya. Estas deben de ser las tonterías que uno hace cuando se enamora. ¿He dicho enamorarse? Estoy peor de lo que creía. Tuerzo el gesto y me concentro en seguir tecleando. Al poco Bianca se duerme. La dejo en la cama y vuelvo frente al ordenador. Cuando lo termino de revisar, me acuesto convencido de que he hecho un buen trabajo.

Me abrazo a Bianca y ella no tarda en acurrucarse en mis brazos. Me pregunto qué habré hecho en mi vida para merecerla... ¡Maldita sea, otra vez pensando sandeces! Al final no me quedará más remedio que admitir la verdad, aunque sé que, cuando lo haga, bajaré la última defensa que me queda alzada y quedaré expuesto a ella.

* * *

Un fuerte estruendo me despierta. Sobresaltado, miro a mi alrededor, Bianca no está. Cojo el despertador de la mesilla y veo que son cerca de las diez. Me sorprende mucho seguir durmiendo a estas horas, pero anoche se me hizo muy tarde trabajando. Me levanto al escuchar un nuevo ruido y, preocupado, voy a la cocina. Antes de llegar, se oye un grito seguido de un plof. Entro y veo a Bianca blanca. Se le ha caído la harina encima. Su cara, su pelo, su pijama; está toda entera espolvoreada de harina. No puedo evitarlo y me río a carcajadas.

—¡No es justo! —dice entre risas. Al poco siento que Bianca se me abraza.

—¡Eh! ¡Aparta, que manchas! —digo saliendo corriendo de la cocina.

—No, así nos reiremos los dos.

Viene tras de mí alzando sus manos blancas hacia mi cara mientras trato de quitármela de encima, pero al final los dos caemos en el sofá... y la harina del pelo de Bianca, sobre mí.

La cojo en brazos y nos metemos en la ducha. Protesta y más cuando abro el grifo y el agua que sale de la alcachofa nos empapa. Me río por su cara llena de harina ahora mojada. Nos quitamos la ropa y la tiramos fuera de la ducha. Cuando la tengo desnuda ante mí, me importa bien poco la harina y todo lo demás y la hago mía bajo el agua sin que nada más importe salvo ser uno entre sus brazos. Estoy perdido, lo sé. Esta pequeña pelirroja se me ha metido bajo la piel y dudo que un día consiga sacarla de ahí, pues la idea de alejarme de ella se me hace insoportable.

Bianca se separa y me mira con sus ojos azules cargados de deseo y de algo más que no estoy preparado para analizar, pero que me encanta ver en ellos. Me encanta verme reflejado en su mirada y sentir que para ella no existe nadie más. Me muevo dentro de ella perdido en este mar de sensaciones y, cuando acabamos, la abrazo antes de dejarnos caer en el suelo de la ducha. Me abraza con fuerza y yo hago lo mismo, deseando que la vida nunca la separe de mi lado.

—¿Contenta?

—Sí. Soy muy feliz. —Esto último me lo dice seria, atrapando mi mirada en la suya, y no puedo negar que sus ojos me dicen la verdad. Esto hace que la última piedra que he tratado de levantar en mi corazón se destruya irremediabilmente, quedando así expuesto ante ella. Solo espero no estar cometiendo un grave error.

CAPÍTULO 16



BIANCA

Sigo las notas que Albert me ha dejado escritas al lado de la receta que le dije que quería probar a hacer esta noche. Una quiche de verduras. Como la masa la he comprado, el resto no es tan complicado gracias a las notas de Albert y, cuando la meto en el horno precalentado, me siento realmente orgullosa de mí misma. Eso si no tenemos en cuenta el desastre en el que se ha convertido la cocina, claro.

Me pongo a recoger mientras espero a que Albert regrese de trabajar. Estoy acabando cuando escucho la puerta. Al poco entra en la cocina y me mira con una media sonrisa, y yo me acerco para robarle un beso. No me acostumbro a esto. Cada día me parece más increíble que estemos así de bien. Ojalá nadie lo estropee.

—¿Qué tal te ha salido? —Albert se asoma al horno y lo abre un poco—. Tiene buena pinta.

—Espero que sepa igual de bien.

—Bueno, vas mejorando. Tus otros platos no tenían tan buen aspecto. —Me guiña un ojo y lo miro ilusionada.

—Es cierto.

—Voy a ducharme. Cuidado, que no se te queme.

—Cierto. —La risa se me pierde y me paso lo que tarda en hacerse mirando el horno cada dos por tres.

La saco con manos temblorosas temiendo que se me caiga, pero consigo dejarla en la encimera sin destrozarla y busco a Albert para contarle mi hazaña. Lo encuentro metido de lleno en su trabajo, ese que últimamente le quita horas de sueño. Se ha cambiado y lleva un chándal, que le hace parecer más joven. Llego a su lado y se gira hacia mí cuando pongo mi mano en su hombro.

—Necesito unos minutos.

—Voy poniendo la mesa entonces. —Asiente—. ¡Lo he logrado! —le digo saliendo de la habitación.

—Nunca dudé de que un día lo harías. Puedes conseguir todo lo que te propongas.

Lo miro feliz y empiezo a poner la cena. Espero a Albert más de media hora antes de ir hacia el cuarto y ver que sigue enfrascado en su proyecto. Al final opto por prepararle la

cena en una bandeja y se la llevo al escritorio.

—Lo siento...

—No pasa nada.

—Mmm. Huele que alimenta. —Albert la prueba. Ahora está templada y temo que eso perjudique el sabor—. En serio, está muy rica. Aunque el mérito ha sido gracias a mis notas —bromea y le saco la lengua divertida.

Ceno feliz por haber cocinado un buen plato y, cuando recojo, me voy a la cama a leer para estar cerca de Albert. Está muy concentrado; tanto, que apenas ha tocado la cena. Solo le da un bocado de vez en cuando y sigue tecleando sin parar. Nunca imaginé esto de él. Realmente disfruta con su trabajo y es muy eficiente; otra prueba más de que el ser humano solo ve lo que quiere ver y no lo que es en realidad. Él se equivocó conmigo y yo, con él.

Es tarde cuando me quita el libro de las manos, pues me he quedado dormida, y se mete en la cama a mi lado.

—Es semana de puertas abiertas en la universidad —dice abrazándome y acariciándome distraído—. Deberías ir. Puedes estudiar lo que quieras. Tu único límite debería ser el cielo.

—¿De verdad lo crees? —Acaricio sus manos sobre mi estómago.

—Lo creo. Y ahora, descansa.

—Lo pensaré. Buenas noches.

Albert me da un beso en la nuca y luego me abraza haciendo que su cuerpo se amolde al mío. Me quedo dormida escuchando su respiración acompasada y pensando en cómo en tan poco tiempo nos hemos adaptado el uno al otro hasta crear juntos una sintonía perfecta.

* * *

Laia y yo llegamos caminando hasta la universidad. La llamé para contarle lo que tenía intención de hacer y preguntarle si ella estaría por aquí, y me propuso que viniéramos juntas. Observo el campus y las facultades. Es tan diferente a la universidad a la que fui con Liam... Miro a Laia emocionada y juntas recorreremos las aulas, ya que ella estudia Magisterio. Me ha dicho que me puede prestar todos los libros y ayudarme con las asignaturas; eso lo haría todo más fácil y me ahorraría un dinero. A media mañana vamos a la cafetería a tomarnos algo. Me gusta el ambiente distendido que se respira, y es lo que termina de convencerme para matricularme el próximo curso.

—¿Cómo te van las cosas con Albert? —me pregunta Laia tras sentarnos bajo un árbol con nuestros cafés para llevar.

—Bien.

—Por tu sonrisa, yo diría que muy bien. —Me golpea cómplice en el brazo.

—Sí, aunque hay algo que empaña su mirada, y no sé qué puede ser.

—Créeme, lo mejor para eso es el tiempo. El tiempo pone cada cosa en su sitio. Lo sé por experiencia.

Nos quedamos en silencio y no puedo callar más lo que me contó Dulce.

—Siento mucho lo que te pasó.

—Ya es pasado. Y ese desgraciado no pudo conmigo. —Sé que no lo dice en el sentido literal, sino que se refiere a ella misma, a su vida.

—Me alegra que sea así. Ahora sé que si me hubiera casado con alguien a quien no amara, acostarme con él hubiera matado poco a poco mi alma.

—Nadie debería obligar a nadie a hacer algo que no quiere. Por muy padre que sea.

—Lo peor es que mi padre cree que el fin lo justifica todo. Incluso comportarse de manera cruel conmigo. Incluso la infelicidad de su hija.

—¿Has sabido algo de tus padres?

—No, y lo más triste es que no los echo de menos.

—Bueno, dejemos de pensar en cosas tristes. Este viernes por la noche vamos a salir y tienes que venirte. A ver si puedes convencer a Albert de que se venga también.

—No sé si podrá. Está muy liado con el proyecto que se trae entre manos, pero lo intentaré.

—Dile que, si no, seguro que se te acerca alguno, como la otra vez... Hablando del rey de Roma. —Laia mira hacia la izquierda y veo venir hacia nosotras a Aitor.

Se agacha para darnos dos besos y nos saluda muy efusivo.

—¡Cuánto tiempo sin verte! Desde que tu... ¿marido? —me sonrojo— marcó su territorio.

—Es muy protector.

—Yo diría más bien chapado a la antigua. —Noto un deje de burla en su voz.

—Es como es y a mí me encanta su personalidad —replico bastante molesta, pues no soporto que nadie se meta con él. Aitor pierde la sonrisa y mira el reloj.

—Me alegra verte bien. Nos vemos.

Cuando ya está lo suficientemente lejos, Laia me dice:

—Ha sido genial cómo has defendido a tu chico. Qué romántico.

La miro divertida y seguimos almorzando hasta que es la hora de irme a trabajar. De camino al restaurante, no dejo de pensar en la universidad. No creo que pueda dejar de hacerlo hasta que comience el curso que viene. Me parece increíble que de verdad pueda decidir hacia dónde quiero ir y no hacia dónde debería ir.

Hemos cenado algo en casa de Laia y ahora me estoy terminando de arreglar en su cuarto. Hemos quedado con Adair y Ángel en la discoteca. Dulce ha dicho que Jon, su amigo especial, tal vez se pasaría, y Albert, que no sabía si tendría tiempo para venir, que tuviera cuidado.

—Lista —anuncia emocionada.

Me miro al espejo. Laia me ha peinado con la plancha y llevo el pelo más liso que nunca. Me gusta cómo me queda. También me ha maquillado un poco. Ahora, mis labios son del mismo rojo que el de los zapatos que llevo. Un poco provocativo para mi gusto, tal vez. Menos mal que llevo un vestido azul marino discreto, ajustado hasta la rodilla, con cuello de barco y media manga. Sencillo pero elegante. Y me veo guapa.

—Cuando Albert te vea, no se separará de ti en toda la noche.

—Eso seguro. Con lo celoso que es... —apunta Dulce, que está preciosa, a pesar de ir en vaqueros y llevar una camisa algo ancha.

Laia, por su parte, ha optado por un vestido vaquero de la tienda de su madre que le queda perfecto con esas botas marrones. Listas y, tras echarnos una cantidad de perfume que por poco nos intoxica, salimos de casa de Laia. Veo temor en los ojos de su madre; sé a qué se debe, pero Laia la abraza y le guiña un ojo, y su padre le echa el brazo por encima del hombro y nos desea que nos lo pasemos bien. Debe de ser bonito tener unos padres que darían todo por uno. Laia no es consciente de la suerte que tiene, o quizá sí, y por eso los cuida tanto. Esa es la diferencia entre las personas que lo tienen todo sin saberlo y lo buscan sin rumbo fijo, y las que sí saben lo que tienen y lo cuidan sin descanso.

Al llegar a la discoteca, veo a algunos de mis antiguos compañeros de universidad. Adair se acerca en cuanto nos ve entrar y le da un beso amoroso a su novia. Ángel mira serio a Dulce y ni se saludan, y a su lado está Liam.

—Hola, preciosa —me dice cuando me acerco a él, dándome un cálido abrazo.

Le devuelvo el saludo y doy dos besos a los demás antes de quitarme la chaqueta y dejarla en los sillones donde estamos. Me sorprende que Liam esté con nosotros y no con sus amigos, esos que no dejan de mirarlo y tratar de llamar su atención. Me gusta que poco a poco vaya haciendo como yo: lo que desea en cada momento, sin regirse por las convenciones sociales.

Nos pedimos una ronda de chupitos y, cuando pruebo el mío, no puedo evitar poner cara de asco. Laia y Dulce se ríen a carcajadas.

—El siguiente me gustará más —les digo decidida a pasarlo bien y no estar mirando cada dos por tres hacia la puerta por si viene Albert.

Después del tercer chupito, dejo que las chicas me lleven a la pista de baile y nos movemos siguiendo la música. Roberta no anda muy lejos y me mira de manera reprobatoria. Me da igual. Cuando eres feliz, el resto te resbala.

De repente, alguien me coge por la cintura. Me doy la vuelta feliz creyendo que se trata de Albert, pero no es a él a quien me encuentro, sino a otro joven que no conozco de nada.

—¿Se puede saber qué haces? —le grito para que me escuche a través de la música, dándole un empujón.

Como ve que no conseguirá nada conmigo, se aleja. Otra persona me sujeta por detrás y me giro para decirle cuatro cosas, pero me encuentro con los ojos divertidos de Albert, que parece haber presenciado la escena.

—Calma, fiero, soy yo. —Me acaricia el pelo liso—. No está mal.

—Pensé que eras otro idiota. —Alzo mis manos y las entrelazo alrededor de su cuello.

—Eso he visto. Me has ahorrado tener que sacar mi lado gruñón.

—¿Es que lo dejas a un lado alguna vez? —bromeo con él y me gana una sonrisa torcida.

—No me provoques —me dice antes de besarme.

Nos besamos bailando al ritmo de una música que solo oímos él y yo. Me dejo llevar feliz mientras Albert me acaricia la espalda.

—Mira lo que me haces —dice separándose un poco para apoyar su frente sobre la mía—. Estoy a punto de cometer un delito de escándalo público y entre tus amigos hay dos policías que seguramente se mueren por detenerme.

—Qué raro, con lo simpático que eres. —Lo beso y tiro de él hacia la mesa.

Al hacerlo pasamos al lado de Roberta y algo en su mirada hace que me recorra un escalofrío. No estoy segura, pero en sus ojos me ha parecido ver rabia. En cualquier caso, no le doy mayor importancia. Es una amargada que no disfruta viendo la felicidad de los demás.

Llegamos a la mesa y Albert se pide algo de beber. Bebemos, bailamos y nos reímos. La situación es tan idílica que siento una pizca de miedo, por si todo esto no es más que una utopía con fecha de caducidad.

—¿Todo bien? —me pregunta Albert al leer preocupación en mi mirada.

Sonrío para ocultarla y respondo:

—Claro, todo bien.

Albert asiente antes de besarme y olvidarnos una vez más de que no estamos solos. Qué fácil es olvidar entre sus labios lo que me inquieta cuando lo tengo cerca y me asaltan las dudas.

CAPÍTULO 17



ALBERT

—¿Estás segura? —La secretaria de mi padre asiente y yo maldigo, asustándola, por lo que me apresuro a decir—: Lo siento. —Me paso la mano por el pelo revolviéndomelo—. ¿Está mi padre en su despacho?

—Sí. ¿Le digo que va a ir a verle?

—No, porque si no, me prohibirá la entrada.

Cojo la carpeta que me acaba de traer la secretaria de mi padre y voy hacia su despacho. Cuando entro, mi padre me mira serio y luego, al ver mi cara, cuelga el teléfono, disculpándose con quien está al otro lado de la línea.

—Te he dicho mil veces que no irrumpas así en mi despacho.

Le tiro los papeles sobre la mesa.

—¿Acaso no es de tu agrado? ¡¿Se puede saber por qué diablos no lo es?!

—No creo que sea necesario para la empresa.

—¡Es un buen proyecto y lo sabes! Lo que te jode es que no lo has hecho tú.

—Eso es mentira. La verdad es...

—La verdad es la de siempre. No represento nada en tu empresa.

—No digas sandeces. ¿Por qué te pones así? ¿No será por la pelirroja?

—Ni la menciones —digo entre dientes.

—Vaya, tú solo me has respondido.

—Déjala en paz, esto es entre tú y yo.

—Esta es mi empresa y un día será tuya, pero aún no lo es. Yo decido lo que hay que hacer.

—¿Y también decides lo que tengo que hacer yo?

—Si lo dices por tu matrimonio, he de recordarte que fuiste tú el que sugirió la idea.

—¡Yo solo le dije a su padre que era un desgraciado por casarla con el conde!

—Sí, pero ese arranque de rabia cuando vino el duque a hablar de negocios nos dio pie a trazar un plan. Además, bien pudiste haberte negado cuando te lo propusimos.

—¿Y dejarla que se casara con ese imbécil de Cypres? No soy tan insensible como tú. —Y al mirar sus ojos fríos y exentos de sentimientos, me doy cuenta de que así es.

—Oh, sí que lo eres. Tú eres insensible y ella es como todas. ¿Te crees que siempre querrá vivir como vivís ahora? —Mi padre se ríe—. Ella acabará demostrándote que no es más que una niña mimada y te pedirá volver. Volver al lujo, al estatus al que pertenece. Hijo, llevo toda la vida previniéndote para que no te pase lo mismo que a mí con tu...

—Ya está bien. —Lo miro serio y cojo el proyecto—. Está claro que yo solo soy para ti un seguro. Un seguro de que tu empresa no caerá en la ruina ni en manos no deseadas en caso de que faltes.

—Antes o después me darás la razón...

—Vete al infierno.

Mi padre se ríe por mi arranque de rabia y, cuando abro la puerta, le escucho decir algo que siempre me ha dado escalofríos:

—Eres exactamente igual que yo.

Cierro con un portazo. Las personas del servicio que hay cerca me observan curiosas, pero yo las ignoro y regreso a mi despacho, sintiéndome un estúpido por no poder hacer más que obedecer los mandatos de mi padre. ¿Es esto lo que me espera?

Me siento tras mi escritorio y pienso en lo que ha dicho mi padre de Bianca. Aunque intento no pensar en ello, mi subconsciente se pregunta si ella no será como mi madre, hija de un duque, que nos abandonó a mi padre y a mí cuando todo se fue a pique, y solo volví a saber de ella cuando mi padre recuperó la fortuna y volvió para pedirle dinero. Me he cruzado con ella en algunas fiestas, pero nuestra indiferencia es palpable; solo me sonrío cuando tiene que aparentar. Y cada vez que la veo me pregunto cómo puede ser capaz de tener a su hijo ante ella y no sentir nada. Con unos padres así, no hay duda de que si yo tuviera un hijo, sería como ellos... Me paso la mano por el pelo y pienso en Bianca y en las sonrisas que me roba. Nunca he reído tanto como con ella pero... no puedo evitar pensar si todo esto no es más que una fachada y por dentro Bianca solo quiere enamorarme para conseguir tenerme siempre a sus pies.

Me cuesta creer que la hija de un duque, que siempre ha sido conocida por su frialdad y rectitud, esté ahora viviendo sin apenas nada y sea feliz.

«No me conoces...»

Las palabras que tantas veces Bianca me repite irrumpen en mis pensamientos y me doy cuenta de pronto de que ahí reside el problema: no sé si quiero conocerla. Si ya me siento perdido con ella así..., ¿qué pasaría si lo supiera todo de ella y ella de mí? Que estaría condenado a sufrir más.

* * *

Llego a nuestra casa y escucho risas en la cocina. Enseguida la voz de Bianca se hace notar y luego la sonrisa de Laia. Esta joven siempre está riendo. Bianca me contó lo que le ocurrió y me parece admirable que haya conseguido salir adelante y, sobre todo, seguir riendo. Cuando la veo junto a Adair, me da por pensar si esa clase de amor es posible, si de verdad existe... Pero enseguida desecho esos ñoños pensamientos.

—No va a salirme.

—¡Ya verás como sí! —afirma Laia.

—Si no, nos lo comemos igual —comenta Dulce.

Me asomo por la puerta sin que me vean y las descubro a las tres trajinando en la cocina. Empiezo a marcharme sin delatarme, pero en ese momento Bianca se gira y se le dibuja una amplia sonrisa en la cara.

—¡Albert!

—Hola, chicas. Vosotras seguid con lo que sea que estéis haciendo. Yo tengo que revisar unos papeles.

—Van a quedarse a cenar... Te llamé para decírtelo, pero no me cogiste el teléfono. —Bianca ha venido hacia mí—. ¿Te molesta?

—No, me parece bien.

Bianca me sonrío y luego se pone de puntillas y me da un beso en los labios. Su gesto, como siempre, me pilla desprevenido y me deja con ganas de más.

—Luego salgo.

—Bien.

Bianca vuelve a la cocina con las chicas y yo voy hacia el despacho improvisado que tenemos en nuestra habitación y que he decidido usar en vez de huir de ella y quedarme en el salón. Cuando me siento frente al ordenador y saco el proyecto, la furia me invade una vez más. Sé que es bueno, muy bueno, pero me pone furioso que mi padre ni lo considere. Estoy cansado de no ser útil a la empresa, de no hacer nada salvo aparentar. Quiero demostrar que valgo...

Aprieto el puño y arrojo el proyecto sobre la mesa.

—¿Albert?

Giro la cabeza y veo a Bianca cerca de mí; no me he dado cuenta de que ha entrado. Enseguida escondo mis sentimientos y la observo como si nada me preocupara, pero por la forma en que ha dicho mi nombre, sé que ha visto mi indignación.

—¿Qué pasa?

—Problemas con la empresa. Nada que no se solucione en unos días.

—Estamos haciendo un suflé de queso y jamón york. —Bianca se queda de pie en la puerta, como si dudara si acercarse a mí o no. Finalmente le abro los brazos y viene hacia mí y se sienta en mis piernas, para luego dejar que la acune entre mis brazos. Me gusta

mucho esto. Me gusta mucho lo que ella me hace sentir, pero precisamente por eso me hace temer... y más ahora, tras la incómoda reunión con mi padre.

—Los chicos no tardarán en venir y ninguna de las tres hemos hecho nunca un suflé. Puede que no cenemos.

Sonrío.

—Siempre se pueden pedir unas pizzas.

—Sí. No te molesta, ¿verdad? —Alza la cabeza y yo niego—. Me apetecía invitarles...

—No me tienes que dar explicaciones. Y ahora ve a hacer el suflé.

—Sabes que puedes contarme lo que te pasa —me dice acariciándome la mejilla. Me quedo mirando sus preciosos ojos azules y luego sonrío para que no note lo mucho que me gustaría contarle todo.

—No me pasa nada.

Y una vez más me encierro en mí mismo. Es la única defensa que tengo para no sufrir más adelante si esto saliera mal. Por eso una parte de mí se niega a destruir del todo la muralla con la que protejo mis sentimientos.

BIANCA

Me pongo el delantal para ayudar a Jorge con las mesas y concentrarme en hacer mi trabajo, pero estoy distraída. Albert está muy raro desde anoche. Habló muy poco durante la cena y, aunque no es de muchas palabras, anoche estuvo aún más silencioso de lo habitual. Luego se quedó hasta tarde repasando unos papeles y cuando se acostó yo estaba dormida, pues no me enteré. Y esta mañana, cuando me he despertado, ya no estaba. ¿Qué está pasando? Quiero pensar que, como él dice, es por algo de su empresa. En el tiempo que llevamos juntos he visto que es muy importante para él, pero temo que pueda haber algo más.

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí. Cuando me llegó el mensaje anónimo, creía que era una broma.

Me giro para ver a Roberta con una mirada burlona. Sabía que este día llegaría y me creía preparada, pero los acontecimientos vividos últimamente me hacen preguntarme por qué está aquí. No creo que sea por casualidad.

—Hola. ¿Qué os pongo? —les digo con toda la naturalidad posible a ella y a su amiga.

Roberta se ríe.

—¿Tan mal lo están pasando en la empresa de Albert que tienes que trabajar?

Me quedo congelada y la miro seria.

—No. Estoy aquí por...

—Si mi padre se entera, seguro que vende sus acciones.

—Y el mío —añade la amiga de Roberta.

Ahí está. Ese es el fin por el que han venido al restaurante. Roberta nunca se va por las ramas. Tiene la oportunidad de destruirme otra vez y la va a aprovechar.

—¿Queréis tomar algo?

—Deja que te haga una foto. Si no, nadie se lo va a creer. O, mejor, mañana los invito a todos aquí a merendar. —La observo enfadada—. La hija de un duque teniendo que trabajar para no morir de hambre con su marido.

La gente empieza a mirarme con curiosidad, pues Roberta lo ha dicho lo suficientemente alto para que todos se enteren de lo que aquí acontece.

En este momento pienso en el Albert niño. Ese que estaba solo, esperando a su padre cuando lo perdieron todo, y cómo han luchado durante años para que su empresa no volviera a ser destruida. Y ahora, Roberta tiene la ocasión de infundir rumores inciertos sobre él y sé que lo hará. Ella disfruta haciendo daño porque sí. ¿Acaso me esperaba que todo fuera a salir bien? ¿Que cuando me vieran aquí no dirían nada? ¿Que mis actos no causarían ningún mal? ¿Por qué Albert no me previno? La respuesta cae por su propio peso: porque él pensaba que me cansaría pronto.

Aprieto los puños y, consciente de que estoy a punto de perder mi ansiada libertad y mi felicidad, digo lo primero que se me pasa por la cabeza:

—¿Acaso no lo sabes? —Roberta me mira curiosa—. Como tú bien dices, soy la hija mimada de un duque y ahora el que me mimaba es mi marido. Yo quería escribir un libro sobre personas sin nuestro poder adquisitivo y al final accedieron a dejarme trabajar aquí. ¿Quién podría negarse a mis peticiones?

Roberta me mira seria y luego sonrío y mira detrás de mí.

—¿Es eso cierto?

Sé que se lo está preguntando a Jorge y trato de que mis nervios no me delaten.

—Sí, ella solo está aquí para escribir su libro. Hoy es su última noche.

Siento que expulso el aire poco a poco, aliviada.

—Entonces no te importará que mañana vayamos de visita a tu mansión, ¿verdad? —dice dirigiéndose a mí otra vez.

—Por la tarde a las cinco os estaré esperando. Y ahora, si me disculpáis, tengo que aprovechar al máximo mi noche de experiencia.

—Claro, me gustará mucho leer tu libro.

—Seguro.

Les sonrío y camino hacia la cocina con paso firme y con la elegancia de una *lady*, dejando atrás la Bianca que siempre he querido ser y que por un corto espacio de tiempo pude ser sin ocultarme. Pero todo se acabó. Roberta me ha recordado para lo que yo nací, y no fue para ser libre.

Entro en la cocina y me dejo caer en una silla.

—Lo he visto todo... ¿Estás bien? —me pregunta Blanca.

—Sí, esta vida no era para mí.

—No, pero te hacía feliz —reconoce al fin sin dudas. Pero ya es tarde.

—¿Y qué importa mi felicidad? No he sido educada para eso.

—Es una lástima.

Blanca me da un apretón en el brazo y, cuando creo que se va a alejar, me abraza como una madre consolando a su hijo, y yo me dejo abrazar.

—Lo hago por él... —le digo aguantando mis sollozos—. No puedo permitir que por mi culpa... no puedo.

—Siempre estaremos aquí para ti. Si no para trabajar, sí como amigos.

—Hoy digo adiós a mi libertad.

Me separo por miedo a derrumbarme y me pongo a recoger cosas de la cocina como si esta no fuera mi última noche aquí.

ALBERT

Estoy recogiendo mis cosas del despacho cuando alguien toca a la puerta.

—Adelante.

Esta se abre y aparece un sonriente George.

—Buenas tardes... noches —comenta, mirando por la ventana—. Me alegra que aún estés aquí.

—Siéntate.

—No te robaré mucho tiempo.

—Tú dirás.

—Sé que tu padre ha rechazado tu proyecto y, antes de que me preguntes por qué lo sé, te diré que tengo mis contactos. —Sonríe—. Me gustaría echarle un vistazo, si no te importa. Siempre tuviste una mente brillante.

—No sirve para nada.

—Yo creo lo contrario.

—¿Quieres comprarlo?

—Realmente te quiero comprar a ti. Me pregunto cuándo te darás cuenta de que este no es tu sitio y te vendrás a mi empresa.

—Siempre sales con lo mismo —le digo recordando la cantidad de veces que me ha hecho esa propuesta.

—Lo digo en serio. Y ahora déjame verlo. Te diré lo que me parece en unos días.

—Tú mismo. —Se lo paso—. Está registrado.

—No esperaba menos de ti. Nos vemos —antes de marcharse, me comenta—: Ah, dile a Bianca que Jenna estará encantada de volver a verla cuando regrese de su viaje. ¿Le darás el recado?

—Tranquilo, se lo daré.

Cuando George se va, me pregunto si he hecho bien en darle el proyecto, pero sé que sí. George siempre me ha enseñado mucho y en el fondo busco su admiración..., me jode reconocerlo, pero es así.

Salgo del despacho y vuelvo a casa pensando en llegar cuanto antes y estar con Bianca, escuchar sus relatos y perderme en su risa; esa que hace que me olvide de todo. A veces no entiendo cómo un día en el restaurante le da para contar tantas cosas, pero siempre tiene algo que decir y por lo que reír. Además, anoche no estuve muy hablador. Hoy la compensaré.

Abro la puerta. Enseguida me inunda el silencio y, al encender las luces, observo contrariado que todo está recogido y hay unas maletas junto al sofá.

Me acerco a ellas y veo una nota:

Albert, ya me he cansado de esto. He vuelto a nuestra mansión. Te espero allí. Ya he recogido mis cosas. Lo que hay en la casa puedes mandar tirarlo.

BIANCA

¿De qué coño va esto? Miro enfadado las maletas. ¿Será alguna clase de broma? Sin embargo, cuando voy al cuarto de Bianca y veo toda la ropa tirada en la cama de cualquier manera como si ya no le importara, me digo que no es ninguna broma. Ella ha desechado así esta vida. Su ansiada libertad. ¿Acaso todo lo vivido era mentira? ¿A qué estaba jugando?

Arrugo la nota furioso. Furioso conmigo mismo, por ser tan tonto de dejar que ella se colara en mí, y furioso con ella, por desaparecer así. ¿Qué pretendía con esta farsa? «Niña mimada.»

Y yo, un estúpido por bajar las defensas con ella.

Cojo las llaves y salgo de aquí como alma que lleva el diablo, enfurecido. Cuando llego a la mansión, mi mayordomo me informa que Bianca está en su dormitorio,

encerrada desde que ha llegado. Entro en su habitación sin pedir permiso y ella, cerca de la ventana, se gira sobresaltada. Por un instante puedo ver su vulnerabilidad, pero enseguida se muestra fría y solo queda en ella la hija del duque; la misma a la que he visto en tantas fiestas.

—Buenas noches. ¿Ya has vuelto?

Su frialdad me enfurece aún más.

—¿Me puedes explicar qué clase de broma es esta?! ¡¿Ya te has divertido suficiente a mi costa?!

—Me he cansado —alega sin más.

—*Me he cansado* —repito imitando su voz—. No eres más que una niña consentida y mimada. ¿Qué hay de esa libertad de la que me hablabas sin parar? Dios, no sé cómo no lo vi venir.

—Creía que podría... pero no he podido.

—¿Y ya está?

—Sí.

Bianca me mira con sus ojos fríos. Me parece ver restos de lágrimas en sus mejillas, pero mi enfado me hace ignorarlo y no indagar si eso podría ser posible.

—Desde ahora mismo nuestra relación se reduce a aparentar que todo es perfecto. No quiero saber más de ti de lo necesario.

Me voy cerrando de un portazo tras mis duras palabras y cuando llego a mi cuarto, me paseo por él, molesto. Sé que en el fondo todo esto me enfurece porque había empezado a amarla, y que mi enfado solo sirve para ocultar el dolor de descubrir que ella es como mi madre... y eso que mi padre me lo advirtió.

BIANCA

Observo a Roberta tomar el té y trato de parecer la Bianca que he sido siempre, porque la verdadera está destrozada. No me quito de la cabeza la cara enfadada de Albert de anoche. Creía que él se daría cuenta de que algo no iba bien y me preguntaría qué había pasado para cambiar así. Tomé esta decisión sabiendo que me arriesgaba a perderle, pero no podía seguir trabajando en el restaurante si eso ponía en riesgo la empresa por la que tanto ha luchado. Y si le contaba la verdad, conociéndolo, se habría enfurecido y me habría dicho que hiciera lo que me diera la gana, que no importaba lo que Roberta pensara, aunque esto trajera problemas a su empresa. Tal vez si no supiera lo que hace años tuvo que hacer para silenciar a Roberta hubiera actuado de forma diferente. Pero él llegó a engañarme y a ceder al chantaje solo por salvar su reputación.

—La verdad es que a la mansión le falta un toque femenino.

—Ya se lo daré —miento, pues no pienso hacer nada. Esta casa no me gusta. Es tan horrible como la de mi padre, le falta calidez.

Una vez que terminamos de tomar el té, y antes de irse, Roberta me da la invitación para el almuerzo que dará en su casa dentro de tres días. Le digo que se lo comentaré a Albert. Cuando se marcha, le tiendo la invitación al mayordomo para que se la dé a Albert y seguidamente voy a mi cuarto para encerrarme y tratar de sobrellevar esto de la mejor manera posible.

* * *

—Señora, le traigo la cena.

—Puedes llevártela, no tengo hambre —le digo a la empleada sin abrir la puerta.

Me siento una vez más en el sofá y miro la noche. Llevo toda la tarde sin ganas de hacer nada. Antes me hubiera resignado a vivir así, pero ahora que he conocido lo que sería mi vida de poder elegir, soy incapaz. Vivir bajo el mismo techo que Albert sabiendo que cree que soy una niña mimada y asistir a su indiferencia me hace mucho daño. Me seco una estúpida lágrima del rostro y me levanto para mirar por la ventana. Cuando me canso me voy a la cama; ahora mismo es lo único que me apetece.

* * *

Me levanto para ir a la fiesta de Roberta. Albert informó al mayordomo que acudiríamos, para que este me lo comunicara. No lo he visto en una semana y yo me he pasado casi todo el tiempo encerrada en mi habitación. Laia y Dulce han venido a visitarme, pero podía ver su incomodidad por mi cambio de actitud y no tenía muchas ganas de contarles nada por miedo a derrumbarme y no poder seguir con esta farsa.

Cuando me desanimo me recuerdo quién soy y la educación que he recibido; gracias a ella puedo dirigirme a las empleadas de Albert sin que se den cuenta de mi malestar.

—¿No quiere desayunar algo antes de irse? —me pregunta una sirvienta.

—No, gracias, no tengo hambre.

—Por si acaso, le subiré unas tostadas y un té.

No digo nada y, cuando me deja sola, me miro al espejo y me observo con mis ropas caras y diseñadas exclusivamente para mí. Ni siquiera me fijo en si me quedan bien o no, me es indiferente.

Echo tanto de menos a Albert... Me dejó acceder a una parte de él que desconocía y se coló aún más en mi corazón. Me acuesto por las noches añorando su calor y me despierto todos los días intentado vivir sin él.

Me seco una lágrima y me yergo con la cabeza alta para acudir al almuerzo y que nadie note mi desazón. Mi decepción con Albert. Está claro que en este tiempo que hemos

pasado juntos no se ha molestado en conocerme como he hecho yo con él; si no, no habría aceptado mi explicación sin más y no habría creído que soy como su madre.

—Su marido la espera en el coche junto con su suegro.

Asiento y bajo las escaleras de la entrada hacia el coche seguida de uno de los empleados de Albert, que me adelanta para abrirme la puerta. Al asomarme al interior del vehículo, veo a Albert mirando por la ventanilla, mostrándose indiferente ante mi presencia. El corazón se me retuerce y mis ganas de salir corriendo se hacen aún más fuertes.

—Buenos días —me dice su padre. Tras devolverle yo el saludo, añade—: Me alegra que por fin dejaras esa tontería de trabajar. ¡Je! Una marquesa trabajando, ¿dónde se ha visto eso?

Asiento y miro por la ventanilla.

—Además, debió de ser un sacrificio para ti tener que convivir a diario con esas... personas —dice de forma despectiva.

—Esas personas son dignas de mi respeto y para mí ha sido una suerte conocerlas. De hecho, son mis amigos. Así que te ruego que los dejes en paz —le digo sin poder contenerme y preguntándome, aunque ya es demasiado tarde para remediarlo, si este arranque no les va a hacer sospechar que no he vuelto a ser una *lady* por gusto, sino porque tengo otras razones detrás.

—Como gustes.

Me giro otra vez a mirar por la ventanilla, pero antes de hacerlo mis ojos se cruzan con los ojos marrones y serios de Albert; no sé qué espera ver, pero no tarda en apartar la vista.

Al llegar a la mansión de Roberta nos pasan a una sala para tomar un refrigerio y Albert se va con su padre y el mío, que solo me ha saludado con una inclinación de cabeza, a hablar de negocios. Yo trato de prestar atención a las conversaciones de mi entorno; sin embargo, finalmente acabo acercándome a una de las ventanas para mirar hacia afuera.

—Deberías comer algo. —Escucho la voz de Albert a mi lado y lo ignoro.

—No tengo hambre.

—La gente piensa que somos felices.

—Que piensen lo que quieran.

—Toma.

Me vuelvo hacia él. Me ha traído una bandeja con varios canapés.

—Gracias.

Tomo uno y me fuerzo a comérmelo mientras sigo mirando por la ventana. El silencio pesa entre ambos.

—Me gustaría saber quién eres de verdad, pero me lo pones muy difícil —y dicho esto, Albert se va.

Me lo quedo observando, confusa. ¿De verdad quiere saber quién soy? ¿Y no lo sabe ya después de haber vivido juntos? Me enfurezco con él, no solo por haber decidido volver a esta vida que detesto por su bien, sino porque todavía dice no conocerme. ¡Si él es la persona con quien más auténtica he sido! ¿Y todavía piensa que se lo pongo difícil? El problema es que él vive y vivirá anclado en el pasado.

Miro a mi alrededor tratando de buscar un sitio donde poder encajar, pero no lo encuentro. Estoy a punto de volverme de nuevo hacia la ventana cuando siento sobre mí la mirada de Albert desde la otra punta de la sala.

¿Tomé la decisión acertada? Sé que sí, pero no por eso dejo de sentirme perdida y asustada. No sé si aguantaré mucho así.

CAPÍTULO 18



ALBERT

Observo a Bianca y aunque intenta parecer fría, no lo consigue. Sus ojos no paran de perderse en la multitud. ¿Cómo no me di cuenta de eso hace una semana? Ahora no tengo dudas de que esa noche había estado llorando cuando entré en su habitación. Si tan infeliz le hace esta vida, no entiendo por qué decidió cambiar. Lo peor de todo es que sí creo conocerla, pero tengo miedo de querer ver cosas donde no las hay, pues no soporto estar lejos de ella.

Cuando mi padre le dijo eso de sus amigos y ella los defendió, vi a la Bianca que ha sido conmigo este tiempo atrás. Mi madre nunca hubiera defendido a nadie que no fuera ella misma.

—Mira, aquí está. Nuestro nuevo socio —oigo decir a mi padre mirando hacia la puerta del salón.

Sigo su mirada en esa dirección y me quedo mudo. Mi hermanastro acaba de entrar. Sus ojos oscuros son calcados a los de mi padre pero, por lo demás, no tiene ningún parecido con él; gracias a eso ha podido moverse por la empresa sin que nadie sospeche nada.

—Buenas noches —lo saludo y, cuando mi padre nos propone ir a hablar a otro lugar más tranquilo, me empiezo a tensar.

Llegamos a una sala apartada. Mi padre y el duque se miran cómplices; el conde, por su expresión, también parece saber de qué va esto, al igual que mi hermano. Todos lo saben menos yo.

—Bueno, no creo que tengáis que darle más vueltas.

—No, es evidente que no. —Mi padre me explica—: Tanto el duque como el conde ya saben que es mi hijo y hemos decidido darlo a conocer públicamente.

Le miro sin comprender. Mi padre nunca ha querido reconocer a sus hijos bastardos; ni siquiera me ha dejado saber de ellos, únicamente de este hermanastro.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿A qué viene este cambio, y precisamente ahora? —pregunto incrédulo.

—Piénsalo. La noticia de que un duque reconoce a su hijo bastardo hará subir las acciones de la empresa...

—Es una forma de hacer dinero —apunta el conde.

—Todos salimos ganando —añade el padre de Bianca.

—Bueno... todos, no. —Mi hermano me mira con la rabia con que siempre lo ha hecho y enseguida sé a que se refiere.

—Yo perdería el título —deduzco.

—Aún te quedaría el marquesado.

Observo a mi padre y pienso en la de veces que he tenido que aguantar sus regaños, sus decisiones; la de veces que teníamos ideas opuestas sobre algo y he respetado su decisión porque es mi padre...

—Pero ¿por qué?

—¿Acaso pensabas que no me enteraría de los tratos que tienes con George?

—¡No tengo tratos con él!

—Le has pasado tu proyecto. ¿Y si yo quería ponerlo en práctica en el futuro? No me fío de ti.

Lo miro. Sus ojos marrones se clavan en los míos. ¿Confianza?... Yo nunca he confiado en él y seguramente sea culpa suya, pues esta no es la primera vez que me hace una jugarreta. Toda mi vida tratando de ganarme su admiración para nada.

—¿Y su hija? —pregunto al duque.

—Será marquesa.

Aprieto el puño y hago algo que debí hacer hace mucho tiempo.

—Bien, pues desde ahora renuncio a todo lo que me has dado. Títulos y dinero. No quiero vivir bajo tu mandato, es hora de que viva bajo el mío propio. No soy como tú y estoy cansado de tener que seguir tus pasos, unos pasos que no quería imitar en la vida.

Mi padre me mira consternado, pues no esperaba que tomara esta decisión.

—¿Estás seguro de lo que haces?

—Muy seguro. Redacta lo que tengas que redactar. —Lo observo serio.

—Me hubiera gustado...

—... Que fuera más manejable. —Me río sin alegría—. ¿Sabes por qué me haces esto? Porque en el fondo temes que sea mejor que tú y no has aceptado el hecho de que para serlo se necesita bien poco.

Me doy la vuelta sintiendo que me he quitado un peso de encima y me voy. Cuando llego frente al salón, pienso en entrar y contarle todo a Bianca, pero finalmente retrocedo y decido jugar una última carta. Saber si de verdad ella es diferente. Aunque siento que sí..., no quiero que nada de mi pasado nos separe. Y menos aún mis dudas. Tengo que despejar todas mis dudas. De seguir a mi lado, tendrá que hacerlo sin nada y empezar de cero, por lo que he de estar seguro de que no me abandonará. La he echado lo suficiente de menos esta semana como para dejar de negar que estoy enamorado de ella y que no soportaría

amarla más y perderla... Aunque sé que, de perderla ahora, también sufriría. ¡Maldita sea! Tiene que ser diferente, y con esa idea me marchó, esperando poder verla pronto.

BIANCA

Miro incrédula los papeles que me acaba de tender el mayordomo y me siento en el sofá de mi cuarto sin poder respirar. ¿Qué clase de broma es esta?

Hace dos días que abandoné la mansión de Roberta con mi suegro y su recién estrenado hijo. Cuando lo presentó en sociedad, busqué a Albert porque no entendía nada, pero no lo vi. La gente aplaudió el gesto y se quedó expectante cuando anunció que aún habría más sorpresas. Luego, al llegar a la mansión, esperé despierta en el cuarto de Albert para hablar con él y preguntarle qué pasaba. Sin embargo, no lo he visto desde el sábado y eso me inquieta. Vivir en esta casa no me lo pone más fácil. El padre de Albert actúa como si fuera suya y el hermanastro de Albert, más. Todos le hacen caso como si fuera el dueño y señor, y a mí nadie me da explicaciones.

Pero de todas las explicaciones posibles, no esperaba encontrarme con esta.

—Señora, ¿se encuentra bien?

Niego con la cabeza y, entre lágrimas, leo una vez más: divorcio. Albert se quiere divorciar de mí.

—Me encargó que le dijera que con esto conseguiría usted su libertad. En la carpeta hay un billete de avión a la ciudad que usted desee para empezar una nueva vida. Esas fueron sus palabras.

—¿Por qué?

—¿No sabe qué ha pasado? —me pregunta el mayordomo.

Vuelvo a negar y el mayordomo mira hacia la puerta con desconfianza.

—Albert ha renunciado a todo. Su hermanastro y su padre le han hecho una mala pasada y, harto de todo, ha decidido cortar todos los lazos para que no le siguieran manipulando.

—¿Que ha hecho qué? —Lo miro incrédula. ¿Albert lo ha perdido todo?

—Si quiere saber mi opinión, creo que es lo mejor que podía hacer.

Me levanto.

—Esta ya no es mi casa entonces.

—No, pero el señor no quería enfrentarse con su padre, de modo que ha aceptado que siga aquí como su invitada.

—Entiendo.

Con los papeles del divorcio en la mano, saco el móvil de mi bolso, dejando todo lo demás; seguidamente cojo del armario una bolsa donde meto las pocas pertenencias que

he comprado con mi dinero y la chaqueta de Albert y me dirijo a la puerta.

—¿Desea que le pida un coche, señora?

—No, iré andando.

Salgo de la mansión sin despedirme de nadie y empiezo a andar, deshecha y confundida, por las calles llenas de mansiones. ¿A dónde voy? ¿Dónde está Albert? ¿Tan poco le importo que no quiere que esté a su lado? ¿De verdad cree que para mí es más importante el dinero que estar con él? Recuerdo la de veces que le dije que no me conocía y, aunque en el fondo siempre esperé que lo hiciera, ahora sé que no. Al fin y al cabo, siempre cometo el mismo error: confiar en él.

—¡Bianca!

Escucho que me llaman desde un coche y, al girarme, veo a Liam sonriéndome.

—Iba a tu casa a buscarte. Ven, te llevo. Me gustaría hablar contigo.

Pienso en decirle que no, pero finalmente monto en su coche, dejando antes mis pocas cosas en el maletero.

—Me he enterado de lo de Albert y decidí pasarme a verte.

—Sí. Yo me acabo de enterar —digo sin dejar de mirar los papeles del divorcio.

—Bianca..., ¿estás bien?

Miro a Liam, que me estudia preocupado.

—No lo sé.

Liam sigue en silencio y, cuando salimos de la zona del pueblo reservada a las mansiones, coge la carretera que está pasando la heladería de Elen y conduce hacia el lago. Una vez allí, detiene el coche y baja de él.

—Ven, vayamos a dar un paseo.

Lo sigo sin soltar los papeles; ahora mismo es lo único que me une a Albert. Mis lágrimas hacen fila en mis ojos para salir, pero no quiero llorar. No quiero.

—Bianca, tú... ¿lo quieres?

La pregunta de Liam me pilla desprevenida y lo miro entre lágrimas, pues una sola palabra ha desatado el infierno que estaba viviendo en mi interior.

—Sí. ¿Y de qué sirve? ¿De qué sirve amar a alguien con toda tu alma si eso no es suficiente? Mira Elen. Te tenía, te quería, y se fue. No es suficiente.

—Yo sigo teniendo la esperanza de que ella vuelva.

—Y yo ¿qué esperanza puedo tener?

Siento los brazos de Liam rodearme y me dejo acunar en su pecho.

—Todo habría sido más fácil si las circunstancias hubieran sido otras y tú y yo nos hubiéramos casado. Sé que eres buena persona.

—Si hubiéramos seguido adelante con nuestro matrimonio, nos habríamos amagado la vida. Ninguno de los dos amábamos al otro —me dice Liam.

—Ya, pero amar duele mucho cuando no eres correspondido.

—Lo sé, pero debes tener fe, Bianca. Y aunque nunca creí decir esto de Albert, creo que no es mala persona. Adair me ha contado cosas de vosotros dos. Él también piensa que para Albert eres importante. Creo que, para él, el problema siempre ha sido su padre.

Sé por Laia que Adair y Liam son muy buenos amigos; cuando me enteré, me alegré mucho por Liam. Me gustó pensar que contaba con la amistad de alguien como Adair y que gracias a eso no estaba tan solo en palacio.

—Yo también lo creo. Él ha sido muy bueno conmigo..., aunque no sé por qué se casó.

—Yo sí lo sé. —Alzo la cabeza sorprendida—. Un príncipe tiene sus contactos —explica sonriente.

—¿Y por qué lo hizo? —le pregunto, temiendo la respuesta.

—Albert le dijo a tu padre que no entendía por qué te quería casar con el conde Cypres. Eso les dio una idea a tu padre y al duque, los cuales urdieron un plan para ser socios, y a su vez con el conde, sin que este se molestara por romper el compromiso contigo. Y Albert lo aceptó, a pesar de que podía haberse negado.

—Quería dinero para su empresa...

—Entonces, ¿por qué ha renunciado al marquesado y ahora está viviendo sin dinero? No tiene sentido. Cuando se enfrentó a tu padre en aquella fiesta y le dijo lo que todos pensábamos, no le movía nada.

Me quedo pensando en esas palabras y, después de un rato, le pido que me lleve a casa de Laia.

Al pasar de nuevo frente a la heladería, veo que está cerrada y le pregunto:

—¿No sabes nada de Elen?

—Sé por sus padres que está bien.

—Ojalá regrese pronto.

—Sí, ojalá.

—¿Por qué está cerrada la heladería?

—Sus padres la han vendido.

—¿A quién?

—A mí. —Sonrío y me dejo caer en el asiento.

Cuando llegamos a casa de Laia, me despido de Liam con dos besos y toco al timbre del portero. Me relajo al oír la voz de Ángel, porque, si no está Laia, siempre puedo decirle a él que me deje subir.

—Sí está, sube.

Cuando salgo del ascensor y la veo en la puerta, temo que no me quiera hablar por haber desaparecido así los últimos días; pero al ver mi cara descompuesta, me sorprende abriéndome los brazos.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta tras el abrazo—. Ven, vamos a mi cuarto y me lo cuentas todo.

Asiento y me dejo guiar. Saludo a sus padres y a su hermano y, cuando entramos los dos en su cuarto y cierra la puerta, me dejo caer en la cama, sin soltar los papeles del divorcio, y le relato todo sin dejarme nada. Laia me escucha asombrada y solo asiente de vez en cuando para que yo siga hablado atropelladamente.

—Y ahora esto... —Le tiendo los arrugados papeles, ya con la firma de Albert, y Laia los lee incrédula.

—No me lo puedo creer. Él no es un chico muy expresivo, pero siempre que estábamos juntos y le pillaba mirándote, su gesto serio desaparecía y te miraba con dulzura. Sé que te quiere, me lo han dicho sus ojos muchas veces, y en cosas del amor soy una experta, no suelo equivocarme. No entiendo por qué te manda estos papeles para romper el matrimonio.

—Tal vez no...

—¿No qué? Di.

Me callo y le doy vueltas antes de decir:

—Su madre lo abandonó de pequeño, cuando las cosas fueron mal... y él se endureció entonces.

—Para que nadie le hiciera daño.

—Sí.

—¿Y si él solo quisiera ahorrarte el mal trago de decirle a la cara que no quieres estar con un don nadie?

Miro a Laia con el ceño fruncido.

—No puede ser. Hemos estado conviviendo con poco y me ha visto conformarme y ser feliz con ello.

—Pero lo dejaste todo y volviste a la mansión y a ser una *lady* por culpa de Roberta.

—Sí, pero no le dije a qué venía ese cambio tan radical y él no me lo preguntó. Es más, llegó a decirme que no sabía quién era yo realmente.

—Si aceptas el divorcio, solo tienes dos opciones: o irte lejos o regresar con tu padre y casarte por dinero...

—Le demostraría que soy la Bianca que regresó a la mansión. Pero si no lo hago... ¡le demostraría que soy la que él conoció! —digo levantándome esperanzada, pero me

siento enseguida—. ¿Y si lo estamos interpretando todo al revés? ¿Y si él realmente no quiere estar casado conmigo?

—¿Y tú? ¿Quieres estar casada con él, aunque no tenga nada que ofrecerte?

—Sí.

—Pues si esa es la razón por la que ha hecho esto, tú sabrás dónde encontrarlo. Si no está allí...

—... Significaría que me has pegado tu vena romántica.

Laia sonríe.

—¿Sabes dónde puede estar?

—Sí, creo que sí.

—Bien, pues nos vamos.

—No vestida así. Tengo que cambiarme, ya no soy una marquesa.

Laia sonríe. Tomo unas cuantas prendas de mi bolsa y me cambio sin perder más tiempo. Cuando termino, Laia me espera en el salón junto a Ángel, que nos va a llevar en su coche. Montamos y conduce hacia donde creo que puede estar.

Hago todo el trayecto con el corazón en un puño, rezando por que no me haya equivocado, y sin dejar de estrujar los papeles del divorcio un segundo.

Cuando Ángel detiene el coche, les pido que me esperen y corro hacia el parque donde de niño miraba a los otros niños con sus madres. Las probabilidades de que esté aquí son muy pequeñas, sería pura casualidad. «No va a estar todo el día sentado en un banco por si yo aparezco», me digo intentando calmar mi corazón.

Y así es. Por más que lo busco, no lo encuentro por ningún sitio. Desolada, me siento en un banco y lo espero, pero, pasado un rato, me doy cuenta de que mi mente romántica me ha jugado un mala pasada. Esto es la realidad. Albert se casó conmigo para contentar a su padre y, ahora que ya no está bajo su mandato, no tiene por qué seguir representando esta farsa.

Me levanto y camino cabizbaja hasta el coche de Laia y Ángel. Ambos me miran expectantes y yo niego con la cabeza.

—No estaba.

—Lo siento.

Entro y Ángel pone el coche en marcha.

—¿Y no se te ocurre ningún otro sitio donde pueda estar?

Miro a Ángel y, después de pensar, me viene a la mente la hamburguesería donde trabaja Pepa.

—Una hamburguesería. No creo que esté allí, aunque, si ha estado, la jefa debe de saberlo.

—Vamos. Por probar, no se pierde nada.

En cinco minutos nos plantamos delante de la hamburguesería. Entro esperanzada, pero no lo veo y la tristeza me invade una vez más.

—Bianca. ¿Qué tal, pequeña?

Saludo a Pepa y me esfuerzo por sonreír.

—Estoy buscando a Albert. ¿Sabes algo de él?

—Ven, te estaba esperando. En el fondo no ha dejado de creer que lo encontrarías. — Me abre la cortina que da a la cocina.

Me quedo extrañada por su respuesta, pero la sigo a la cocina y, cuando entro, me giro para preguntarle:

—¿A qué se refiere...?

—¡Bianca!

La voz de Albert penetra en mi mente. Me doy la vuelta y lo veo apoyado en el fregadero, con sus preciosos ojos castaños observándome con cautela. Lleva un pantalón negro y una camisa blanca arremangada. Nunca lo he visto tan guapo. Siento tanto alivio por haberlo encontrado que, olvidándome de todo y acallando la voz de mi interior que dice que quizá él no me quiera, salgo corriendo para refugiarme en sus brazos. Solo cuando siento la tensión de Albert y pienso que me he equivocado, me doy cuenta del error que he cometido y empiezo a echarme hacia atrás.

—Yo...

—Dios, cuánto te he echado de menos.

Las palabras de Albert me sorprenden, y más cuando sus brazos me atrapan con fuerza. Me río por la tensión acumulada y, cuando baja su cabeza a mis labios, me dejo hacer y disfruto del placer de su sabor, eso que temí no volvería a probar jamás.

—Si estás aquí es porque... —me dice separándose y mirándome serio.

—Porque no pienso firmar estos papeles.

Albert mira los papeles arrugados.

—Son inservibles.

—E innecesarios. Yo quiero estar contigo. ¿Acaso tú no? —Lo digo preocupada y temiendo su respuesta.

—Sí, pero tenía que saber que querías estar conmigo tal como soy ahora.

—Y no con quien eras antes. ¿Acaso no me conoces? —le digo.

—Sí, pero...

—Querías cerciorarte de que tu corazón no te engañaba y poder vivir conmigo sin esa duda constante.

—Sí, dicho con palabras más cursis de las que tenía pensadas, pero sí.

Río y Albert me da otro beso.

—Yo no quería cambiar de vida, pero Roberta se presentó en el restaurante de Blanca y me amenazó con contarlo, y no podía permitir que arruinara tu empresa...

—No tenía ni idea.

—No sabía si debía decírtelo, porque me hubieras dicho que podía hacer lo que quisiera.

—Eso ya no importa.

—Ya, pero es lo que te hizo dudar.

—Déjalo ya.

Mira a su alrededor.

—No tengo mucho. Más bien no tengo nada.

—Yo tampoco. —«Pero estás empezando de cero, igual que hice yo», pienso.

—¿Estás segura de esto?

—Estoy aquí, ¿no?

—Sí.

Albert me besa una vez más.

—¿Sabes una cosa? —le digo. Albert me mira expectante—. Siempre te he querido y, aunque me gustaría odiar a Roberta, en el fondo no puedo, porque gracias a su chantaje pude conocerte y enamorarme de ti.

—Lo mismo pienso, pero mejor que nunca lo sepa.

Me río y me pregunto si cuando ha dicho «lo mismo» se refería también a lo de quererme.

—Sí, Bianca, sí, también te quiero, aunque no entienda por qué.

Agrando los ojos.

—No sé cómo no me di cuenta antes de que pasaba algo. Tu cara es un libro abierto y se pueden leer tus emociones en ella, salvo cuando te empeñas en ocultarlas.

—Vaya, lo tendré en cuenta.

Albert se ríe a carcajadas y por primera vez lo veo feliz, como si lo tuviera todo en el mundo y no necesitara más.

—¿Eres feliz?

—Sí, y te aseguro que nunca pensé hallar mi felicidad sin tener nada más que proyectos y sueños por cumplir. No pienso rendirme y un día tendré dinero suficiente para llevar mis ideas a cabo, en una empresa que sí sepa valorarlas.

—Sé que lo conseguirás.

—Chicos, me encanta que os llevéis tan bien, pero el local se me está llenando. Y solo tengo trabajo para uno.

—A sus órdenes. —Albert sonrío a la mujer.

Me da un beso y sonrío. Aún sigo sin creerme que todo haya salido bien.

—Es real, Bianca.

—Empieza a ser mosqueante que me leas tan bien los gestos.

Albert se ríe.

—He alquilado una pequeña habitación sobre la hamburguesería. Toma las llaves. Conseguiré algo mejor.

Las tomo y las miro.

—De momento es suficiente.

Sonrío y me voy antes de que la jefa le llame otra vez la atención.

Cuando salgo de la hamburguesería, Laia se ríe de felicidad nada más verme y empiezo a pensar que es cierto, que cuando eres feliz se te nota, pues ahora mismo no soy capaz de borrar la sonrisa de mi cara, ni quiero.

No sé qué hora es cuando Albert entra en la cama y me abraza con fuerza por la espalda. Su gesto me despierta del todo y me conmueve. Me giro entre sus brazos y lo beso con amor sin esconderme nada. Albert hace lo mismo e intensifica el beso poniéndome sobre él para que mi cuerpo se amolde al suyo. Nos besamos hasta quedar sin aliento y lentamente nos vamos desembarazando de la ropa para que nuestros cuerpos se acoplen el uno al otro. Entra en mí sin prisas y por primera vez me hace el amor. En cada uno de sus gestos, de sus movimientos, puedo sentir que ya nada nos separa. Que al fin somos uno en cuerpo y alma. Y aunque el futuro me asusta porque no tenemos nada y no sé cómo saldremos adelante, ahora tengo algo que nunca he tenido en mi vida, amor, y me da que Albert piensa igual que yo, pues nunca he amado ni me he sentido tan amada como en este momento.

Sí. Al fin, después de tanto tiempo, puedo confiarle mi amor sabiendo que está en buenas manos.

EPÍLOGO



BIANCA

—Toma, cógela tú. Me está empezando a babear la camisa y es la única que tengo por el momento.

Albert pretende hacerse el serio con Nora, pero en el fondo no para de buscarla para hacerle carantoñas. De hecho, una de las primeras cosas que compró con su sueldo fue una muñeca para ella. Insistió en que se la diera yo, pero le dije a Robert que era cosa de Albert.

Hace dos meses que vivimos en el cuarto alquilado sobre la hamburguesería. Yo he vuelto a trabajar con Blanca y cada vez se me da mejor. Roberta ha venido alguna vez más al restaurante para hacerme daño, pero me reí de ella y seguí a lo mío. Sus palabras ya no pueden herirme.

Hemos venido de visita a casa de Robert. Cuando le contamos que Albert había renunciado a su título se puso serio, por lo de que apadrináramos a Nora, pero nos dijo que no importaba. Pese a eso, Albert le ha prometido que pronto conseguirá un buen puesto de trabajo y yo presiento que será así, pues tiene muchísima determinación. No sé como su padre no se dio cuenta en todo este tiempo de que tenía a un aliado a su lado. Es una lástima, porque, si no vio eso, menos vio al hijo incondicional que siempre le había respetado.

—Anda, dame. —Cojo en brazos a la pequeña Nora, que se lanza a agarrarme el pelo enseguida.

Albert me da un beso y luego sale a la parte trasera con los chicos. Aunque le ha costado abrirse a ellos, al final se han adaptado bien y sé que los considera sus amigos. Afortunadamente, Albert ha dejado de desconfiar un poco de todo el mundo y ellos ya han empezado a conocerle.

Suena el timbre de la puerta.

—¡Yo voy! —grita Dulce pasando por mi lado para ir a abrir.

Agrando los ojos cuando abre y veo a George en el umbral.

—¡Bianca! Por fin, lo que me ha costado dar con vosotros. Menos mal que los comentarios burlones de Roberta a veces sirven para algo. El otro día comentó dónde trabajas y, al ir allí, me dijeron que estabais aquí. Pensé que os habíais mudado de ciudad. No pensé que siguerais por el pueblo; si no, le hubiera preguntado a Robert. —George se acerca y me da un par de besos, y luego acaricia la mejilla de Nora—. Qué niña más

mona. ¿Está contigo ese genio que tienes por marido? —me pregunta volviendo su atención hacia mí.

—Sí, está fuera.

Lo acompaño al patio y al salir me sorprende escuchar la risa limpia de Albert. Le cuesta mucho reír sin más, aunque sé que un día lo hará sin tantas reservas.

—¡George! No sabía que vendría —saluda Robert poniéndose de pie cuando se da cuenta de su presencia. George le estrecha afectuosamente la mano y le dice:

—Hola, muchacho. No vine por ti hoy, sino por este otro joven. —Albert se levanta y le tiende la mano—. Me ha costado mucho dar contigo, pero por fin te tengo delante. ¿Puedo hablar aquí con confianza?

—Sí, ellos son de fiar. Además, si no lo escuchan ahora, acabarán enterándose por Bianca. —Me mira divertido, y sonrío.

—Bien. —George se sienta y saca unos papeles—. Tu proyecto. —Albert lo mira expectante—. Es brillante y quiero llevarlo a cabo. Claro que necesito que seas tú quien lo dirija.

—Yo... No sé qué decir.

—Pues di que sí. Ganarás un buen sueldo; no tanto como para tener una mansión, pero poco a poco.

—De acuerdo, acepto. —Aunque Albert lo esconde, yo soy capaz de ver la emoción en su mirada.

—Trabajarás mano a mano con Robert. Por lo que veo, os llevaréis bien. Échale un vistazo, Robert. El lunes mismo empezáis con él. Si no hay inconveniente —comenta mirándoles a los dos.

—Ninguno —dice Albert impresionado.

Cuando George se despide, dejo a la pequeña Nora en brazos de Ángel y voy hacia Albert.

—Lo sabía. Sabía que eras un genio.

—Gracias.

Albert se levanta y empieza a andar de arriba abajo por el patio.

—Albert, ya es hora de que alguien reconozca tu trabajo.

—Lo sé.

—Pero esperabas que fuera tu padre.

—Él lo ha elegido así. —Me sonrío y me da un beso—. En serio, estoy contento. Contento de poder demostrar lo que valgo por mí mismo, no por ser el hijo de un duque.

—Y yo también.

—Por cierto, Bianca —nos interrumpe Adair—. Te llegó esta carta certificada al restaurante, pero ya no estabas.

Me acerco a Adair para coger la carta y, cuando la abro y leo lo que pone, me apoyo en la mesa.

—Es una carta del abogado de mi padre.

Se la tiendo a Albert, que me observa serio cuando termina de leerla.

—¿Qué dice? —pregunta Laia.

—Que... bueno, mi abuela dejó escrito en su testamento que el ducado pasara a ser del primogénito, ya fuera hombre o mujer —explico—. Y como no tengo hermanos...

—Y había una cláusula que decía que solo podía ser entregado a Bianca cuando se casara y pasara un tiempo casada —sigue contando Albert—. En esta carta el abogado de su padre le informa de que es la marquesa de Granville y, además, la heredera al ducado de su padre.

—Mi padre no debe de saber esto.

—Yo diría que sí. Pero no puede hacer nada, salvo resignarse —comenta Albert serio.

—¿Crees que debería aceptarlo? —Mis ojos se posan en la pequeña Nora. Con el título, tendría asegurada nuestra protección una vez más.

—Lo que tú consideres. Pero antes de decidir, piensa si quieres que tus hijos pasen por eso.

—No quiero, pero tal vez es hora de demostrar que no somos como nuestros padres. Es fácil hacerlo cuando no tienes nada... pero ¿y demostrarlo teniéndolo todo? Yo tengo claro que no soy como mis padres y que con el título no pierdo mi libertad. No sé...

—Desde niños nos han enseñado a sacrificarlo todo por el título para que no se perdiera. En mi caso, delegué en mi hermanastro. En el tuyo, se perdería; tu padre no tiene más descendientes directos.

—No quiero que se pierda algo por lo que mi abuela luchó. Ella consiguió muchas cosas y demostró que al hombre no lo hace el título. Si ella pensó en esto...

—Bianca, ambos sabemos que no vas a mirar hacia otro lado y renunciar a un título que sin ti se perdería. Eres la Bianca de ahora, pero también eres, y serás siempre, una *lady*. Como tú bien dices, es hora de que ostentes el título que te pertenece, sin que nadie te diga cómo debes ser.

—Sí, creo que tienes razón. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que esto no sea solo mío, que sea de los dos.

Albert se pone serio y empieza a negar con la cabeza.

—Es tuyo. Yo...

—Albert.

—Malditas sean las mujeres cabezotas.

—Opino igual —comenta Adair y Laia le da cariñosamente un empujón.

—Está bien, lo haremos los dos.

Me lanzo a sus brazos y lo beso. No quiero la vida que llevaba antes, quiero la vida que siempre he soñado, y ahora puedo soñar con los ojos abiertos. Por primera vez no me avergüenzo de lo que soy, pues ya tengo claro que nadie va a cambiar mi verdadero yo y que un título nunca más me hará comportarme como se espera de mí y aceptarlo todo sin protestar.

* * *

Los nervios me hacen dar un traspie cuando bajo del coche de caballos con la ayuda de Robert y escucho la risa de Laia y Dulce detrás de mí. Cuando esta mañana vinieron a mi casa y me dijeron lo que Albert había tramado, no me lo podía creer. Ni siquiera ahora, viendo ante mí la capilla donde Albert y yo nos casamos de esa forma tan inusual, puedo creer que él haya organizado todo esto pensando en que me haría ilusión tener una ceremonia normal, junto a mis amigos.

Robert se coloca a mi lado; él será el padrino de boda. Tomo la mano que me ofrece y veo entrar a Laia junto a Adair, y a Dulce al lado de Ángel aunque ninguno hace por cogerse de la mano.

—¿Preparada?

—Sí..., supongo... Estoy nerviosa.

Robert se ríe.

—Eso es bueno en un día como este.

—Sí.

Tomo aire y empezamos a andar hacia la capilla. Mientras entro y me adapto a la suave penumbra que reina en ella, pienso en lo que va a suceder en unos instantes. Nunca creí poder casarme por amor y, aunque ahora sepa que quien me espera en el altar también me ama, yo la primera vez también me casé amando a Albert.

Cuando por fin mis ojos se acostumbran a la escasa luz, veo a Albert junto al sacerdote mirándome con una sonrisa en sus bellos ojos marrones. Me giro hacia Robert, que asiente, y empezamos a andar hacia Albert. Recorro el pasillo sin perder detalle de su mirada, sintiendo como sus ojos me abrazan y me miran con deleite. Puedo ver el amor que me profesa en su mirada. Puedo ver la promesa de que estaremos juntos en lo bueno y en lo malo.

Cuando estoy llegando, Albert me tiende su mano y se la cojo con fuerza. Para asombro de todos y saltándose lo habitual en las bodas, me acerca a él y me besa.

—Estás preciosa —me dice al oído antes de colocarme a su lado.

—Tú también.

—Bueno, y ahora ¿qué quiere? ¿Una boda rápida, o mejor como siempre? —nos comenta el cura en voz baja.

—Esta vez, larga —alega Albert.

—Muchacha, ¿de verdad quiere casarse con él por segunda vez? —me pregunta mirándome con el ceño fruncido.

—Sí —digo sonriente.

—Si va a ser cierto que el amor es ciego...

—A saber qué le hiciste al cura para que tenga este concepto de ti —le susurro a Albert al oído.

Él no comenta nada, pero por su mirada sé que he dado en el clavo.

—Bueno, comencemos. —En ese momento el cura mira a Albert y, pese a su aparente malhumor, noto cariño en su mirada. Sea lo que sea lo que Albert le hizo en el pasado y que causara ese resentimiento, el cura le tiene verdadero afecto.

La boda comienza. Albert me tiene cogida la mano y no la suelta más que lo necesario, y yo no puedo dejar de sonreír. Soy feliz. Nunca imaginé que un día llegaría a sentirme feliz con mi vida.

El cura no tarda en declararnos marido y mujer por segunda vez y Albert, antes de que termine de hablar, ya me está besando con deleite.

—Ya no puedes escapar, Bianca.

—Nunca quise hacerlo.

Albert me sonrío. Poco a poco, el niño que fue Albert se va quedando en el pasado. Día a día y acción a acción, el miedo a que un día le abandone se va disipando, y miramos juntos al presente, y a nuestro futuro en común. Nunca hubiera imaginado que Albert tuviera esa inseguridad, pero como yo muchas veces le he repetido a él: no lo conocía.

A veces juzgamos a la gente sin pararnos a descubrir cómo son de verdad. Me alegra que la vida me haya dado la oportunidad de conocer al verdadero Albert.

Lo miro embelesada mientras salimos de la capilla, hasta que la lluvia de arroz sobre nosotros me hace cerrar los ojos. Ríe de felicidad entre los brazos de Albert. Por fin tengo libertad para elegir mi vida y he elegido una junto a Albert. La libertad no tiene que suponer soledad. La libertad supone poder elegir libremente con quién quieres compartir tu vida y ser feliz. Y yo lo soy.

ALBERT

Observo a Bianca con la pequeña Nora en brazos.

Hemos invitado a todos a la inauguración de nuestro nuevo hogar. Una mansión que estamos acondicionando a nuestro gusto y que Bianca no para de decorar con cientos de fotos de los dos —algunas de ellas desconocía que nos las había sacado—. En la casa se respira felicidad y parece de verdad ese hogar que ninguno de los dos tuvo cuando éramos pequeños.

Nora se ríe por algo que le dice Bianca, y esta acaba riendo con la pequeña. Frota su nariz con la de la niña, ella pone sus regordetas manos en su mejilla para darle un baboso beso en la barbilla y Bianca se ríe feliz. Por un instante, no la veo con esa pequeña de ojos dorados, sino con un niño nuestro. Un hijo creado por el amor que nos tenemos. Reconozco que siempre he sentido ansiedad ante esa idea, pero ahora no es así; de lo contrario, no sería tan descuidado cuando estoy íntimamente con ella. Estoy jugando con fuego y me da igual, porque lo quiero todo de ella. Ella es mi vida entera y no me importa que todo el mundo lo pueda leer en mis ojos. Que todos vean cuánto la amo. Sé que somos jóvenes, pero nosotros no fuimos educados como el resto. Y en el fondo doy gracias por haber nacido en una familia como la mía, porque mis orígenes me han llevado a ella. Y volvería a pasar por todo si mi destino es llegar a sus brazos de nuevo.

Robert coge a la pequeña y la lleva junto la mesa donde van sacando platos de la barbacoa. Bianca me ve y se acerca para dame un beso y luego abrazarme.

—Gracias —le digo sorprendiéndola.

—¿Por qué?

—Por existir.

FIN

Agradecimientos

En especial a mi prometido y mi familia, por vuestro apoyo incondicional, por ilusionaros con cada uno de mis logros y vivirlos como propios. Por quererme tanto como yo os quiero a vosotros.

A mi editora Adelaida Herrera y a Click Ediciones por confiar en esta serie y amarla tanto como la amo yo. Y a Mónica Yáñez, por ser tan maravillosa y corregir mis novelas para que brillen con luz propia.

A todos mis lectores y a toda la gente que me apoya, por dejaros seducir con mis novelas y vivirlas con la misma intensidad con que yo lo hago cuando les doy vida. Gracias por entender mi mundo y por estar a mi lado. Por vuestros comentarios y opiniones que me ayudan y me animan a querer mejorarme en cada libro.

A todos vosotros, ¡¡gracias por ser simplemente maravillosos!! Y a los nuevos lectores, encantada de que os unáis a mi pequeña gran «familia».



Nació el 5 de febrero del 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con 9 años empezó a escribir un pequeño teatro y con 12 años escribía poesías y frases sueltas. Pero no fue hasta los 18 años hasta que «descubrió» el ordenador cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor. Publicó una serie de 9 libros de forma gratuita en su blog «Mi error», que cuenta con miles de descargas por todo el mundo y ha conseguido con ello un mayor reconocimiento.

Libros publicados en papel:

- **El círculo perfecto** (Editorial Ambar 2010)
- **Me enamoré mientras dormía** (Editorial Nowe Volution Enero 2014)
- **Me enamoré mientras mentías** (Editorial Nowe Volution Noviembre 2014)
- **Por siempre tú** (Ediciones Kiwi Marzo'15)

Administradora de la web literaria de éxito «teregalounlibro.com» que cuenta con más de un millón de visitas.

Además, la autora ha conseguido colocarse en las **primeras posiciones de las listas de más vendidos en Amazon y iTunes** con sus novelas «Me enamoré mientras dormía» y «Por siempre tú» y su novela «Me enamoré mientras mentías» ha sido nominada a mejor novela romántica juvenil este año en club romántica.

Más sobre ella: <http://www.moruenaestringana.com/>

Su frase:

«La única batalla que se pierde es la que se abandona»

Y ella no piensa abandonar su sueño.

Próximamente

Queridos lectores:

Esperamos que hayáis disfrutado mucho con la lectura y os animamos a seguir leyendo la serie «Mi Error». Aquí tenéis los próximos lanzamientos.

Volumen II

Mi error fue buscarte en otros brazos. Parte I (02/02/16)

Mi error fue buscarte en otros brazos. Parte II (16/02/16)

Volumen III

Mi error fue confiar en ti. Parte I (01/03/16)

Mi error fue confiar en ti. Parte II (15/03/16)

Volumen IV

Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana. Parte I (05/04/16)

Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana. Parte II (12/04/16)

Volumen V

Mi error fue amarte. Parte I (03/05/16)

Mi error fue amarte. Parte II (17/05/16)

Volumen VI

Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte I (07/06/16)

Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte II (21/06/16)

Serie Mi error

Mi error fue confiar en ti

Parte II

Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2016

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, solominvictor / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2016

ISBN: 978-84-08-15139-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruena Estríngana

Viaje hacia tu corazón

Moruena Estríngana

Ella es tu destino

Megan Maxwell

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

La suerte de encontrarte

Helena Nieto

Mariposas en tu estómago (primera entrega)

Natalie Convers

La chica de los ojos turquesa

Jonaira Campagnuolo

Mis alas por un beso

Marta Conejo

Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón

Alexandra Roma

Una canción bajo las estrellas

Laura Morales

Suki Desu. Te quiero

Kayla Leiz

Tú eres mi vez

Judith Priay